ALFRED HITCHCOCK Y LOS TRES INVESTIGADORES



Los Tres Investigadores se dirigen a entrevistarse con el señor Fentriss, actor shakesperiano, amigo personal de A. Hitchcock, el cual ha perdido a su loro cuya característica principal es la de ser tartamudo.

Todo comenzará cuando el secuestro de «Billy Shakespeare» (el loro), se una al asalto que sufre en casa su amo, la venta de otros loros de cabeza amarilla y un pájaro mina por parte de un mejicano, el interés por ellos de un individuo obeso y por un francés acompañado de dos guardaespaldas.



Robert Arthur

Misterio del loro tartamudo

Alfred Hitchcock y los Tres Investigadores - 2

ePub r1.2
Titivillus 12.05.16

Título original: *The mystery of the stuttering parrot*
Robert Arthur, 1964
Traducción: María Lourdes Pol de Ramírez
Ilustraciones: Harry Kane
Cubierta: Ángel Badía Camps

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Introducción

Por segunda vez presento al trío de muchachos que a sí mismos se llaman los Tres Investigadores. No esperaba tener que hacerlo. Francamente, creí haberlos apartado de mi vida. No obstante…

Prefiero no entrar en detalles. Diré, sí, que prometí presentarlos y eso hago. Quienes hayan leído su primer caso, «*El Misterio del Castillo del Terror*», ya saben de qué va. Muy bien podría saltarse todos estos renglones y adentrase en el argumento, cosa que recomiendo de todo corazón. Ahora bien, para aquellos que no hayan gozado las deliciosas aventuras del libro antedicho, cumpliré con mi deber.

El trío de mozalbetes que se autotitulan los Tres Investigadores, se llaman Bob Andrews, Pete Crenshaw y Júpiter Jones. Viven en Rocky Beach, junto a la costa del océano Pacífico, a pocos kilómetros de Hollywood. Bob es más bien delgado, rubio y amigo de las aventuras. Pete es alto, de buena musculatura, pelo castaño, fácil presa de los nervios antes de los sucesos y un roble frente a los agobios. En cuanto a Júpiter Jones… Bueno, podría escribir mucho sobre Júpiter Jones, si bien mi opinión no iría muy de acuerdo con la de sus amigos. No obstante, diré que es recio y corpulento, y que tiene cara redonda con aire de imbécil consumado, cuando en realidad es todo astucia y penetrante inteligencia.

Bob Andrews y Pete Crenshaw viven con sus padres, y Júpiter con sus tíos, debido a que sus progenitores murieron siendo él aún niño. De chiquito se criaba rollizo y aparecía en la televisión con el nombre de Bebé Gordito. Ya mayor, odia ese nombre y que se rían de él.

Júpiter ganó en un concurso patrocinado por una agencia de alquiler de automóviles un «Rolls-Royce», incluso el chófer, para un período de treinta días. Eso le facilitó el transporte, tan necesario en California donde las distancias son enormes. Él y sus dos amigos constituyeron la empresa, Los Tres Investigadores, dedicada a solucionar misterios, acertijos, enigmas o rompecabezas, sin que importara su índole.

Su base de operaciones está en el «Patio Salvaje» de los Jones, tíos de Júpiter. Su «puesto de mando» se halla en un viejo remolque convertido en oficina y laboratorio fotográfico. El puesto de mando está oculto a los demás, por altos montones de chatarra, y su interior se alcanza a través de pasadizos secretos construidos por ellos mismos.

Después de contado lo anterior, os dejo solos. Declino toda responsabilidad. ¡Corred vuestros propios riesgos!

ALFRED HITCHCOCK

Capítulo 1

Un grito de socorro

—«¡Auxilio!» —gritó alguien, en tono extrañamente agudo y amortiguado—. ¡Auxilio! ¡Auxilio!

Cada vez que un grito taladraba el silencio, procedente de la vieja casa en estado ruinoso, un nuevo escalofrío subía por la espina dorsal de Pete Crenshaw. Los gritos de auxilio acababan en un gorgoteo muy singular, que los hacía más estremecedores.

El alto muchacho de pelo castaño se arrodilló detrás del grueso tronco de una palmera y atisbó el sendero cubierto de grava que serpenteaba hasta la casa. Él y su amigo Júpiter Jones caminaban hacia la mansión en ruinas cuando el primer grito los hizo saltar de cabeza a la vegetación en busca de un escondite.

En la otra margen del sendero, Júpiter, fornido y recio, agachado detrás del arbusto, observaba la casa. Esperaron unos segundos. Sin embargo, la vieja casa de estilo español, rodeada de un jardín abandonado con apariencia de jungla tropical, se había quedado en silencio.

—¡Jupe! —susurró Pete—. ¿Era un hombre o una mujer?

Júpiter sacudió la cabeza.

—Lo ignoro. Puede que ninguno de los dos.

—¿Quieres decir? —Pete tragó saliva.

—Pues un niño, desde luego, no. En tal caso, si tampoco era ni un hombre ni una mujer, lo que fuese, preferiría ignorarlo.

Los dos amigos aguardaron silenciosos. El calor del verano en Hollywood era pesado y opresivo.

Palmeras, arbustos y flores en selvática mescolanza, invadían lo

que tiempo atrás había sido un bello jardín. Años de abandono lo habían convertido en una selva impenetrable. La casa también aparecía en estado ruinoso.

Aquello era el viejo hogar de Malcom Fentriss, un exactor shakesperiano, amigo de Alfred Hitchcock, famoso director de cine y programas de televisión, maestro del suspense y del enigma. En su calidad de investigadores, los dos muchachos habían acudido a ofrecerse al señor Fentriss para buscar su loro perdido. Fue Hitchcock quien les informara de que el actor había perdido su loro y estaba muy ansioso de recuperarlo. Y cuando se disponían a entrevistarse con Malcolm, les sorprendió el inesperado grito en demanda de auxilio.

—¡Rábanos picantes, Jupe! —exclamó Pete en voz baja—. Empezamos la búsqueda de un loro desaparecido y antes de penetrar en la casa, oímos que alguien pide auxilio. Espero que éste no sea un caso como el anterior.

—Al contrario —comentó su compañero—, su comienzo es más prometedor. Bien, todo parece tranquilo ahora. ¡Avancemos hasta la casa, y veamos qué sucede!

—No es el tipo de casa hacia la que me guste avanzar —rezongó Pete—. Parece una de esas mansiones con muchas habitaciones cerradas, cuya entrada está prohibido franquear.

—Una descripción muy afortunada —replicó Júpiter—. Repítesela a Bob cuando regresemos al puesto de mando.

Bob Andrews era el tercer socio de la empresa, encargado del registro de los casos y de realizar determinadas investigaciones.

Júpiter inició su deslizamiento hacia la casa, avanzando entre arbustos y flores, sin agitar un solo tallo de la vegetación. En el otro lado de la vereda, Pete se mantenía a su altura. Habían llegado a unos treinta y cinco metros de la casa, cuando algo lo agarró por los tobillos, derribándolo. Quiso liberarse, pero la mano invisible lo sujetó con más fuerza. De bruces en el suelo, no pudo ver quién o qué lo sujetaba.

—¡Jupe! —jadeó—. ¡Algo me ha apresado!

Pese a su maciza humanidad, Júpiter avanzó con celeridad envidiable. Cruzó el camino y llegó junto a Pete casi antes de que éste acabara de hablar.

—¿Qué me ocurre? —preguntó Pete mirando a su amigo por el

rabillo del ojo—. Algo tira de mí hacia atrás. ¿Es una boa gigante? Este jardín podría ocultar cualquier cosa parecida.

La redonda faz de Júpiter aparecía desacostumbradamente grave.

—Siento decírtelo, Pete. Lo cierto es que eres presa de un maligno ejemplar de vitis vinifera.

—¡Haz algo! —gimió Pete—. ¡No dejes que ese vitis pueda conmigo!

—Descuida; traigo mi cuchillo. Procuraré resolverlo lo mejor posible.

Júpiter abrió su navaja suiza de ocho hojas y asió la pierna de Pete y cortó con energía. Pete advirtió de inmediato cómo cedía la presión en un tobillo y se puso en pie de un salto.

Frente a él, su amigo, sonriente, se guardó la navaja. El investigador liberado, vio una raíz cortada por la mitad, que asomaba en la tierra.

—Trabaste el pie en una raíz de árbol —explicó Júpiter—. Cuanto más tirabas, mayor era la presión de ésta en tu tobillo. Ambos parecíais empeñados en demostrar quién era más tozudo. De nada os sirvió la inteligencia. Claro que la raíz carece de inteligencia, pero no tú, que te dejaste apoderar del pánico, que nubló momentáneamente tus procesos mentales.

Júpiter era dado a esta clase de explicaciones. Pete, acostumbrado a ello, replicó:

—Bueno, bueno. Ya sé que me dejé dominar por el pánico. Pero comprende que yo pensaba en la llamada de socorro.

—El pánico es más temible que el mismo peligro —arguyó Júpiter—. El pánico incapacita al individuo para tomar decisiones adecuadas. El pánico anula… anula… ¡Aaaah!

Pete creyó que su amigo y jefe hacía una demostración de síntomas de terror. Advirtió que se tornaba pálido y cómo sus pupilas pugnaban por salirse de órbita, mientras encajaba prietamente las mandíbulas. Miraba algo, precisamente a espaldas suyas.

—Eres un excelente actor, Jupe —alabó Pete—. Haces la mejor imitación de susto que jamás he visto. Bien, ya dirás qué hemos de hacer ahora… ahora…

El instinto debió de gritarle su error, pues antes de que su mente

se abriera a la comprensión, se giró para ver lo que Júpiter contemplaba. Las palabras murieron ahogadas en su garganta.

Júpiter no fingía. Un hombre obeso, con un pistolón antiquísimo, se hallaba a espaldas de Pete, apuntándole de modo que hubiera sobresaltado al espíritu más templado.

El hombre lucía gafas que ampliaban sus pupilas hasta convertirse en ojos de enorme pez de acuario. La luz del sol arrancaba destellos en los cristales y hacía que los ojos parecieran destellar chispas de fuego.

—¡Muy bien, chicos! —gritó el desconocido—. ¡Andando! ¡A la casa! Averiguaremos allí qué clase de maldad intentabais. ¡En marcha!

Pete y Jupe, secas las bocas, caminaron por el sendero de grava hacia la ruinosa y sombría mansión.

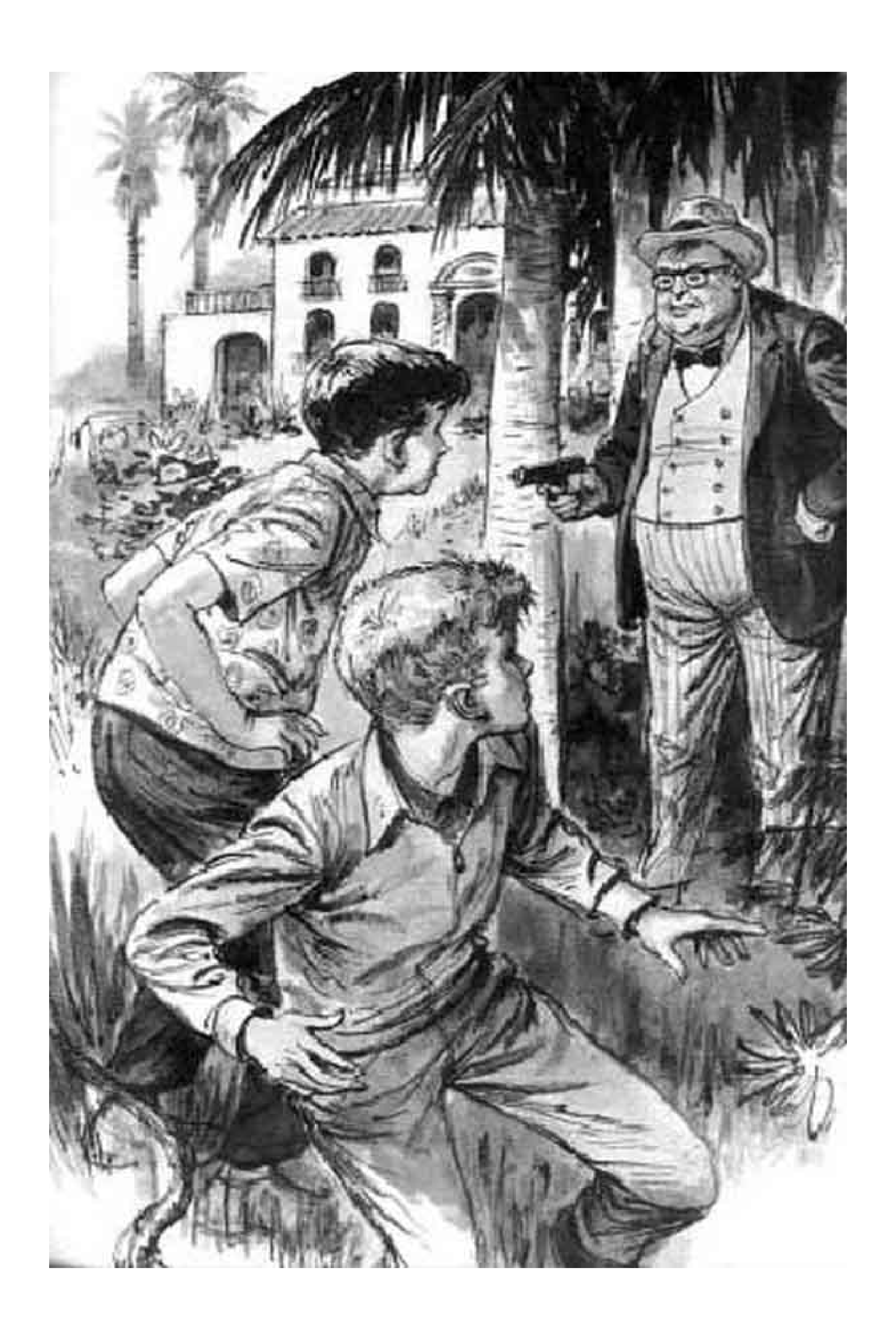
—¡No intentéis huir, chicos! —advirtió el desconocido—. O desearéis no haberlo hecho.

—No corras, Pete —susurró Júpiter—. Hemos de convencer al señor Fentriss que vinimos por asuntos de negocio legal.

—Descuida, Jupe —respondió Pete—. Mis piernas están más flojas que cuando aprendía a caminar.

La grava crujía detrás de ellos; el superpeso del hombre producía sonidos de trituración que hacían estremecer a Pete. El muchacho suspiró aliviado cuando pisaron el patio enlosado de la casa y se detuvieron ante la enorme puerta principal.

—Abrid la puerta ahora, chicos —dijo el hombre—, y pasad al interior. Recordad que tengo un dedo nervioso en el gatillo. Girad a vuestra derecha. Entrad en la habitación que hay allí, y sentaos en las sillas de la pared más alejada.



Júpiter giró el pomo. La puerta se abrió, revelando un vestíbulo a oscuras. Entró seguido de Pete, girando a la derecha, y penetraron en una gran habitación repleta de libros, revistas, periódicos y muebles antiguos. Contra la pared más alejada había varias sillas grandes tapizadas de piel. Cruzaron la estancia y se sentaron en ellas.

El desconocido los miró satisfecho. Sopló el cañón de su pistola, como si quitara una mota de polvo que pudiera estorbar el paso de una bala.

—Ahora —dijo—, será mejor que me contéis las maldades que incubaban vuestras cabezas al deslizaros con tantas preocupaciones por el jardín hacia la casa.

—Veníamos de visita, señor Fentriss —habló Júpiter—. Verá…

El hombre no le dejó terminar.

Se puso un dedo a lo largo de la nariz y los miró desconfiado mientras decía:

—¿Sólo de visita? ¿Desde cuándo se va de visita deslizándose entre los árboles como indios? ¡Así llegan los ladrones y asesinos!

—Oímos que alguien gritaba pidiendo socorro —explicó Pete—. Por eso nos ocultamos detrás de los árboles para ver qué sucedía.

—¡Ah! —El hombre sacó el labio inferior—. ¿Oísteis que alguien pedía auxilio?

—Verá, señor Fentriss —intervino Júpiter—. El señor Alfred Hitchcock nos mandó aquí. Dijo que usted había perdido su loro y que la policía no ayudaba a recuperarlo. Somos investigadores y venimos a ofrecerle nuestros servicios para hallar a su favorito.

Jupe se sacó del bolsillo una de sus tarjetas comerciales, en la que se hallaba impreso:

LOS TRES INVESTIGADORES	
"Investigamos Todo"	
? ? ?	
Primer Investigador	Júpiter Jones
Segundo Investigador	Pete Crenshaw
Tercer Investigador	Bob Andrews

—Soy Júpiter Jones, primer investigador. Éste es mi socio, Pete Crenshaw.

—¡Oh! —El hombre cogió la tarjeta y la estudió—. Investigadores, ¿eh? ¿Qué significan los interrogantes? ¿Es que dudáis de vuestra capacidad?

Pete aguardaba que hiciese la pregunta. Prácticamente todo el mundo inquiría por los interrogantes. Júpiter los había impreso en un estallido de inspiración. Resultaban terroríficos y llamaban la atención de la gente.

—Los interrogantes —explicó Júpiter— se refieren a cosas desconocidas, como preguntas sin respuestas, resolver acertijos e investigar enigmas. De aquí que el signo de interrogación sea el símbolo de los Tres Investigadores.

—Comprendo, comprendo —replicó el señor Fentriss, guardándose la tarjeta en su bolsillo—. ¿Y habéis venido a investigar el misterio de mi loro desaparecido?

Les sonrió. Los ánimos de Pete crecieron como la espuma. Pero las siguientes palabras convirtieron los ánimos del joven en plomo tirado a un estanque lleno de agua.

—Me gustaría creeros. Sois tan jovencitos, que vuestras familias os echarán de menos.

Con mucha parsimonia, sacó un puro del bolsillo superior de su chaqueta y se lo puso entre los dientes. Luego alzó la pistola y apretó el gatillo.

Se oyó el sonoro clic, y del cañón del arma brotó una brillante llama azul. El señor Fentriss acercó la llama a su cigarro, aspiró con fuerza para encenderlo, apagó la llama y dejó la pistola sobre la mesa.

«¡Cáspita! —pensó Pete con cierta tranquilidad—. ¡Un encendedor!».

Su sangre, que durante un terrible momento había dejado de circular, golpeó con fuerza en sus venas y puso movimientos de loco desenfreno en su corazón.

—¡Enhorabuena, chicos! —Felicitó jovial el señor Fentriss—. Pasasteis la prueba de fuego con sobresaliente. ¡Habéis mantenido vuestra serenidad a despecho de mis intimidaciones! ¡Permitidme que os estreche las manos!

Avanzó hacia ellos y el apretón de su gruesa mano resultó terrorífico. Se sonrió mientras les ayudaba a ponerse en pie.

—Estoy orgulloso de vosotros. Muchos adultos se hubieran acobardado ante mi aparente hostilidad. Telefonearé a mi amigo Alfred para decirle que no sois chicos disfrazados de detectives, sino auténticos profesionales.

—¿Significa eso —preguntó Júpiter, en voz que sólo Pete sabía cuánto esfuerzo le costaba su aparente calma— que el señor Hitchcock le anunció nuestra llegada y quiso probar nuestro valor y serenidad?

—¡Exacto! ¡Exacto! —El señor Fentriss se frotó las manos—. Me rogó que os esperara y recibiera con una pequeña sorpresa para calibraros. Y habéis demostrado un valor singular. Pero siento defraudaros, pues no tengo ningún caso que podáis investigar.

—Entonces, ¿no falta su loro? —preguntó sorprendido Pete—. El señor Hitchcock nos dijo que usted se hallaba muy angustiado por su pérdida.

—Sí, es cierto, faltaba —confirmó el señor Fentriss—. Y, sin duda alguna, yo estuve inconsolable. Pero volvió. Esta mañana entró volando por la ventana. Mi querido «Billy» ¡qué disgusto me dio!

—¿«Billy»? —repitió Júpiter—. ¿Se llamaba así el loro?

—Por supuesto. Billy Shakespeare, diminutivo de William Shakespeare.

—Pero ¿y la llamada de auxilio? —intervino Pete—. Procedía de

la casa… y bueno… yo…

—Vuestra sospecha está justificada, chicos —bromeó el señor Fentriss—. Fue «Billy». El muy bribón resulta ser un estupendo actor. Le enseñé a fingir que está en la cárcel cuando se halla tras las barras de su jaula, y se divierte pidiendo socorro.

—¿Podríamos ver a «Billy»? —preguntó Júpiter—. Tiene que ser un pájaro de mucho talento.

—Lo siento —el rostro del señor Fentriss se ensombreció—. «Billy» se puso tan pesado cuando llegasteis, que cubrí la jaula con el paño. Esto lo tranquiliza. Si ahora se lo quitara, empezaría de nuevo.

—Bien, en tal caso, hemos de admitir que no hay nada que investigar —dijo Júpiter decepcionado—. Nos vamos, señor Fentriss. De todos modos, celebro que haya regresado su loro.

—Gracias, muchachos. No obstante, guardaré vuestra tarjeta. Cuando sepa de un misterio que precise investigación, lo notificaré a los Tres Investigadores.

Acompañó a los dos amigos hasta la puerta. Pete y Júpiter se fueron por la serpenteante vereda que cruzaba al abandonado jardín.

—Debo confesar mi desilusión —comentó Júpiter—. El caso empezó muy prometedor. Una casa solitaria… un grito de socorro… un gordo siniestro… Tenía grandes esperanzas.

—Tus opiniones no coinciden en modo alguno con las del segundo investigador —replicó Pete—. Personalmente, estoy satisfecho con la recuperación del loro. No necesito de gritos de ayuda ni de gordos siniestros.

—Quizá tengas razón —comentó Júpiter, si bien no fue sincero.

Silenciosos, alcanzaron la calle. Era una avenida serpentearte a lo largo de la zona más abatida de Hollywood, con grandes mansiones antiguas, condenadas a desaparecer porque sus propietarios no podían permitirse el lujo de conservarlas.

Junto al borde de la acera esperaba el «Rolls-Royce» de múltiples adornos de metal dorado, cuyo derecho de uso había sido ganado en un concurso. Júpiter podía utilizar el bello coche incluido Worthington, un chófer inglés, durante treinta días.

—Será mejor que nos lleve a casa, Worthington —dijo Júpiter, mientras ambos amigos se acomodaban en los tapizados asientos

interiores del antiguo, pero lujoso automóvil—. El loro regresó por su cuenta.

—Entendido, *Master* Jones —replicó Worthington.

El chófer maniobró el coche para dar la vuelta. Júpiter miraba por la ventanilla hacia la casa del señor Fentriss, oculta detrás de palmeras y arbustos en flor.

—¡Pete! —exclamó algo excitado—. Por favor, examina cuidadosamente la escena. Hay algo que no encaja… algo que ignoro.

—¿Qué escena? —inquirió Pete—. ¿Te refieres al jardín?

—El jardín, la vereda, todo. Tengo una clara sensación de que alguna cosa va mal, si bien no logro saber su naturaleza.

—¿Quieres decir que algo no encaja, y que no puedes averiguar qué es?

Júpiter asintió, presionándose el labio inferior, señal de que su maquinaria mental funcionaba a todo gas.

Pete inspeccionó toda el área de la casa y el jardín. Fue incapaz de ver algo anormal, excepto la falta de un jardinero que trabajase día y noche durante un mes para darle aspecto de lugar civilizado. Había un camino con muchas hojas de árboles caídas. Un coche debió de pasar recientemente por él, aplastando muchas de las hojas. Claro que eso carecía de significado.

—No veo nada —dijo.

Júpiter pareció no oírlo. Miraba por el cristal posterior del coche que se alejaba. Aún se presionaba el labio inferior.

—¡Worthington! —gritó—. Tenemos que regresar. ¡De prisa!

—Como guste, *Master* Jones —el chófer aceptó la orden, que puso en práctica.

—¡Caracoles, Jupe! —protestó Pete—. ¿Qué te ha dado? ¿Por qué regresamos?

—Porque ahora sé lo que iba mal —informó el primer investigador, cuya cara redonda reflejaba excitación—. No hay cables telefónicos instalados hasta la casa del señor Fentriss.

—¿Que no hay cables? —Pete se esforzó en comprender la idea de su camarada.

—Cables eléctricos, sí; pero no telefónicos —aclaró Júpiter—. Y el señor Fentriss dijo claramente que el señor Hitchcock le había telefoneado antes de nuestra llegada. Luego, si nos mintió en eso,

probablemente todo lo demás que nos contó fue mentira también.

—¡Mentira! —Pete sacudió la cabeza—. ¿Por qué iba a mentir?

—¡Porque no es el señor Fentriss! Es un impostor. ¡Fue al señor Fentriss a quien oímos gritar pidiendo auxilio!

Capítulo 2

El loro tartamudo

El gran «Rolls-Royce» regresó por la serpenteante calle. Había cubierto nueve bloques de casas, cuando Pete y Júpiter vieron un coche negro pequeño que salía de una bocacalle y corría veloz hacia ellos. Fugazmente, captaron la figura del hombre al volante.

El conductor, muy grueso, llevaba grandes gafas. No pudieron ver bien su cara porque miraba al otro lado.

—¡El señor Fentriss! —gritó Pete.

—Puntualicemos. Es el hombre que fingió ser el señor Fentriss —aclaró Júpiter—. ¡Que no se escape, Worthington! ¡Sígalo!

—Sí, *Master* Jones.

El «Rolls-Royce» inició la vuelta. Pete dudó que lograsen alcanzar al coche que se alejaba veloz.

—¿Qué haremos si lo alcanzamos? —preguntó—. No tenemos evidencia en contra suya. Además, el verdadero señor Fentriss puede precisar de nuestra ayuda.

Júpiter vaciló entre seguir al impostor fugitivo y socorrer a quien muy bien podía estar necesitado de su ayuda. Al fin se decidió.

—Tienes razón. Primero averiguaremos si el señor Fentriss está ileso —se volvió a Worthington—. Continúe hacia el hogar del señor Fentriss.

El chófer deshizo la maniobra y siguió su ruta hacia el sendero del señor Fentriss, de donde había surgido el coche desconocido. El «Rolls» penetró en la estrecha vereda, pasó entre las palmeras y arbustos que lo rozaron en ambos lados, y se dirigió a la parte

posterior de la vieja casa, donde Pete y Júpiter habían estado unos momentos antes.

—Pete —exclamó Júpiter, quedamente—. Dime, ¿advertiste algo especial en el coche cuando se cruzó con nosotros?

—Sólo que era un *sport* de dos puertas, modelo «Ránger». Se trata de un vehículo inglés muy bueno, prácticamente nuevo. Tenía placa de California. No conseguí el número, si bien acababa en 13.

—¿Logró ver el número de la matrícula, Worthington? —preguntó Júpiter.

—Lo siento, *Master* Jones. Me hallaba concentrado en observar el firme de la calzada y no me fijé mucho en el coche. Pero lo identifiqué como un «Ranger» con tapicería de piel roja.

—Bien; algo sabemos. Luego trataremos de encontrar al hombre gordo y su coche —comentó Júpiter, saltando del «Rolls»—. Ahora, comprobemos si está dentro el verdadero señor Fentriss.

Mientras lo seguía, Pete se preguntó cómo encontraría un coche entre millones, en California del Sur. Pero en su fuero interno estaba convencido de que pronto lo hallaría.

Los dos investigadores se detuvieron en seco. De la lúgubre mansión les llegó otro grito de socorro.

—¡Auxilio! —La voz sonaba débil y ahogada—. ¡Por favor, ayúdenme! Rápido, antes de que…

La súplica no fue terminada.

—¡Parece como si se estuviera muriendo! —susurró Pete—. ¡Vamos!

Sus largas piernas recorrieron en cuatro zancadas la distancia que les separaba de la puerta. La halló ligeramente abierta, como si el impostor la hubiera dejado así en su prisa de irse. Una vez dentro, los dos entrecerraron los ojos para acomodarlos a la luz interior. Durante un rato, escucharon en silencio. No captaron ningún sonido, excepto el amortiguado crujido de una tabla vieja.

—Ya estuvimos en esta habitación —habló Júpiter señalando a un lado del vestíbulo—. Será mejor que revisemos el lado opuesto.

Cruzaron el vestíbulo y abrieron una puerta a su derecha. Era la entrada a un gran salón dotado de amplio mirador.

—¿Quién está ahí? —La voz débil pareció venir de una gran planta que había en el mirador.

Vieron una flor color púrpura que se balanceaba. Pete la observó

con la secreta sensación de que era ella quien hablaba.

—¿Ha… venido alguien? —Pareció preguntar la flor.

De repente, el segundo investigador advirtió algo detrás del recipiente de madera que contenía la planta de la flor, casi oculto entre frondosas ramas llenas de hojas.

—¡Aquí! —gritó Pete.

De un par de saltos alcanzó el sitio, y se arrodilló junto a un hombre delgado y maltrecho, que yacía de costado, con las manos y pies atados, y un paño puesto de mordaza.

—No tema, señor Fentriss. Nosotros lo desataremos.

Los flojos nudos quedaron pronto deshechos. El señor Fentriss ya casi se había quitado la mordaza. Apoyado en Pete y Júpiter, consiguió llegar a un diván de piel, donde se acostó.

—Gracias, muchachos —susurró—. Recuperaré mis fuerzas dentro de poco.

Júpiter, con aire solemne, cogió una silla y tomó asiento a su lado.

—Señor Fentriss —dijo—. Entiendo que debemos llamar a la policía.

El hombre se mostró alarmado.

—¡Oh, no! Además, tampoco podríamos hacerlo pues no tengo teléfono.

—Eso no es problema; nosotros llevamos teléfono en el coche.

—No —insistió el señor Fentriss—. Pero… —Se incorporó sobre un codo y miró a Júpiter—. ¿Quiénes sois vosotros? ¿Cómo es que estáis aquí?

Júpiter le tendió una tarjeta de los Tres Investigadores, y explicó que el señor Alfred Hitchcock los había mandado.

—Alfred es muy amable —reconoció el señor Fentriss.

—¿Está seguro de no querer que llamemos a la policía? —preguntó Júpiter—. Naturalmente, si prefiere que los Tres Investigadores recobren su loro, estamos a su servicio. Pero no debe olvidar que ha sido asaltado, atacado y…

—¡No! —repitió el señor Fentriss—. Me sentiré muy feliz si vosotros os encargáis del caso. Sé que me puedo fiar de vosotros. Ya visité a la policía. Al principio dijeron que posiblemente el loro habría huido. Luego, cuando insistí, me acusaron de un ser un actor en busca de publicidad.

—Entiendo, señor —dijo Júpiter—. Quizá piensen que esto es otro intento de publicidad.

—Sí, hijo —el señor Fentriss se relajó—. Prefiero no recurrir a las autoridades. ¡Prometedme que no lo haréis!

Después de la promesa, Júpiter pidió detalles sobre el loro perdido.

—Vivía muy compenetrado con «Billy» —explicó el actor—. Su nombre completo es «Billy Shakespeare». Supongo que sabéis quién fue William Shakespeare.

—Sí, señor —contestó Júpiter—. El mejor dramaturgo del mundo. Nació en Inglaterra en 1564 y falleció en 1616. Sus obras son célebres en todo el mundo. Hamlet, probablemente, es la más conocida.

—Muchas veces he interpretado Hamlet —dijo más animado el señor Fentriss—. Logré muchos y grandes éxitos con Hamlet —se puso una mano en el pecho y extendió la otra. En voz profunda, recitó—: «Ser o no ser, ésa es la cuestión» —luego se volvió a los investigadores—. Una frase de Hamlet. Quizá la más célebre que escribiera Shakespeare. Y mi loro, con exactitud, la solía recitar. La repetía una y otra vez.

—¿Su loro recitaba a Shakespeare? —preguntó Pete—. Entonces se trataba de un pájaro muy bien educado.

—Así es. Lo recitaba con un acento inglés brillantísimo. Sólo tenía una pega.

—¿Una pega? —repitió Júpiter.

—El pobre tartamudeaba. Al recitar, decía: «Se-se-ser o no se-se-ser, ésa es la cuestión».

Los ojos de Júpiter brillaron de interés.

—¿Oíste eso, Pete? ¿Quién ha tenido antes un loro tartamudo? Intuyo que éste será un caso único en la historia de la investigación.

Pete también experimentaba semejante sensación. Sin duda alguna, Jupe no exageraba.

Mientras el señor Fentriss recuperaba sus fuerzas, el primer investigador arreció en sus preguntas. El actor había comprado el loro tartamudo hacía tres semanas, a un buhonero con pronunciado acento mexicano, que llegara a la casa con un carrito tirado por un asno.

—Cualquier dato es interesante, señor —afirmó Júpiter—.

¿Cómo fue que el buhonero vino a esta casa?

—Lo envió la señorita Irma Waggoner, que vive en el bloque de casas inmediato. Ella le compró un loro, y al oír que «Billy» recitaba a Shakespeare, creyó que podría interesarme. Por eso dio mi dirección al buhonero.

—Comprendo —Júpiter se presionaba el labio inferior—. ¿Se dedica regularmente ese mexicano a vender loros?

—Bueno, eso es algo que yo ignoro —el señor Fentriss parpadeó —. Cuando vino aquí, traía dos jaulas en su carrito. En una estaba «Billy» y en la otra había un pájaro más bien oscuro, sucio, que según el vendedor era una cotorra. Yo tuve mis dudas en cuanto a que fuera una cotorra. Durante la conversación que tuvimos, el mexicano me dijo que nadie se la compraría debido a su aspecto enfermizo.

—¿Pronunció su nombre, o vio usted si lo llevaba escrito en su carrito?

—No —el actor sacudió la cabeza—. Su ropa era andrajosa y tosía mucho. Tuve la impresión de que ansiaba vender el loro. Lo compré por sólo quince dólares. Bueno, nadie lo quiso antes, porque tartamudeaba.

—¿Y dice usted que el carrito iba tirado por un asno? —insistió Júpiter.

—Eso dije. Por cierto que el carrito necesitaba una buena mano de pintura. El borriquillo se llamaba «Pablo». Es todo lo que puedo decirle.

—¿Piensas en que robó los loros, Jupe? —preguntó Pete.

—Dudo que en tal caso se atreviera a venderlos en las calles —respondió Júpiter—. Sin embargo, es evidente que no era el adiestrador de «Billy», y, por lo tanto, su primer dueño.

—¿Cómo lo sabes?

—Resulta obvio. El señor Fentriss dice que el loro hablaba un brillante inglés, y el vendedor tenía marcado acento mexicano.

—¡Ah, claro! —Pete sintió deseos de abofetearse por su falta de perspicacia.

—Ahora, señor Fentriss —invitó Júpiter al actor, que en aquel momento procedía a sentarse—, dígame cuanto sepa de la desaparición del loro.

—Con mucho gusto —aceptó el señor Fentriss—. Hará tres días

me fui a dar un paseo nocturno. No cerré con llave la puerta y las ventanas se quedaron abiertas. Cuando regresé, «Billy» había desaparecido. Vi huellas de neumáticos en mi sendero, y yo no tengo coche. Era evidente que alguien había venido hasta aquí. Quien fuera, debió de entrar en la casa, y robar a «Billy» durante mi ausencia.

»¡Y la policía cerró el caso afirmando que el loro había huido! —La voz del actor se hizo rencorosa—. ¿Sabéis de algún loro que haya huido llevándose la jaula?

—No, señor —respondió Júpiter—. Puesto que ya conocemos lo relativo al loro, díganos, por favor, lo que sepa en cuanto a lo sucedido hoy. Me refiero al hombre gordo, a qué vino y por qué lo ató.

—¡Menudo bribón! —exclamó el actor—. Dijo llamarse Claudius, y que era policía, comisionado para ayudarme a encontrar el loro perdido. Formuló más o menos las mismas preguntas que tú, y yo di las mismas respuestas. Luego quiso saber si alguien más de la vecindad había comprado un loro al buhonero mexicano. Yo le informé que la señorita Waggoner.

»Pareció que eso le interesaba mucho. Luego me preguntó qué decía mi loro cuando hablaba. Al responderle que de eso ya había informado a la policía, se mostró confundido, pero replicó que solamente quería comprobar datos. Entonces le expliqué cómo repetía "Billy": "Me llamo "Billy Shakespeare". Ser o no ser, ésa es la cuestión".

Al oírlo, se excitó mucho y lo escribió.

—Excúseme, señor Fentriss —interrumpió Pete—. ¿No le dijo que «Billy» tartamudeaba?

—No —el actor se pasó la mano por la frente—. Temí que la policía se riera de un loro tartamudo.

—Sin embargo, el señor Claudius se interesó por el vocabulario del loro —dijo Júpiter—. ¿Recuerda algo más, señor?

—Pues no —el hombre sacudió la cabeza—. ¡Oh, sí! Recuerdo una cosa extraña. Claudius me preguntó si el buhonero tenía otros loros para vender. Mencioné el pájaro oscuro que parecía enfermo, y su excitación subió de punto.

»¡Ése debe ser "Barbanegra"! —dijo en voz alta—. Sí, ciertamente, ha de ser "Barbanegra". Sus exclamaciones me

hicieron recelar en cuanto a su condición de policía.

—Perdone, señor Fentriss —Júpiter consultó las notas que había tomado—. Olvidé preguntar por la descripción de su loro. ¿A qué clase pertenece? Ya sabe usted que hay muchas variedades.

—No sé nada de estas cosas. Pero sí puedo informarte de que tenía una bella cabeza y pecho amarillos.

—Bien, señor Fentriss, ¿que sucedió cuando el hombre gordo advirtió que usted recelaba de él?

—Sucedió que me encaré decidido —se puso en pie, y con ademán de actor en el escenario, extendió el brazo—. «¡Usted no es policía!» —su voz resultó profunda y dramática—. «Estoy convencido de que usted es un bribón que robó mi “Billy”. ¡Devuélvamelo en seguida, o será peor para usted!». ¡Eso es lo que dije!

—¿Y después? —insistió Júpiter.

—Después —contestó el señor Fentriss—, oímos un ruido fuera. El señor Claudius se precipitó a la ventana, y al veros en el camino, creyó que os acompañaba la policía. Veloz, se echó sobre mí. Pedí auxilio, pero me ató y amordazó. Luego se fue. Y permanecí aquí hasta que vosotros me liberasteis.

»Todo eso ya no me importa. Ahora sólo quiero recuperar a “Billy”. ¿Realmente creéis que será fácil encontrarlo?».

—Los Tres Investigadores se esforzarán en conseguirlo —prometió Júpiter.

Minutos después ambos muchachos se despidieron del actor y regresaron al coche.

—¿A casa, *Master* Jones? —preguntó Worthington.

—Sí, por favor.

Tan pronto se puso en marcha el vehículo, Júpiter se volvió a Pete, y dijo:

—Estoy casi seguro de que el señor Claudius robó a «Billy». Si volvió luego, es porque necesitaba más información. Nuestro primer trabajo, pues, consiste en localizar al señor Claudius.

—Prefiero no hacerlo —respondió Pete—. Lo creo capaz de emplear una pistola de verdad tan fácilmente como usó el encendedor. Además, ¿cómo vamos a encontrarlo sin ninguna pista?

—Estudiaré ese problema —dijo Júpiter—. Tiene que haber algún modo… ¡Cuidado, Worthington!

Su advertencia fue innecesaria. El chófer había visto el sedán gris que penetraba raudo en la vereda, recto al «Rolls». Su golpe de volante fue instantáneo, y el lujoso automóvil dorado se desvió hacia un parterre, mientras el sedán patinaba al ser frenado, y el hombrecillo de ojos agudos a su volante luchaba por evitar el choque.

Capítulo 3

Se pierde la lorita « Bo-Peep ».

Los dos vehículos se detuvieron. Un guardabarros del sedán quedó escasamente a cinco centímetros de la brillante pintura del hermoso «Rolls-Royce». Worthington descendió del coche y se enfrentó al hombrecillo de ojos penetrantes, que también saltó al suelo gritando:

—¿Por qué no mira por dónde va, jirafa?

—Amigo —respondió—, yo abandonaba la casa a velocidad moderada. Es usted quien entró aquí a una velocidad temeraria. De haber recibido daño el «Rolls», usted habría pagado las consecuencias.

Worthington se expresó con tanta seriedad, que su adversario, vestido con ropas nuevas y vistosas, retrocedió un paso, al tiempo que gritaba:

—¡No discuto con sirvientes!

—No me llame sirviente, si prefiere no recibir un castigo adecuado.

Worthington estiró los brazos en ademán de agarrarlo por las solapas de la americana y sacudirlo. El otro introdujo rápidamente una mano en el interior de su americana, pero entonces se abrió la portezuela posterior del sedán, y descendió otro hombre, corpulento, ricamente vestido.

—¡Adams! —gritó—. ¡Regresa al coche!

Su voz era seca y autoritaria, con ligero acento francés. Tenía un fino bigote negro y un pequeño lunar en una de las comisuras de su boca.

El conductor vaciló un instante, pero al fin retrocedió hasta el sedán, donde un tercer hombre, grandote y feo, se hallaba sentado.

El que lucía bigote se encaró con Worthington.

—Lo siento. Fue un exceso de confianza por parte de mi chófer. Afortunadamente su coche está indemne. Me hubiera disgustado mucho si llegamos a estropearlo. ¿Puedo saludar a su dueño?

Los acontecimientos se habían precipitado tan vertiginosamente que Jupe y Pete carecieron de tiempo para reaccionar. Júpiter descendió también del «Rolls», y preguntó:

—¿Quería saludarme?

El otro no disimuló su sorpresa.

—Usted… ah… bueno, ¿eres tú el dueño de este «Rolls»?

—Es mío, de momento —la voz de Júpiter sonó impersonal. Su experiencia como actor infantil le había enseñado a desenvolverse ante cualquier situación—. Puede que haya un cambio más adelante.

—Comprendo —el hombre vaciló—. ¿Puedo preguntar si… si eres amigo del señor Fentriss, a quien vengo a visitar?

—Estoy en condiciones de afirmar que somos amigos —respondió Júpiter.

Pete admiró la naturalidad de su socio. Jupe, ciertamente, sabía cómo expresarse con los adultos cuando debía hacerlo. Éste añadió:

—Acabamos de hacerle una visita.

—Entonces quizá pueda decirme cómo está su loro, «Billy Shakespeare».

—Aún falta. El señor Fentriss está muy preocupado.

—¡Falta! —Pese a la exclamación, su rostro no se alteró—. Puedes creerme que lo siento. Supongo que no habrá ninguna pista de su paradero.

—Ninguna. Ahora me encaminaba a la policía, para indagar si hay progresos. ¿Puedo decirles que ustedes ayudarán a encontrarlo?

—¡Oh, no, no! —se negó el hombre, aparentemente alarmado—. No es preciso que me menciones. Sólo soy un amigo que venía a preguntar por «Billy». Pero si aún falta, prefiero no molestar al señor Fentriss. Bien, deseo sinceramente que recupere su pájaro.

Bueno… será mejor seguir nuestro camino.

Sin dar su nombre, el caballero de acento francés volvió a subir a su coche.

—¡Adams! —ordenó con brusquedad—. ¡Llévame al hotel!

—Sí, señor.

El chófer miró con fiereza a Worthington y maniobró el sedán hacia la calzada. Momentos después, el vehículo desaparecía.

—Maneja la situación muy bien, *Master* Jones —dijo Worthington, mientras Júpiter subía de nuevo al coche—. ¿Puedo decirle que me siento orgulloso de usted?

—Gracias, Worthington.

Luego fue Pete quien preguntó:

—¿Qué significa todo eso? Para mí esa gente son clientes duros. Quiero decir, que no me gustaría encontrármelos en un callejón oscuro. ¿Cómo lograste espantarlos?

Júpiter exhaló un profundo suspiro antes de responder:

—Usé un ardid. Supuse que la palabra «policía» no era del agrado de ellos, y por eso afirmé que íbamos a visitarla.

Worthington dejó atrás el sendero y enfiló la calle.

—Eso ya me lo imaginé —dijo Pete—. Pero…

—El chófer, el llamado Adams, llevaba pistola en una funda sobaquera —aclaró el primer investigador—. ¿No viste cómo intentó sacarla? Sin duda alguna, se trata de un individuo temperamentalmente violento.

—¿Un arma? ¿Y acostumbrado a usarla? —Pete tragó saliva.

—Su jefe lo contuvo. Desde luego, el jefe es un tipo muy superior. Pero no comprendo por qué necesita un pistolero al volante de su coche.

—¿Y quién nos da vela en esta procesión? —exclamó Pete—. ¿Qué necesidad tenemos de tratar con sujetos de semejante catadura? Lo nuestro es buscar un loro perdido.

—Tienes razón, Pete.

—De momento hemos conocido a un gordo siniestro y a otro con acento extranjero que utiliza un truhán como chofer. Además, conocemos la existencia de un misterioso buhonero mexicano. ¡Y todos interesados en el mismo pájaro!

—Todos menos el buhonero —corrigió Júpiter—. Si lo vendió, podemos descartarlo.

—¿Qué pasa, Jupe? —preguntó Pete—. ¿Qué tiene ese loro tartamudo para que estos individuos lo deseen hasta el punto de robarlo?

—A su debido tiempo —respondió Júpiter—, estoy seguro que nuestras investigaciones hallarán la respuesta. Ahora me siento tan aturdido como tú.

—¡Menos mal que nos hallamos en el mismo estado! —Gruñó Pete—. ¿Quieres saber lo que yo pienso?

—¿Qué pasa, Worthington? —interrumpió Júpiter.

—Hay una mujer en la carretera, *Master* Jones. Parece haber perdido algo.

Al girar en una esquina, Worthington se vio forzado a frenar bruscamente. Los muchachos sacaron la cabeza por una ventanilla para mirar. Una mujer baja y regordeta buscaba entre las ramas de los árboles, y decía:

—Ven, linda, ven con Irma. Tengo semillas de girasol para ti.

—Está en dificultades —comentó Júpiter—. Veamos si podemos serle útiles.

Salieron del coche y se aproximaron a la mujer, que buscaba algo en las espesas copas de los árboles, llevando en la mano una semilla de girasol.

—Disculpe, señora. ¿Ha perdido algo? —preguntó Júpiter.

—¡Ay, sí! —Al responder la mujer echó la cabeza a un lado como hacen los pájaros, y hasta su voz tuvo inflexiones de canto—. He perdido a mi «Little
Bo-Peep
», y no sé dónde hallarla. ¿No la habéis visto? ¿No habéis visto a mi
«
Bo-Peep
»?



—No, señora. Pero, dígame, ¿«Bo-Peep» es una lorita?

—¡Sí, sí; es una lorita! —Y sorprendida, miró a Júpiter—. ¿Cómo lo supiste?

El muchacho le mostró una de sus tarjetas comerciales.

—Somos investigadores. Deduje que buscaba un loro porque vi aquella jaula —la señaló— entre la hierba junto a los matorrales, y porque intenta conquistar al pájaro con semilla de girasol, que tanto gusta a los loros.

Pete ya lo había supuesto, pero a la mujer le pareció muy original y notable la deducción de Júpiter. Después de varias exclamaciones los invitó a ir hasta su casa para charlar de la extraña desaparición de «Little Bo-Peep».

—Espérenos, Worthington —gritó Júpiter.

Acompañaron a la mujer por un camino enladrillado hacia un *bungalow* oculto detrás de unos bancos.

Una vez sentados en la pequeña salita del *bungalow*, Júpiter preguntó:

—¿Compró usted a «Bo-Peep» hace unas semanas, a un buhonero con acento mexicano, señorita Waggoner?

—¡Sí! —contestó ella, con ojos asombrados—. ¿Sabéis también mi nombre? ¡Debéis de ser unos detectives muy buenos!

—Se trata de mera deducción —respondió Júpiter—. El señor Fentriss nos habló de una señorita llamada Irma Waggoner, y usted pedía a «Bo-Peep» que volviera con Irma. Como ve, yo sólo até cabos.

—Muchas personas disponen de esos cabos —aseveró la señorita Waggoner—, y jamás saben cómo ligarlos. Esos cabos sólo son parte del trabajo. Y bien, ¿sabéis si el pobre señor Fentriss ha encontrado a «Billy»?

—No, señorita, «Billy» aún falta —contestó Pete—. Intentamos encontrarlo. ¿Quieres decirnos cómo desapareció su lorita?

—Pues, verás, me fui un momento al colmado; se me habían acabado las semillas de girasol que gustaban mucho a mi «
Bo-Peep
». Al salir de casa estuvo a punto de atropellarme un coche negro que giró en la esquina. ¡Cielo, cómo conduce la gente hoy!

Pete y Júpiter intercambiaron una mirada. A ninguno de los dos pasó por alto la referencia a un coche negro. Ambos tuvieron el mismo pensamiento. El señor Claudius había conducido en aquella dirección.

—Bueno —continuó la señorita Waggoner—, pues llegué al almacén y compré las semillas de girasol. De regreso, me entretuve un poco en gozar del sol, y cuando entré en la casa hallé abierta la puerta de la jaula de «
Bo-Peep
», que no estaba. Pensé que me habría dejado abierta la jaula y que mi lorita había volado al patio. La buscaba cuando llegasteis vosotros.

—¿Ha vuelto a ver el coche que estuvo a punto de atropellarla, señorita Waggoner? —preguntó Júpiter.

Ella sacudió la cabeza.

—No, no he vuelto a verlo. Desapareció detrás de los árboles. ¡Cielos! ¿No supondrás que el hombre grueso que lo conducía robó a mi «Little
Bo-Peep
», verdad?

—Sospecho que sí —dijo Júpiter—. También sospechamos que robó el loro del señor Fentriss.

—¡Oh, cielos! —exclamó la señorita Waggoner—. ¡Qué mal corazón el de ese hombre! ¿Y qué necesidad tiene de meterse en líos por unos loros? Pudo comprarse uno.

Pete hubiera agradecido esa información. Pero Júpiter no tenía respuesta a esta importante pregunta.

—Hasta ahora es un misterio —dijo—. ¿Hablaba la pequeña «
Bo-Peep
», señorita Waggoner?

—¡Oh, ciertamente que sí! Decía una frase de *Mother Goose*: «Little
Bo-Peep

» ha perdido su oveja, y no sabe dónde hallarla. Visite a «Sherlock Holmes». ¿No os parece una frase curiosa para enseñar a un loro?

—Desde luego —respondió Júpiter—. ¿Lo decía con acento británico?

—Sí, con una entonación muy culta, como si se la hubiera enseñado un inglés de buena cuna.

Júpiter anotaba estos datos para Bob Andrews, encargado de registrar todos los casos.

—Señorita Waggoner —aconsejó el primer investigador—, estoy seguro de que el señor gordo, a quien conocemos por Claudius, entró en esta casa durante la ausencia de usted y robó a «
Bo-Peep
». Le sugiero que lo denuncie a la policía.

—¿La policía? ¡Cielos, no! Eso me obligaría a trasladarme a la ciudad y… ¡Oh, no! Tenéis que ayudarme. ¡Por favor, decid que sí! —suplicó muy abatida.

—De acuerdo, señorita Waggoner —accedió Júpiter—. Estoy seguro de que el señor Claudius tiene los dos loros, y eso facilita las investigaciones.

—Gracias, muchas gracias —dijo ella—. Ahora me siento mejor.

—Una última pregunta —inquirió Júpiter—. ¿Compró a «
Bo-Peep
» a un buhonero mexicano, que conducía un carrito de dos ruedas con un asno?

—Sí. Tosía mucho y parecía enfermo. Lo sentí por él.

—¿Le dio un recibo por la venta del loro?

—¡Oh, no! —La señorita Waggoner palideció—. No se me ocurrió pedírselo.

—¿Advirtió algún nombre o dirección escrita en el carrito? —insistió Júpiter.

La señorita Waggoner denegó con la cabeza. Ya no tenía más información que facilitarles.

Los muchachos se despidieron de ella. En cuanto estuvieron fuera, Pete agarró el brazo de su amigo.

—Jupe, ¿quieres decirme cómo esperas hallar dos loros llamados «Billy Shakespeare» y «Little
Bo-Peep
», que ahora pueden hallarse en cualquier parte? Admito que

pueden ser loros muy literatos, pero hay millones de loros en la jungla que pueden reemplazarlos. Estamos perdiendo nuestro tiempo.

Júpiter, pensativo, respondió:

—¿Te pareció el señor Claudius un tipo frívolo?

—Admito que no. Cuando nos apuntó con la pistola me pareció un individuo brutal.

—Exacto. No obstante, se ha metido en el jaleo de robar dos loros singulares. Sus motivos nos son desconocidos de momento. Pero debemos suponer que tiene razones excelentes, ¿no te parece?

—Eso imagino —gruñó Pete—. Pero ¿qué posibilidades tenemos de volverlo a encontrar?

—Somos investigadores y creo que no carecemos de inteligencia —respondió Júpiter.

Su firme decisión reflejada en los ojos advirtió a su socio que nada lo haría cambiar de idea.

—¡Cuidado! —gritó Júpiter.

Al mismo tiempo de gritar, Júpiter empujó a su amigo, y ambos rodaron por el suelo. Algo sólido silbó entre ellos al pasar por donde había estado la cabeza de Pete un momento antes. La cosa cayó en el suelo.

—¡Quítate… quítate de encima de mí! —jadeó Pete, sin aliento, a Júpiter, que estaba encima de su estómago—. ¡No puedo… respirar! ¡No puedo… moverme!

Júpiter se puso en pie, y Pete respiró hondo. El primero recogió el objeto del suelo; un pedazo de teja roja, parecida a las del tejado del *bungalow* de la señorita Waggoner.

—Si llega a darnos —comentó Júpiter—, nos hubiera incapacitado por algún tiempo. Afortunadamente vi un movimiento en los arbustos antes de que llegara a nosotros.

—Gra… gracias —contestó Pete después de estremecerse—. ¿Quién lo lanzó?

—No lo sé. Pero estoy seguro de que es una advertencia. Alguien no desea que investiguemos el paradero de «Billy» y «
Bo-Peep
».

Capítulo 4

La Puerta Roja de Rover

Bob Andrews engullía su cena, entre miradas al teléfono. Había esperado oírlo en cualquier momento, desde que llegara de la biblioteca, donde trabajaba unas horas al día, ordenando los libros en los estantes.

Pero estaban ya a los postres —flan con una gustosa corteza castaña encima—, y el teléfono aún no había sonado.

No obstante, su madre, de pelo oscuro y atractiva, sorprendió su mirada y pareció recordar algo.

—¡Qué memoria la mía! —exclamó la señora Andrews—. Lo olvidé. Hay un mensaje para ti. Vino tu amigo Júpiter Jones.

—¿De veras? —exclamó Bob—. ¿Y qué dijo?

Bob estaba ya en antecedentes del caso. Júpiter se lo había dicho el día anterior. Entonces acordaron que los Tres Investigadores celebrarían una reunión en el puesto de mando si las ocupaciones del jefe lo permitían. La necesidad de prestar ayuda a sus tíos en el «Patio Salvaje», restringía su tiempo para investigar.

—Lo escribí —la madre se buscó el mensaje en los bolsillos—. No recuerdo su contenido. Júpiter emplea a veces unos términos muy enrevesados.

—Es algo que no puede remediar —Bob defendió a Júpiter—. Ha leído mucho y las palabras menos usuales brotan de sus labios sin propósito concebido. Además, su tío Titus también habla así. Uno se acostumbra a eso.

—Bueno, aquí lo tienes —la señora Andrews le entregó un pedazo de papel. Bob leyó en voz alta:

—«Acude a la Puerta Roja de Rover. El pájaro está sobre el alero de la casa. El camino es angosto. Sigue la flecha».

—¡No digo yo! —exclamó su madre.

Bob se levantó de la mesa.

—¿Qué clase de mensaje es éste, Robert? —insistió ella—. ¿Es que jugáis a los crucigramas?

Bob, que ya se dirigía hacia la puerta, se detuvo, pues su madre había formulado una pregunta.

—Mamaíta, está en un inglés clarísimo.

—Bueno, lo estará si tú lo dices. Pero a mí no me suena como a inglés clarísimo.

—Se trata de un inglés correcto, sólo que en clave —explicó Bob —. Está así por si un extraño intercepta uno de nuestros mensajes, que no pueda entenderlo.

—¿Y yo soy un extraño? ¿Lo es tu propia madre?

—Por favor, mamá, no. Si realmente quieres saber su contenido te lo explicaré. Verás, realizamos investigaciones sobre un caso que nos han recomendado. Se trata de averiguar el paradero de un loro perdido.

—Vuestro caso no me parece peligroso —concedió ella, libre ya de preocupación—. Ahora comprendo eso de: «El pájaro está sobre el alero de la casa».

—Exacto. Y la Puerta Roja…

Su madre lo interrumpió:

—Bien, no pierdas más tiempo. Corre y no tardes. Mientras, yo escribiré unas invitaciones para una cena parroquial que tendremos la semana próxima.

Bob salió presuroso y saltó a su bicicleta. Aún quedaba mucha luz diurna. Era verano, cuando los días son más largos. Rocky Beach se extiende junto a la costa del océano Pacífico, a pocos kilómetros de Hollywood, rodeada de grandes colinas. Bob había rodado por una de esas colinas, con graves consecuencias para una de sus piernas. Ésa era la causa de que llevase un aparato ortopédico que un día no lejano le quitarían.

Condujo su bicicleta por calles secundarias, para eludir el intenso tráfico junto a la playa. Finalmente, llegó a la parte de atrás del «Patio Salvaje» de los Jones; tal vez la chatarrería de más colorido de todo el país. Una larga y alta valla lo rodeaba, y en ella

diversos artistas locales, agradecidos al señor Jones, habían pintado escenas de vivos colores.

En la valla posterior, una enorme pintura representaba el incendio acaecido en San Francisco en 1906. Era dramática la escena de edificios incendiados, carricubas tiradas por caballos y gente que huía con hatillos a sus espaldas.

Bob pedaleó paralelo a la calle, asegurándose de que nadie lo viera, y se detuvo a unos quince metros del final. Allí, un gran chorro de llamas rojas salía de un edificio, y un perrito estaba sentado sobre un nudo de la madera.

Bob hizo salir el nudo con las uñas y presionó la valla. Tres tablas se balancearon hacia arriba, y el muchacho pasó por allí con su bicicleta. Aquélla era la Puerta Roja de Rover.

Había cuatro entradas secretas que facilitaban el acceso al patio de chatarras de los Jones. Por ellas, los Tres Investigadores entraban o salían sin ser vistos.

Una vez en su interior, Bob aparcó la bicicleta. En un gran montón de materiales de construcción había lo que aparentaba ser una cueva. Sobre los materiales, un viejo cartel con una gran flecha negra decía: «Oficina». En realidad, esta palabra encubría el puesto de mando de los Tres Investigadores. Bob se introdujo a gatas en la cueva y avanzó por un estrecho túnel entre la chatarra amontonada. El túnel era como una senda retorcida en todas direcciones, donde unas veces se podía caminar agachado, otras de rodillas, o bien había que arrastrarse. Así llegó a unos pesados tablones que no parecían tener finalidad alguna, pero que en realidad formaban el tejado de la puerta cuatro, del puesto de mando.

Bob recorrió un par de metros más hasta que pudo ponerse en pie. Entonces golpeó un panel. Primero fueron tres golpes seguidos de uno y, finalmente, dos. Alguien abrió la puerta y Bob se agachó para entrar en el puesto de mando.

Éste se hallaba en el interior de un remolque abollado, oculto entre la chatarra y los montones de utensilios. Era tan secreto el puesto de mando, que hasta el señor Jones ignoraba que se hubiera convertido en un centro moderno con habitación oscura para laboratorio, oficina con máquina de escribir, teléfono, escritorio y magnetófono. Todo el equipo había sido reconstruido de chatarras entradas en el patio, excepto el teléfono, cuya instalación pagaron

con el dinero ganado con trabajos hechos en el «Patio Salvaje».

Cuando los chicos se reunían allí, sus conferencias eran totalmente secretas.

Bob halló a Júpiter sentado en una silla giratoria, chupando un lápiz. Pete Crenshaw dibujaba loros y más loros.

—¡Hola, Bob! —saludó Júpiter—. ¿Qué te retuvo?

—Mamá se olvidó de darme el recado. De todos modos tampoco me hubiera dejado venir sin cenar. ¿Se trata de una reunión supersecreta?

Júpiter asintió.

—Tía Mathilda ha estado de limpieza en la casa todo el día y he tenido que ayudarle. Ahora se empeña en que lave todas las ventanas. Sin duda, no hay nada que me libre de hacerlo. Pero eso no ha de impedir que progrese en nuestra búsqueda de «Billy Shakespeare» y «Little
Bo-Peep
». Ahora pretendo enfocar la investigación de modo que vosotros dos sigáis adelante, mientras yo me transformo en limpiador de ventanas.

Júpiter Jones tenía un modo muy peculiar de expresarse, debido a la influencia que ejercía en él su gran afición a la lectura. Daba la sensación de no saberse explicar con frases cortas.

—Estamos desorientados —comentó Pete—. Sabemos que el señor Claudius robó a «Billy» y «
Bo-Peep
», pero no se nos ocurre cómo localizarlo. Quizá la policía lograse encontrar el coche, si bien dudo que se lo tomen en serio. Podemos visitar al comisario Reynolds y pedirle ayuda.

Júpiter denegó con la cabeza.

—No olvides que tanto el señor Fentriss como la señorita Waggoner nos hicieron jurar reserva absoluta. Claro que de algún modo hemos de localizar al señor Claudius, o tendremos que admitir nuestro fracaso.

—Se me ocurre una idea —dijo Bob—. Preguntemos a la gente si ha visto el coche del señor Claudius. Si preguntamos a muchas personas, alguien se habrá fijado en él. Y si encontramos el coche, su dueño no se hallará muy lejos.

Júpiter, no muy de acuerdo, razonó:

—La gente es muy poco observadora. Incluso los testigos presenciales se contradicen ante el juez al exponer los hechos.

Bob rebatió el argumento de su jefe.

—Los chicos no. Los chicos son muy observadores cuando se trata de algo que les interesa. Y no pondrás en duda que a todos nos interesan los coches. Si preguntamos a unos cuantos miles de chicos entre Los Ángeles y Hollywood apuesto a que daremos con alguno que haya visto el coche.

Las pupilas del primer investigador miraban con la fijeza que le caracterizaba, cuando su mente se hallaba sometida a un trabajo intenso.

—Tu idea es brillante, Bob.

—¿Sí? —Bob se infló un poco—. ¿La encuentras brillante de verdad?

—Ingeniosa y sencilla, y por ello brillante. Tienes razón al decir que los coches, particularmente los menos frecuentes, interesan a los chicos. Podemos preguntar a todos los de esta ciudad hasta que encontremos uno que haya visto el coche. Entonces sabremos que el señor Claudius está cerca. Pero, sin duda no podemos abordar a todos los chicos.

—¿Y cómo lo haremos entonces? —preguntó Pete.

Júpiter se inclinó hacia delante y los miró con su aire doctoral e infalible:

—¡Usaremos la Transmisión de Fantasma a Fantasma!

Capítulo 5

Transmisión de Fantasma a Fantasma

El primer investigador miró a sus camaradas como si ellos supieran ya de qué hablaba, cuando en realidad ni Pete ni Bob tenían la más ligera idea.

—¿Qué es una Transmisión de Fantasma a Fantasma? —preguntaron los dos a la vez.

—Es un método de contacto entre miles de chicos sin necesidad de que cada uno hable con todos los demás.

—¿Dónde entran los fantasmas? —preguntó Bob.

—En realidad, no intervienen fantasmas verdaderos —explicó Júpiter—. Ahora bien, los muchachos con quienes entremos en contacto no nos conocerán, al menos la mayoría de ellos, como nosotros tampoco los conocemos. Sencillamente, serán voces por teléfono. De ahí que el nombre de «fantasma» sea totalmente apropiado. Por otra parte, el nombre pondrá sabor y colorido al juego, cosa que entusiasmará a los participantes.

—Sin duda alguna tendrá sabor y colorido —afirmó Bob.

Júpiter entró en vena de diálogo, al tener una idea clara de su propósito.

—También es incuestionable que al referirnos a ellos como «fantasmas» nadie que nos oiga tendrá idea de qué hablamos. Será nuestro secreto.

—Eso parece tener sentido —comentó Pete.

—Y ahora, una última consideración —dijo Júpiter—. Mi plan nos pondrá en contacto con todos los chicos desde aquí al océano Atlántico, de ser necesario. Eso se convertiría en una transmisión de

costa a costa. Sin embargo, esta frase ha sido empleada ya desde las antenas de radio y televisión. Yo quiero que sea algo distinto. Para ello, denominaremos a nuestro sistema Transmisión de Fantasma a Fantasma.

—Si tú lo inventaste, puedes llamarlo como gustes —convino Pete.

—Estoy de acuerdo —asintió Bob—. Pero ¿cómo funciona el sistema?

—Muy sencillo. ¿Cuántos amigos tienes que vivan aquí, Bob?

—Diez o doce; eso creo. ¿Por qué?

—En seguida lo comprenderás —el jefe miró a Pete—. ¿Y cuánto tienes tú, que no sean también amigos de Bob?

—Seis o siete. ¿Qué pretendes?

—En seguida lo entenderéis. Tengo cuatro o cinco amigos que vosotros no conocéis. Bien, Pete, ¿quieres describir el coche del señor Claudius? Tú, Bob, anota la descripción.

Pete no se hizo rogar.

—Dos puertas, *sport* modelo «Ranger», color… negro, tapicería de piel, roja. Prácticamente nuevo. Tiene matrícula de California y su número termina en 13.

Júpiter añadió:

—El conductor se llama a sí mismo Claudius, es muy gordo y lleva gafas. Con estos datos hay suficiente. Ahora iniciaremos el trabajo de transmisión.

He aquí nuestro método. Primero llamaré a cinco amigos y les preguntaré si han visto el «Ranger» negro. Suponiendo que no, les diré que lo pidan a cinco amigos suyos, pasándoles la descripción, y el ruego de que hagan lo mismo con otros cinco amigos. De este modo extenderemos el círculo hasta conseguir resultados. Todos los invitados a participar en la operación, conocerán el número de nuestro teléfono. Así, cualquiera que logre información acerca del coche nos llamará mañana por la mañana a las diez. ¿Os parece bueno el plan?

—¡Repámpanos! —exclamó Bob—. Jupe, ¡esto es terrorífico!

—¡Ajá! —gritó Pete—. Mañana, todos los chicos de California septentrional estarán buscando ese «Ranger» negro.

Júpiter preguntó:

—¿Alguno de vosotros ve fallos en el plan antes de empezar?

—¿Y si ofreciéramos una recompensa? —sugirió Pete—. Es costumbre ofrecer recompensas por las informaciones.

—Eso está bien —aceptó Bob—, servirá para incrementar el interés de todos.

—Me parece estupendo —convino Júpiter—. Pero ¿qué podemos ofrecer? ¡Dinero, ni hablar!

—¿Y si ofreciéramos un paseo en el «Rolls-Royce»? —propuso Pete—. Cualquier chico de la ciudad aficionado a los coches gozará lo indecible en un «Rolls» de metales dorados. Incluso algunos podrían telefonear a sus amigos desde el coche para hablarles del caso.

—¡Estupenda idea, Pete! —Casi gritó Júpiter—. Bob, ¿alguna otra sugerencia?

—Iba a proponer que el primero en darnos la información eligiera algo de su gusto en el patio de las chatarras. Estoy convencido de que todos los chicos hallarían aquí una docena de cosas que desearían tener.

—Eso es cierto —convino Pete—. Todos querrían la ocasión de elegir alguna de las cosas maravillosas que tu tío Titus tiene aquí, Jupe.

—Pero no somos dueños de la chatarra —Jupe frunció el ceño—. No podemos dar algo que no es nuestro.

Durante un rato, los tres se mostraron preocupados. Pete recordó que el señor Jones les debía algún dinero por trabajos realizados al ayudarle a reparar artículos para la venta. Un ligero recuento dio un saldo total de veinticinco dólares con trece centavos. Como recompensa a la información, acordaron ofrecer un paseo en el «Rolls-Royce» y cualquier cosa del patio de chatarras cuyo valor no excediera de aquella cantidad.

Puestos ya de acuerdo, empezaron a telefonear. Júpiter llamó a sus cinco amigos. Ninguno de ellos había visto el coche negro, pero todos aceptaron telefonear a otros cinco amigos y pasarles el mensaje.

Tan pronto hubo terminado, Júpiter desapareció por el túnel dos, para limpiar las ventanas de tía Mathilda. Pete y Bob telefonearon seguidamente. No precisaron de muchas explicaciones. Los muchachos entendían en seguida, y aceptaban tomar parte en una investigación de tanta importancia.

Bob y Pete, no ignoraban que los primeros llamaban a otros amigos mientras ellos telefoneaban a los restantes.

Bob se quedó en el puesto de mando, anotando en el libro registro las noticias que se tenían del caso. Cuando una hora más tarde llegó a su hogar, vio cómo su madre colgaba el teléfono, reflejando en su rostro una marcada sorpresa.

—No lo entiendo —dijo—. No lo entiendo.

—¿Qué ocurre, mamá? —preguntó Bob.

—He intentado hablar por teléfono con las señoras que han de ayudarme en la cena parroquial. He llamado a doce, y aunque parezca imposible, ni una sola línea estaba libre.

Bob se atragantó. De sobra conocía la causa.

—¿Tienen ellas chicos de mi edad? —preguntó.

—Sí, y por eso no me hubiera sorprendido encontrarme con tres o cuatro líneas en comunicación. Pero, no doce. ¡Qué barbaridad! Bien, probaré de nuevo con la señora Garrett.

—Creo que tendrás más suerte si esperas un poquito —aconsejó Bob—. Tal vez haya dificultades ahora, como avería o sobrecarga en las líneas.

—Puede que tengas razón —concedió su madre.

No obstante, la señora Andrews seguía mirando con cierta perplejidad el teléfono cuando Bob se fue a su habitación.

Bob, sentado en su lecho, se puso a hacer cálculos. Tres veces cinco, número de llamadas que habían realizado ellos, eran quince. Si cada uno de los quince llamaban a cinco amigos más, serían setenta y cinco, y que multiplicado por cinco daba trescientos setenta y cinco, y por cinco más mil ochocientos setenta y cinco, y…

No pudo contener un silbido de sorpresa. Nadie que lo supiera se extrañaría de que los teléfonos emitieran señal de ocupados. Júpiter desconocía sus propias fuerzas cuando ponía en ejecución sus ideas. La Transmisión de Fantasma a Fantasma era, prácticamente, una gran explosión en cadena.

Pero se trataba de un mensaje corto, y no se precisaba de mucho tiempo para extenderlo. Tranquilo en cuanto a que la situación se normalizaría pronto, empezó a estudiar las notas que había escrito sobre *El Misterio del loro tartamudo*, como él lo denominaba.

Algo le preocupaba. Probablemente se trataría de algo muy

simple, si bien no lograba identificar el qué. Desde luego, no era el porqué el hombre grueso había robado los loros. Los Tres Investigadores estaban de acuerdo en que se trataba de un misterio que tendría que aguardar posteriores acontecimientos. Sin embargo, seguía en pie el misterio de por qué habían enseñado a tartamudear a un loro. Evidentemente, como Júpiter dijera, «Billy Shakespeare» había sido enseñado a decir: «Se-se-ser o no se-se-ser». Un loro no tartamudeará por defecto físico.

Al fin se introdujo entre las sábanas y se quedó profundamente dormido. No obstante, se despertó varias veces aquella noche, y en el silencio casi creyó oír una voz que decía: «“Little
Bo-Peep
” ha perdido su oveja y no sabe dónde hallarla. Visite a Sherlock Holmes». Ése era el repertorio de «
Bo-Peep
», según la señora Waggoner.

Ahora bien, prescindiendo de la misteriosa invitación a visitar a Sherlock Holmes, el párrafo no era exacto. Según los recuerdos de Bob, en la novela *Mother Goose* se decía: «“Little
Bo-Peep
” ha perdido sus ovejas y no sabe dónde hallarlas».

En cambio, la lorita «
Bo-Peep
» no decía ovejas, sino oveja.

Bob estuvo seguro de que Jupe lo encontraría muy significativo.

—¡Hum! —Júpiter contrajo su redonda faz en una mueca de pensativa concentración—. Tienes razón, Bob. La señorita Waggoner informó que su lorita decía oveja. Claro que tanto dicho en singular como en plural es correcto. No obstante…

—¿Qué importancia tiene la exactitud de un vocablo? —rezongó Pete.

Los Tres Investigadores se hallaban reunidos en el puesto de mando. Faltaban unos minutos para las diez, en cuyo momento esperaban resultados de la Transmisión de Fantasma a Fantasma que habían puesto en marcha la noche anterior. Mientras, discutían el hallazgo de Bob.

—Naturalmente —dijo Bob—. «Billy Shakespeare» tartamudea. Eso podría llamarse error. «

Bo-Peep
» cita incorrectamente su frase. Luego tenemos dos errores.

—¿Y qué importancia tienen dos errores? —preguntó Pete—. Yo cometo más de dos, cada vez que desarrollo un tema escolar.

—De acuerdo —aceptó Júpiter—. La diferencia estriba en que estamos seguros de que ambos loros fueron enseñados por un inglés culto. Un error podría ser accidental. Dos errores sugieren una finalidad.

—¿Una finalidad? —El rostro de Pete acusó evidente sorpresa.

No siempre era fácil seguir los pensamientos de Júpiter Jones. A veces su cerebro parecía complacerse en retorcidas sugerencias.

—¿Quieres decir que es tan fácil enseñar a un loro a pronunciar correcto como incorrecto? —inquirió Bob—. ¿Es por eso que sospechas una razón especial para que «Billy» tartamudee y «
Bo-Peep
» diga oveja, y no ovejas?

—Exacto —concedió Júpiter—. Primero tropezamos con el misterio de que el señor Claudius robase loros. Ahora nos hallamos ante un nuevo misterio: ¿por qué enseñaron a estos loros frases extrañas, dichas incorrectamente?

—Y yo pregunto —intervino Bob—. ¿Por qué enseñar a estos loros semejantes frases? La gente suele conformarse con oír a su loro, «Polly quiere una galleta».

—El misterio se hace más impenetrable a medida que lo estudiamos —respondió el primer investigador.

Su rostro mostraba la satisfacción que le producía hallarse ante un acertijo difícil en que hundir los dientes de su inteligencia.

Luego de un momento de meditación, añadió:

—Para enseñar a los loros se precisa de mucha paciencia. Intuyo que el profesor de estos dos, lo hizo con un propósito determinado. Ignoramos cuál era su propósito. Pero sospecho que el señor Claudius lo sabe. Tal vez sea ése el motivo que le impulsó a robarlos.

—¡Truenos! —exclamó Bob—. Posiblemente haya muchos más loros en todo esto, y no sólo «Billy» y «
Bo-Beep
». Recordad el otro que el buhonero había vendido, y cuyo nombre, «Barbanegra», tanto excitó al señor Claudius cuando oyó hablar de

él.

—¡Oh, no! —gimió Pete—. Si dos loros transforman nuestras cabezas en cerebros de pájaros, imaginad lo que nos sucedería con un lote mayor.

De no mediar otra circunstancia, se hubieran reído. Y la circunstancia fue esta vez el timbre del teléfono. Júpiter alzó el auricular.

—¡Júpiter Jones al habla! —contestó a la llamada—. En efecto, yo soy quien busca información… ¿Sí? Bien, dime, ¿acababa la matrícula en 13?… ¡Oh, cuánto lo siento!… No, no es el coche que intentamos localizar. De todos modos, gracias.

Júpiter colgó decepcionado.

—Un chico de Hollywood —dijo—. Pero la matrícula no coincide.

El teléfono volvió a sonar. Esta vez Júpiter lo mantuvo cerca del altavoz a fin de que los otros pudieran oír la conversación. Era un muchacho de Santa Mónica, que había visto un «Ranger» negro aparcado frente a un restaurante la noche antes. Pero lo usaban un hombre y una mujer de edad avanzada. Por supuesto, tampoco era el que ellos buscaban.

En total recibieron ocho llamadas. Júpiter preguntó hábilmente a todos. Por desgracia, siempre se trataba de otro coche.

La Transmisión de Fantasma a Fantasma era un fracaso. Nadie les facilitó la pista que condujera al señor Claudius.

Capítulo 6

Una visita inesperada

Los muchachos se miraron desconcertados cuando la tía de Júpiter, Mathilda Jones, empezó a llamarlo. Tía Mathilda era una mujer corpulenta, de voz muy potente, y la pudieron oír sin dificultad.

—¡Júpiter! Alguien quiere verte. ¿Dónde te has metido? Hace una hora que no te veo. Hay un chico que pregunta por ti. Es un chico mexicano.

¡Un chico mexicano! Todos tuvieron el mismo pensamiento. ¡El hombre que vendiera los loros tenía acento mexicano!

Los Tres Investigadores salieron por el túnel dos. En el suelo del remolque había un tablero cuadrado a modo de trampilla que se abría hacia arriba y por esta abertura se pasaba a un gran tubo. Los muchachos se deslizaron por la trampilla para arrastrarse unos doce metros por el túnel. Al final de éste había una reja de hierro que Pete apartó. Así salieron a rastras del túnel dos, detrás de la imprentilla reconstruida, donde imprimieran sus tarjetas y membretes de cartas.

Se hallaban en la puerta exterior del taller de Júpiter, en un ángulo del patio de chatarra donde nadie podía verlos, debido a la acumulación intencionada de materiales.

Los gritos de la señora Jones seguían resonando cuando los tres amigos rodearon el montón de objetos y aparecieron en la parte noble del patio, cerca de la entrada principal y oficina.

—¿Me llamabas, tía Mathilda? —preguntó Júpiter.

Ella se volvió a mirarlo. Estaba acompañada de un chico mexicano, casi tan alto como Bob. El muchacho vestía unos

pantalones muy usados y una camisa rasgada. Aguantaba las riendas de un pequeño asno que tiraba de un viejo carretón de dos ruedas.

—Este chico quiere verte, Júpiter —dijo su tía—. Hoy tienes libre, pero mañana habrá mucho trabajo. Tu tío regresa de un viaje de compras.

—Gracias, tía Mathilda —contestó Júpiter.

La señora Jones regresó a la oficina. El mexicano miraba a su alrededor, clavando sus negros ojos aquí y allá. Luego se volvió a Júpiter, cosa natural, puesto que la constitución del primer investigador, recia y compacta, atraía la atención.

—¿Señor Júpiter? —preguntó.

—Soy Júpiter Jones —dijo el sobrino de Titus Jones.

—Yo soy Carlos —se presentó el muchacho. Su acento mexicano era casi musical—. ¿Dónde está el auto? ¿Puedo verlo?

—Quiere saber dónde está el «Rolls».

—¡Oh! El coche está en el garaje —explicó Júpiter a Carlos.

—¡Un auto dorado! —exclamó Carlos—. Debe ser lindo. ¡Ansío tanto verlo! —empezó a sonreírse, pero de repente se mostró asustado—. Discúlpeme, señor Júpiter. Los coches me gustan mucho. Todos los coches. Algún día… algún día seré dueño de uno.

—¿Has venido sólo a ver coches? —preguntó Júpiter.

Hans y Konrad, los dos rubios bávaros ayudantes del tío Títus, entraron en el patio conduciendo el camión más pequeño de los dos que tenían. Júpiter se apresuró a invitar a Carlos.

—¡Sígueme!

Carlos vaciló un segundo, pero ató las riendas de su asno a un trozo de tubería y siguió a Júpiter, no sin antes acariciar con afecto al borriquillo.

—Volveré, «Pablo» —dijo al animal.

Pronto estuvieron sentados en la parte exterior del taller. El mexicano miraba con ojos agrandados todos los aparatos.

—Carlos, ¿viniste a hablamos del «Ranger» *sport*, negro? —preguntó Júpiter.

Carlos asintió tan fuerte con la cabeza, que pareció iba a desprendérsele de los hombros.

—Sí, sí, sí, señor Júpiter —dijo—. Anoche mi amigo Esteban vino a mi casa, y me dijo que un señor Júpiter Jones quería saber

de un coche «Ranger» con matrícula que acababa en uno… tres.

Los muchachos aguardaban con el aliento contenido. Carlos los miró con los ojos abiertos de esperanza.

—Y también me dijo… —se calló—. Que había una recompensa.

—¡Hay una recompensa! —exclamó Pete tan excitado que el mexicano se asustó—. ¡Acertaste! ¿Viste el coche? ¿Sabes dónde está?

—Sí, vi el coche. Y al hombre gordo. Pero donde está ahora no lo sé. Fue —contó con los dedos— uno, dos, siete; hace siete días que vi el coche y al hombre gordo.

—¡Siete días! —exclamó Pete decepcionado—. Eso no sirve de mucho. ¿Cómo puedes recordar un coche al cabo de una semana?

—¡Oh! Me gustan los coches. Sueño con ellos. El «Ranger» negro es un lindo coche. Puedo decirle el número de matrícula: AK cuatro-cinco-uno-tres. Tiene asientos de piel roja. Una pequeña ralladura en el parachoques frontal y una pequeña abolladura en la parte de atrás.

Todos lo miraron con respeto. Muchos chicos saben identificar la marca y año de fabricación de casi todos los coches que ven, pero no muchos recuerdan detalles como un número de matrícula, una raspadura y una abolladura después de transcurrida una semana.

—Eso ayudaría a la policía a localizarlo —comentó Júpiter, presionándose el labio.

—Pero en este caso no podemos recurrir a ella. ¿No has vuelto a ver el coche, Carlos?

El mexicano sacudió la cabeza. Sus ojos eran tristes.

—¿No me gano la re… compensa? —preguntó—. ¿No puedo montar en un auto dorado tan maravilloso?

—Quizá, Carlos —prometió Júpiter—. Primero dime, ¿cómo fue que viste el coche y al señor Claudius? El hombre grueso se llama Claudius.

—Vino de visita a casa de mi tío Ramos, por cuestión de los loros.

—¿Los loros? —gritó Pete—. ¿Fue tu tío quien vendió a «Billy Shakespeare» y a «
Bo-Peep
»? —Carlos asintió.

—Y los otros también —afirmó el niño—. Todos tienen nombres

raros.

—¿Nombres raros? —preguntó Júpiter, mirando rápidamente a Bob.

La corazonada del tercer investigador de que habría más loros en el caso, era acertada.

—¿Puedes recordar los nombres?

Carlos se pasó la mano por su espeso pelo negro. Luengo asintió.

—Los recuerdo. Eran «Billy Shakespeare» y «Little Bo-Peep».

Los tres amigos asintieron. Pete dijo:

—Esos dos ya los conocíamos.

—Luego estaban «Sherlock Holmes» y «Robin Hood».

—¡«Sherlock Holmes» y «Robin Hood»! —exclamó Bob escribiendo los nombres.

—«Capitán Kidd» y «Cara Marcada» —añadió Carlos—, «Cara Marcada» tiene un solo ojo.

Bob escribió los dos nombres.

—Nombraste seis. ¿Hay más? —preguntó.

—Oh, sí —el rostro de Carlos se iluminó—. El negro se llamaba «Barbanegra, el Pirata». Éste hablaba mejor que los otros. Eran siete loros con lindas cabezas amarillas, excepto «Barbanegra», que no la tenía amarilla.

—¡«Barbanegra, el Pirata»! —repitió entusiasmado Bob, escribiendo el nombre—. Ése era el que mencionó el señor Fentriss, y que tanto interesó al señor Claudius. ¡Caramba, Jupe! ¿Estarán los siete envueltos en el caso?

—Lo averiguaremos —replicó Júpiter—. Carlos, ¿dices que el hombre gordo vino a ver a tu tío Ramos hace una semana para comprarle esos loros?

—Sí, vino a comprarlos.

—¿Y se los vendió tu tío?

—No —un relámpago de tristeza cruzó el rostro de Carlos—. El tío Ramos ya había vendido aquellos loros. El hombre gordo hubiera pagado mil dólares por ellos. Pero el tío Ramos ya no los tenía. El hombre gordo se enojó mucho, y dijo cosas desagradables al tío Ramos, porque no pudo recordar a quién los vendió. Mi tío no sabe de letras, y vendió los loros sin hacer recibos.

—Así el señor Claudius ha estado intentando localizar a los loros desde entonces, y por alguna razón desconocida robó los que pudo hallar —dijo Júpiter a Bob y Pete—. Estamos obteniendo mucha información La transmisión de Fantasma a Fantasma ha dado buenos resultados, aun cuando no sea exactamente la información que nosotros esperábamos de este sistema.

—Si me preguntas, te diré que es demasiada información —dijo Pete—. Empezamos con un loro desaparecido y ya tenemos dos. Ahora apuesto cualquier cosa que piensas en localizar a los otros cinco. ¿Me equivoco?

Júpiter no negó este propósito.

—Los siete pájaros son parte del mismo misterio. Resolvámoslo y hallaremos a todos los loros.

—Sólo hemos prometido hallar a «Billy Shakespeare» y «Little Bo-Peep
» —protestó Pete—. ¡No hicimos tratos para resolver un embrujado misterio!

Bob sabía que Pete malgastaba su aliento. Éste lo sabía también. Dar a Júpiter un misterio que resolver, era igual a dar un jugoso hueso a un bulldog. No lo soltaría hasta que hubiera acabado con él. Júpiter se volvió al mexicano.

—Carlos, apreciamos tu información. ¿Por qué no telefoneaste? ¿Por qué viniste a Rocky Beach con el carrito para vernos?

—Confiaba en llevarme en el carrito la recompensa a casa. Además, señor Júpiter, no tenía dinero para una llamada.

Los tres chicos se miraron. El mismo pensamiento estaba en sus cerebros. A veces se hallaban en apuros monetarios, pero tenían perspectivas de entradas, pues en la chatarrería siempre había trabajo. Resultaba penoso enterarse de que alguien carecía de dinero… incluso de un miserable centavo.

Júpiter tragó saliva al observar cuan delgado estaba Carlos.

—Comprendo —dijo—. Nos has dado información muy valiosa que merece una recompensa, aunque no sea toda la ofrecida. En realidad, lo que nos interesa es localizar el coche para averiguar dónde vive el señor Claudius.

—¿Dónde vive el gordo? —Carlos se animó—. ¡Espere!

Buscó algo en sus bolsillos.

—Cuando el gordo se fue, prometió a mi tío Ramos mucho

dinero si recordaba dónde había vendido los loros. Le dio esta tarjeta.

Entregó a Júpiter una tarjeta de visita a nombre del señor Claudius. ¡La Transmisión de Fantasma a Fantasma había localizado al hombre que les interesaba!

Los tres se agruparon para ver qué decía la tarjeta, pero una luz roja sobre la imprentilla empezó a destellar. Júpiter la había instalado conectada al teléfono del puesto de mando, para saber que llamaban cuando estuviera en el taller.

Alguien telefoneaba. Júpiter tomó una decisión.

—Carlos, cierra los ojos —pidió al muchacho mexicano, a fin de que éste no viera por dónde se marchaba.

—Sí, señor Júpiter —accedió Carlos, que cerró los ojos.

—Pete, quédate con Carlos. Bob y yo tenemos negocios que atender. Ahora regresamos.

Mientras Carlos mantenía cerrados los ojos, Bob y Júpiter se introdujeron por el tubo del túnel dos, y se arrastraron hasta el puesto de mando.

Jupe cogió el teléfono.

—Hola —dijo una voz.

Era una mujer, y hablaba casi en susurro, como si temiera ser oída.

—¿Te llamas Júpiter Jones, e intentas localizar el coche del señor Claudius?

—Sí, señora. ¿Acaso puede decirme dónde está?

—¡Está guardado en un garaje donde nadie pueda verlo! —La mujer parecía enfadada—. Y no intentes encontrar al señor Claudius, ¿entiendes? Su carácter es muy violento y resulta peligroso enojarlo. Mantente alejado de él. ¡No te interfieras en sus asuntos!

Colgó. Júpiter y Bob se miraron en silencio. El primer investigador aún conservaba en la mano la tarjeta que decía exactamente dónde encontrar al señor Claudius. Pero después de la advertencia de la mujer desconocida… Lentamente, Júpiter se guardó la tarjeta en el bolsillo.

—Tenemos que pagar a Carlos su recompensa —dijo a Bob después de un momento de silencio—. Luego iremos a su casa y veremos qué nos dice su tío. Estoy seguro de que estamos a punto

de saber grandes noticias. Después… bueno, después habrá tiempo sobrado de pensar en cómo tratar con el señor Claudius.

Una rara procesión tomó la ruta del sur a lo largo de la costa, un par de horas más tarde. Encabezaba la procesión el enorme «Rolls-Royce» conducido por Worthington. Júpiter, Pete y Carlos iban en el asiento de atrás. Bob había tenido que ir a trabajar a la biblioteca.

Carlos apenas podía contener su entusiasmo. Pasaba sus dedos por los metales dorados, tocaba la curtida piel, que cubría los asientos y miraba con ojos muy abiertos el teléfono dorado.

—¡El auto dorado! —repetía—. ¡Qué lindo! Jamás soñé en montar en un auto como éste.

Carlos sabía mucho de automóviles, de eso no había duda. Cualquier coche que pasara por delante de él, por grande que fuera su velocidad, identificaba su marca, año y modelo. Su ambición era ser mecánico y dueño de un taller de reparaciones.

Detrás del «Rolls-Royce» seguía el camión pequeño conducido por Konrad. En éste viajaba la recompensa que los Tres Investigadores acordaron dar a Carlos. Lo elegido por el muchacho mexicano en la chatarrería fue sorprendente. Quiso tablones, una puerta, una ventana y clavos para componer la casa donde vivía con su tío, que precisaba de muchas reparaciones.

Júpiter había susurrado a su tía que Carlos y su tío carecían de dinero. La señora Jones, cuyo corazón era tan grande como ella, puso un precio muy bajo al material. No sólo calculó por debajo de los veinticinco dólares y trece centavos que debía a los Tres Investigadores, sino que al extender la factura lo hizo con tanta generosidad que aún sobraron cinco dólares, los cuales entregó en efectivo a Carlos.

Los maderos, ventana, puerta, clavos y una lata de pintura, resultaban ser una carga demasiado pesada para un carrito tirado por un pequeño asno gris, que respondía al nombre de «Pablo». El problema de cómo llevar a «Pablo» y el carromato, de regreso a casa, lo resolvieron Hans y Konrad. Asno y carrito fueron acomodados en el camión, junto con los materiales de construcción. Así, «Pablo» viajó montado en un camión detrás del «Rolls-Royce», mirando todo cuanto pasaba por su lado.

Los dos vehículos entraron en un barrio muy pequeño de casas

semiderruidas, con huertos donde crecían algunos cultivos. Allí era donde vivía Carlos. Niños y niñas corrieron al ver el «Rolls-Royce». Carlos saludó agitando la mano.

—¡José! —gritó—. ¡Esteban! ¡Margarita! ¡Ved! Regreso en el auto dorado.

Aparecieron tantos niños desastrosos, que Worthington tuvo que detener el coche. Todos querían tocar el «Rolls-Royce». Carlos les habló en fiero español y ellos se retiraron.

—¿Seguimos, *Master* Jones? —preguntó Worthington.

El chófer jamás perdía los estribos, sucediera lo que sucediera.

—Espérenos, Worthington —ordenó Júpiter—. El camión se ha rezagado, y no quiero perderlo.

Mientras aguardaban, Carlos señaló un huerto próximo. Algo más allá se veía una cabaña en estado ruinoso, con un viejo invernadero detrás.

—Allí vivo con mi tío Ramos —explicó—. ¿Quieren venir? El auto puede quedarse aquí. El camino es muy malo.

Júpiter aceptó la sugerencia.

—Gracias, Worthington —dijo—. No regresaremos con usted. Lo haremos en el camión con Konrad.

—De acuerdo, *Master* Jones.

El «Rolls-Royce» se alejó por la ruta de regreso.

Poco después apareció el camión y Júpiter señaló la cabaña a Konrad. El rubio bávaro asintió.

Júpiter, Pete y Carlos iniciaron la marcha a campo traviesa hacia la casa —si es que se podía llamar así— donde vivía el mexicano. Cuanto más se acercaban a ella, más ruinosa aparecía. Una pared casi había desaparecido; una ventana estaba caída, y faltaba una puerta.

Carlos pareció intuir sus pensamientos.

—Cuando mi tío llegó de Méjico, no tenía dinero —explicó—. Éste fue el único lugar en que pudo quedarse. El alquiler es cinco dólares al mes —se tocó el bolsillo donde guardaba el billete de cinco dólares que la señora Jones le diera—. Ahora podré pagar un alquiler más —dijo feliz—. Arreglaré la casa, y entonces mejorará la tos de tío Ramos, y podrá trabajar otra vez.

Alcanzaron la cabaña por su parte posterior. En la sucia calle vieron aparcado un sedán negro de una marca popular. Carlos dio

un respingo.

—¿Quién estará con mi tío Ramos? —preguntó—. No me gusta eso.

Se apresuró y Pete y Júpiter corrieron tras él. A medida que se acercaban a la cochambrosa morada, oyeron cómo una voz subía de tono en el interior… enfadada.

—Es la voz del señor Claudius —dijo Pete al primer investigador.

—¡Dígamelo! —gritó el señor Claudius—. ¡Dígamelo, viejo imbécil, o le retorceré el pescuezo!

—¡Tío Ramos! —gritó a su vez Carlos, entrando—. ¿Qué quiere este gordinflón?

Pete y Júpiter corrieron sin alcanzarlo. Sin embargo, cuando Carlos penetró violentamente en la cabaña por la entrada sin puertas, ellos le pisaban ya los talones. Llegaron a tiempo de ver al señor Claudius inclinado sobre una cama donde, indudablemente, el tío de Carlos estaba acostado. El mexicano tosía sofocado, como si el otro lo estuviera ahogando.

—¡Tiene que recordar! —dijo enfurecido el señor Claudius—. Comprendo que no recuerde dónde vendió los otros loros, pero «Barbanegra» fue el último que vendió. Ya he recuperado cuatro y conseguiré el resto. El que más necesito es «Barbanegra». Estoy seguro que sabe dónde está.

Carlos se lanzó como un pequeño terrier a las gordas piernas del hombre. El señor Claudius se giró en redondo, y con una mano suspendió en el aire al joven mexicano. Carlos, indefenso, balanceó sus pies sin tocar el suelo. El señor Claudius lo sujetaba por el cuello de su maltrecha camisa.



—¡Apartaos! —rugió aquel energúmeno, en voz sorda y amenazadora, mientras Pete y Júpiter vacilaban—, o retorceré el cuello de este pillo. Después haré lo mismo con vosotros.

—¡Sujetadlo! —gimió Carlos, bañado en lágrimas, no de miedo, sino de rabia—. Hizo daño a mi tío, enfermo e indefenso.

—¡Quietos! —advirtió Claudius, cuyos ojos brillaban peligrosos —. ¡Chicos, os estáis transformando en un estorbo para mí!

La camisa de Carlos se rompió, y éste cayó al suelo. Inmediatamente rodeó con sus brazos las piernas del hombre. Pete y Júpiter saltaron en su ayuda. El primero atenazó con sus brazos la cintura del señor Claudius, y el segundo se decidió por reforzar la acción de Carlos, en su presa a las piernas.

Pero las grasas del atacado ocultaban poderosos músculos. Se desprendió de Carlos, y Pete y Júpiter salieron despedidos en direcciones opuestas. El hombre huyó hacia la puerta, antes de que los fieros jovencitos pudieran reaccionar.

Una vez en pie, lo vieron saltar al sedán y partió a todo gas, precisamente cuando Konrad, ignorante de lo sucedido, aparcaba el camión detrás del turismo.

—¡Lástima que no hayamos podido retenerlo hasta que Konrad llegase! —exclamó Pete, sacudiéndose la ropa.

—¡Y lástima también que hayamos despedido a Worthington! Ahora estaríamos persiguiéndolo —se lamentó Júpiter, mientras veía desaparecer el sedán tras una esquina—. No obstante, poseemos su nombre y dirección.

—¡Estupendo! —comentó Pete—. Así sabremos qué sector de la ciudad debemos eludir. El señor Claudius no simpatiza con los Tres Investigadores.

—Está furioso, y la furia es hija del miedo —aseguró Júpiter—. Ahora nos teme. Eso nos da una ventaja sobre él.

—¿Pretendes afirmar que el gordo nos teme? —Pete se llevó las manos a la cabeza—. ¿Y qué sentimos nosotros en cuanto a él?

—Nos sentimos nerviosos, pero confiados en el triunfo.

—Sobran dos palabras en tu respuesta: «confiados» y «triunfo».

Los dos investigadores, que habían salido a la calle, entraron de nuevo en la cabaña. Carlos daba a su tío agua para calmarle la tos.

Pete recogió una silla caída en el suelo, la única que había en la habitación, y se aproximaron al catre. Carlos se volvió a ellos.

—Les doy mil veces las gracias, por ayudarme en la pelea. El gordo vino a que mi tío Ramos le dijera a quién vendió el loro llamado «Barbanegra». Pero él no pudo decírselo porque no lo recuerda. Fue a una señora que vive cerca de aquí, y eso es todo lo que sabe. Se lo vendió por cinco dólares, porque nadie más lo quería. El gordo está muy ansioso de conseguirlo.

—Eso parece —asintió Pete—. El señor Claudius sabe algo de esos pájaros, que nosotros ignoramos.

—Algo que los hace muy importantes para él —añadió Júpiter —. Me gustaría saber…

Fueron interrumpidos por un golpe en la entrada. Era Konrad.

—¿Descargo ahora? —preguntó.

—Sí, por favor. Amontónelo junto a la casa —contestó Júpiter.

Entonces vieron a una mujer de edad avanzada detrás de Konrad, con una caja de cartón agujereada.

—¿Quién es? —preguntó Júpiter.

—Una señora que venía hacia aquí. La dejé subir —explicó el bávaro—. Bien, descargo.

La mujer se acercó a la puerta y miró desconfiada a los dos investigadores.

—¿Quiénes sois vosotros, chicos? —preguntó—. ¿Dónde está ese bribón de Ramos?

Carlos se abrió paso entre los dos amigos.

—Mi tío está enfermo. Soy Carlos. ¿Qué desea?

—Mi dinero. Tu tío me vendió este pajarraco diciéndome que era un loro muy raro, y mi yerno dice que me ha timado. ¡No es un loro! Si acaso es una mezcla de estornino. Y además, lo que dice, no es apto para oídos cristianos.

Tiró la caja a los brazos de Carlos, que se apresuró a recogerla.

—Ahora devuélveme los cinco dólares. ¡No me gusta que me timen! ¡Mira que decirme que un estornino es un loro!

Carlos sintióse desgraciado. Entregó la caja a Pete, y, lentamente, se llevó la mano al bolsillo. Sacó el prietamente doblado billete de cinco dólares que había recibido de la señora Jones. Pete y Júpiter sabían cuánto significaban aquellos cinco dólares para él. Era todo el dinero que tenía. No obstante, Carlos se sonrió al entregárselos a la mujer.

—Perdón, señora. Mi tío está enfermo. Tal vez se equivocó. Aquí

tiene su dinero.

—¡Un estornino! —repitió la mujer, antes de irse.

Carlos se volvió a los dos amigos.

—Debe de ser «Barbanegra». Habla tan bien que mi tío y yo lo creíamos un loro muy raro.

Abrió la caja y un pequeño pájaro oscuro de gran pico amarillo se sacudió, ahuecó sus plumas, y, de repente, aleteó. Luego voló hacia arriba, para terminar posándose en un hombro de Pete.

—¡Este pájaro no es un estornino! —exclamó excitado Júpiter—. Es un mina. Aprenden a hablar, incluso mejor que los loros. Si están adiestrados, son valiosísimos.

—Soy «Barbanegra, el Pirata» —habló rasposamente el pájaro mina—. He enterrado mi tesoro donde los muertos lo guardan para siempre. ¡Jo-jo-jo, y una botella de ron!

Luego estalló en una retahíla de expresiones que las familias de los chicos nunca aprobarían. Sin embargo, a ellos les produjo una explosión de entusiasmo.

—¡«Barbanegra»! —exclamó Júpiter—. El pájaro que tanta ansia el señor Claudius. ¡Y lo tenemos nosotros!

«Barbanegra», hambriento, miró a su alrededor y vio la oreja de Pete tentadoramente cerca. Su picotazo arrancó tal chillido del segundo investigador, que salió despedido de su hombro catapultado por el miedo. El pájaro agitó sus alas y luego se perdió en el espacio.

—¡Se ha ido! —gritó Júpiter—. ¡Pete, nos has hecho perder una pista valiosísima!

Mientras contemplaban cómo «Barbanegra» se perdía detrás de un macizo de árboles, Pete se aplicó un pañuelo a su oreja herida y respondió a su amigo:

—¡También yo pierdo sangre valiosísima!

Pese a sus palabras, Pete se sintió culpable. La mina había hablado de un tesoro sepultado que los muertos guardaban. Su discurso había sonado más misterioso que todas las frases dichas por «Billy Shakespeare» y «Bo-Peep». Indudablemente, su jefe tenía razón; una pista muy importante había estado en sus manos… o, por lo menos, en su hombro.

¡Y había huido!

Capítulo 7

El tesoro misterioso

Cuando se convencieron de que «Barbanegra», el parlanchín mina, no regresaría, Carlos ya había calmado la tos de su tío, de modo que podía hablar sin molestias. El hombre tendido en el lecho, intentó contestar las preguntas que Júpiter le formulaba. Pero le resultaba más fácil hablar en español, y Carlos se encargó de relatar la historia en su lugar. El tío Ramos, de cuando en cuando, asentía con la cabeza y decía:

—Sí, sí.

—Hace dos años mi tío Ramos se vino aquí —habló Carlos en un defectuoso, pero claro inglés—. Vino desde Méjico con el carrito tirado por «Pablo». Mi tío es un experto cultivador de flores. Al no hallar trabajo aquí y hablarle alguien de este lugar como un invernadero viejo, aunque tenía muchos cristales rotos, lo alquiló por cinco dólares al mes para cultivar flores.

Los dos investigadores asintieron. A juzgar por el estado de la cabaña, cinco dólares al mes no era poco.

—Tío Ramos arregló el invernadero con latas viejas aplanadas a martillazos. También cultivó algunas flores en el exterior. El carrito le servía para llevar las flores a la ciudad, donde las vendía.

»Un hombre alto y delgado vino a nuestra casa un buen día. Se llamaba John Silver y dijo que procedía de Inglaterra. Estaba débil y enfermo y sin mucho dinero. Pidió a tío Ramos que lo dejara quedarse, y mi tío aceptó darle alojamiento.

»El señor Silver traía sólo algo de ropa en un saco marinero y una caja de metal. Ésta era larga, plana y ancha. Así, de esta forma.

Carlos extendió sus manos en dos posturas diferentes y su tío dijo:

—Sí, sí.

Júpiter hizo un rápido cálculo.

—Unos treinta y cinco centímetros por sesenta —explicó—. Sigue, Carlos. Nos estás proporcionando mucha información.

—La caja tenía una cerradura muy fuerte —continuó el muchacho—. El señor Silver dormía con ella debajo del colchón. Cada noche la abría y miraba su contenido. Cuando lo hacía, su rostro cobraba aspecto feliz.

De nuevo su tío asintió.

—¡*Sí, sí*; muy feliz!

—Tío Ramos le preguntó qué había en la caja. El señor Silver se rió —Carlos se rascó su espeso matojo de pelo negro rebelde, intentando recordar las palabras—: Siempre e invariablemente, respondía: «Esta caja guarda un pedazo de arco iris sobre pedestal de oro».

—Un pedazo de arco iris sobre pedestal de oro —repitió Júpiter intrigado—. Una descripción muy liosa. Sigue, Carlos.

—Bueno, señor Jones —continuó el mexicano—. Tío Ramos cogió la tos y yo vine a cuidarlo. Hice el viaje parando coches en la carretera. Una vez aquí traté de ayudarle, pero no tengo experiencia en el cultivo de las flores. ¡No le sirvo para nada!

—¡Eres un chico muy bueno! —protestó su tío en inglés—. ¡Un chico excelente! ¡Trabajas mucho!

—Gracias, tío Ramos —Carlos se animó—. De todos modos, el señor Silver también estaba enfermo. Aseguraba que su enfermedad era incurable. Le pregunté por qué no vendía el pedestal de oro que sostenía el trozo de arco iris que según él guardaba en la caja, e iba a que lo visitase un doctor. Aunque se rió, se puso triste. Me contestó que no se atrevía.

Carlos suspiró profundamente, esforzándose en recordar.

—Dijo que si intentaba vender el pedestal de oro, tendría que decir su nombre verdadero y cómo lo consiguió. Además, había entrado ilegalmente en el país, y lo deportarían de nuevo a Inglaterra, donde lo mandarían a la cárcel. No le quedaba otro remedio que vivir sin dinero, gozando de su pedazo de arco iris mientras pudiera. A veces aseguraba hallarse muy bien, pero que se

iría pronto.

Los jóvenes rasgos de Carlos se ensombrecieron.

—No entendí el significado de sus palabras hasta mucho después. Un día el señor Silver trajo a casa siete loros, todos con lindas cabezas amarillas, y siete jaulas. Los puso en el invernadero.

Pete y Júpiter se miraron con creciente interés. Al fin iban a saber algo del misterio que ocultaban los loros.

—El señor Silver era muy bueno con los pájaros —siguió Carlos —. Cuando vino aquí por primera vez, ya tenía a «Barbanegra». Éste se ponía en su hombro y decía palabrotas. El señor Silver se reía mucho oyéndolo.

»En el invernadero inició la enseñanza de los loros. A cada uno enseñaba palabras diferentes. Les puso nombres raros. Nunca llegué a entender ni los nombres ni las palabras.

—Son nombres de la literatura o historia inglesa —explicó Júpiter—. Por eso no los entendiste. ¿Recuerdas alguna de las frases que enseñaba a los loros?

—No —Carlos suspiró—. Demasiado difícil para que yo lo recuerde. Un loro de cabeza amarilla se murió un día. El señor Silver se apenó muchísimo. Dijo que «Barbanegra» tendría que doblar al loro muerto. No entiendo qué significa eso.

—En Hollywood —aclaró Pete— todos sabemos qué es un doble. Es quien reemplaza a la estrella en ciertos momentos.

—Bueno, el caso es que acabó de enseñar a los seis loros amarillos y al oscuro, que según él, es una clase rara de loro.

—Probablemente pensó que si decía que era un pájaro mina os confundiría —sugirió Júpiter—. ¿Qué sucedió luego, Carlos?

El mexicano extendió las manos, aturdido.

—El señor Silver se marchó una noche. Se llevó la caja de metal. Estuvo ausente durante tres días. Cuando regresó estaba muy débil, y no trajo la caja. Dijo que la había ocultado, puesto que se iría muy pronto. No quería darnos la caja de metal con el trozo de arco iris porque nos causaría muchas molestias.

Escribió una carta muy larga y me la dio para que la echase al correo.

—¿Recuerdas a quién iba dirigida? —preguntó ansioso Júpiter.

Carlos sacudió negativamente la cabeza.

—No, señor Júpiter. Pero sí llevaba muchos sellos y tenía

pequeñas tiras rojas y azules en los bordes.

—Una carta por avión —sugirió Pete.

—Posiblemente a Europa, si llevaba muchos sellos —añadió Júpiter.

—Dijo que se iría pronto. Quiso decir que se moriría. Pero se negó a que lo llevásemos a un hospital, porque no había hospital que lo curase. Quería estar entre amigos.

—El recuerdo ponía temblores de emoción en la voz de Carlos, que tras una leve pausa, continuó:

—Era un hombre muy extraño, el señor Silver. Me decía chistes raros, como si fueran acertijos. También enseñaba a decir cosas incomprensibles a los loros. Pese a todo, fue amigo nuestro. ¡Era muy bueno!

Carlos guardó silencio un rato.

—El señor Silver dijo que pronto vendría un hombre muy gordo. Éste nos daría mil dólares y nosotros a él los siete pájaros. Se rió mucho al decirlo, pues según nos explicó, era su mejor chiste, que nunca había logrado un chiste mejor. Aseguró que el chiste haría sudar muchísimo al hombre gordo. Se fue a dormir riéndose de su chiste. Por la mañana… ¡por la mañana ya no despertó!

El muchacho tragó saliva con dificultad. Tanto Pete como Júpiter captaron claramente la sensación de tristeza que lo embargaba.

—Pero el gordo no vino, ¿verdad? —dijo Júpiter.

Carlos sacudió la cabeza.

—El señor Silver era nuestro amigo, y decidimos enterrarlo en el pequeño cementerio que hay en esta calle. No teníamos dinero, pero prometimos pagar pronto. Esperamos una semana, dos, tres, y el hombre gordo no vino. Seguros de que jamás aparecería por aquí, tío Ramos enganchó a «Pablo» en el carrito, cargó las jaulas con los loros y se fue a Hollywood de puerta en puerta a venderlos.

A las gentes les gustan los loros, incluso «Cara Marcada» y «Bocanegra». Los vendió todos en un día y conseguimos dinero. Sólo un poco, el suficiente para pagar la tumba del señor Silver. No quedó nada para componer la casa.

Carlos se sonrió animado. Otros pensamientos más gratos acababan de posesionarse de su mente.

—Ahora tengo maderos, clavos y una puerta. Arreglaré la casa.

Pronto tío Ramos estará bien, y viviremos mejor. ¡Gracias, mil gracias, señor Júpiter!

—Te has ganado la recompensa y mucho más si lo tuviéramos —dijo sinceramente Júpiter—. Pero hay una cosa más. El gordo al fin vino, ¿verdad?

—¡Oh, sí! —Carlos asintió.

—Sí, sí —dijo su tío.

—Llegó dos semanas después de que vendiéramos los loros —añadió Carlos—. Se enfadó mucho. Insultó a tío Ramos, que por no saber leer ni escribir no le pudo decir a quién los había vendido. Tío Ramos le dijo que se fuera y no volviese más. Entonces, el gordo suplicó y suplicó. Yo traje un mapa del garaje, y tío Ramos le mostró parte de la ciudad donde había vendido los loros. El gordo se fue en su «Ranger».

»Pero dejó su tarjeta, con el nombre, dirección y número de teléfono. Dijo a tío Ramos que le llamara si recordaba algo más. Mil dólares hubiera sido algo magnífico de tener; aunque también podemos vivir sin ellos.

Carlos se enderezó orgulloso.

—Nuestro amigo no estuvo desatendido y conseguimos pagar todas las deudas. En cuanto a la renta de la casa, ya encontraré el medio de ganar unos dólares. Ese gordo no insultará a mi tío otra vez.

Júpiter consideró que ya sabían muchísimo más de los loros que antes. No obstante, aún había cosas que ignoraban. Se disponía a formular otra pregunta cuando Konrad, el corpulento ayudante bávaro, apareció en el umbral sin puerta. Los chicos habían estado tan interesados en la historia, que se olvidaron de él, que descargaba materiales.

—Ya he concluido —anunció—. ¿Preparados para el regreso? Hay mucho trabajo en el almacén.

—Eso creo, Konrad —contestó Júpiter—. Pero aguarde. ¿Tiene un mapa de Los Ángeles en el camión?

—Tres buenos mapas, a falta de uno —afirmó el bávaro—. ¿Quieres uno?

—Lo cogerá Pete —asintió Júpiter.

El segundo investigador salió disparado, halló los mapas, eligió uno que mostraba la mayoría de las calles, y regresó con él.

—Carlos —dijo Júpiter—, ¿puedes mostramos la parte de la ciudad donde tu tío vendió los loros?

El muchacho hizo varias preguntas en español a su tío, y, luego, trazó unas líneas con un lápiz alrededor de la zona que su tío señalaba con un dedo.

—Aquí, señor Júpiter. En este sector entre líneas. Mi tío no se acuerda de las calles.

Júpiter cogió el mapa, lo plegó, y se lo guardó en un bolsillo.

—Gracias, Carlos. Ya tenemos una idea. Sabemos quién compró a «Billy» y a «Bo-Peep». De momento hay suficiente información para investigar, si bien el misterio parece ahora más denso que nunca.

—Me adhiero a tu opinión —exclamó Pete.

—Lástima que hayamos perdido a «Barbanegra» —se quejó Júpiter—. Claro que un buen investigador siempre cuenta con posibles tropiezos.

Se despidió de Carlos.

—Espero que tu tío se reponga pronto. Si el señor Claudius vuelve a molestarlo, llama a la policía. Ellos sabrán cómo tratarlo.

—¡No necesito a la policía! —Los ojos de Carlos relampaguearon.

Cogió un bastón que había apoyado contra la pared, y añadió:

—¡Ese gordinflón se irá de aquí al hospital!

Pete y Júpiter estuvieron seguros de que así ocurriría.

Lo dejaron allí en pie, con el bastón en la mano. Ellos se subieron al camión. Durante el regreso a Rocky Beach, Júpiter meditó presionándose el labio.

Una vez en el «Patio Salvaje» de los Jones, Pete se atrevió a preguntarle cuáles eran sus conclusiones.

—Quiero dormir antes de descifrar el significado de lo que sabemos hasta ahora —contestó su amigo—. Mañana revisaremos los hechos. Francamente, el caso me intriga.

—A mí no me intriga en absoluto —objetó Pete—. Sólo me tiene aplastado, Jupe; ¿no podrías hablar en un inglés llano, aunque sólo fuera esta vez? Bueno, ya sabes eso de que en variar está el gusto. ¿Por qué no admites que este caso es un calientamolleras?

Júpiter accedió a reconocerlo así.

—Conforme —dijo—, admito que este caso es un auténtico calientamolleras.

Capítulo 8

«Barbanegra, el Pirata».

Al día siguiente Bob Andrews llegó en bicicleta al «Patio Salvaje», y vio en seguida que no sería fácil a los Tres Investigadores celebrar una conferencia. Pete y Júpiter parecían trabajar a destajo, y tía Mathilda supervisaba lo hecho.

En cuanto entró, fue localizado por la señora Jones.

—¡Llegas a tiempo, Bob! —gritó ella—. Hoy hacemos inventario.

Tía Mathilda poseía un gran corazón, pero en cuanto veía a un muchacho, su única obsesión era ponerlo a trabajar.

Pete y Júpiter trabajaban a tanta velocidad que apenas les quedaba tiempo de enjugarse el sudor. Contaban bañeras y lavabos, alzaban paquetes de varillas, tubos y toda clase de chatarras para ver qué había detrás, y gritaban la cantidad a la señora Jones. Ésta, en cuanto vio a Bob, le entregó bloc y lápiz.

—Sigue tú, Bob.

Apenas tuvo tiempo de coger el lápiz, que ya Júpiter gritaba:

—¡Doce fregaderos de hierro forjado!

Bob lo escribió.

Su amigo y jefe le susurró:

—Trataremos de ganar algún dinero, Bob. Tengo una idea que quiero llevar a la práctica.

Trabajaban animadamente cuando Bob observó que tía Mathilda merodeaba por los alrededores del puesto de mando. Miraba el enorme montón de viejas calderas oxidadas, tubos de acero, material de construcción y otros grandes objetos que Júpiter, Hans y Konrad habían apilado durante un año, hasta ocultar

completamente el remolque de casi nueve metros y medio de largo que albergaba el puesto de mando.

Ella observó el montón de material y frunció el ceño.

—¡Júpiter! —tronó—. ¿Por qué no habéis anotado este material?

Se puso a remover tubos y calderas, y Júpiter y Pete corrieron a su lado. Un minuto más y hubiera descubierto el puesto de mando.

—Perdona, tía Mathilda —explicó Júpiter—, pero este material no es muy bueno. No vale la pena preocuparse de él.

—¿Que no vale la pena preocuparse de él? —repitió interrogativamente su tía—. ¡Mira qué enorme pila! Quiero saber qué hay aquí. Quizá podamos desembarazamos de todo esto y usar el espacio para algo más valioso.

En aquel momento una bocina sonó tres veces, y el enorme camión, conducido por Konrad, entró en el patio. La señora Jones se volvió a mirar, y al ver la carga que sobresalía, se olvidó del montón de material que ocultaba el puesto de mando.

—¡Santo cielo, qué barbaridad! —gritó—. ¡Titus Andronicus Jones! ¿Qué has comprado ahora?

Todo era chatarra normal, excepto un venado de hierro con enormes astas y de tamaño natural que venía convenientemente asegurado en la parte posterior del vehículo.

—¡Oh! —exclamó ella—. Espero que podamos venderlo a un coleccionista. De todos modos, apuesto que diste demasiado dinero por él.

—No lo compré para venderlo —dijo Titus—. Lo voy a colocar junto a la verja exterior —el hombre saltó del camión y abrazó a su esposa—. Ahora tendré dos amores.

Ella se sonrió y no volvió a acordarse del material que ocultaba el remolque.

—¡Oh, cielos! —dijo mirando el sol—. Es hora de comer. Los hombres estaréis hambrientos. ¿Dónde habéis pasado toda la mañana?

Sin esperar respuesta, se encaminó a su pequeña casita blanca, preguntando a los muchachos:

—Chicos, ¿queréis una comida normal o preferís bocadillos?

—Bocadillos, por favor, tía Mathilda —contestó Júpiter—. Queremos celebrar una reunión.

—¡Ah, sí! ¡Dichoso club! —exclamó ella, sin detenerse.

Júpiter le había informado sobre su negocio de investigación, pero las explicaciones no quedaron muy grabadas en su mente. De ahí que se imaginase una especie de club al pensar en las secretas ocupaciones de los tres jóvenes.

Júpiter se fue tras ella para recoger los bocadillos, y Pete y Bob ayudaron a descargar el camión. Luego Bob hizo un rápido balance de todo lo descargado.

Los dos bávaros se encargaron del trabajo más pesado. Konrad dijo a los chicos qué los había retrasado.

—Fuimos al barrio de vuestro amigo Carlos —explicó—. Le ayudamos a componer la casa. Ahora todo está bien y es agradable. ¡Buen chico ese Carlos! Su tío se encuentra mejor.

Los investigadores se alegraron de saber que Carlos y su tío vivirían mejor. Admiraban a Carlos.

—El señor Jones supo que no tenía dinero —siguió Konrad—, y fingió que la señora Jones se había equivocado al hacer el precio de los materiales. Entregó a Carlos cinco dólares y diecisiete centavos. Es listo el señor Jones. Cinco dólares parece un regalo, pero si se le añaden diecisiete centavos, suena normal.

Konrad guiñó un ojo, y añadió:

—Traigo una sorpresa para Jupe. Carlos le manda un obsequio. Lo bajaré del camión.

Pete y Bob se miraron. ¿Qué podía ser?

Konrad se introdujo en la cabina del vehículo y salió con una caja de cartón prietamente sujeta con un cordel. Tenía agujeros en la parte superior. Se la entregó a Pete.

—Carlos dice que no debe ser abierta al aire libre. Dentro hay una nota aclaratoria.

El bávaro regresó junto a su hermano y el señor Jones.

—¡Vamos, Bob! —dijo Pete—. Vamos al puesto de mando a abrirla. Tengo la curiosa sensación de que Jupe va a sentirse muy feliz.

Rodearon los montones de chatarra hasta que llegaron donde estaba la imprentilla. Bob apartó la reja de hierro que ocultaba el túnel dos y se introdujo por él. Avanzaron a rastras por su interior hasta la trampilla, que abrió Bob. A través de ella entraron en el puesto de mando, y encendieron la luz eléctrica, pues las cosas apiladas fuera privaban al remolque de la luz diurna.

Pete cerró la claraboya.

—No nos arriesguemos —dijo mientras cortaba el cordel que rodeaba la caja.

Quitó la tapa de la caja de cartón, y vieron arrinconado y con aspecto mísero, un pájaro oscuro de tamaño mediano con pico amarillo.

—¡«Barbanegra»! —gritó Pete.

También hallaron un papel escrito que Bob sacó de la caja. Parecía como si alguien se hubiera pasado largo rato intentando que las letras quedaran en debida forma. La nota decía:

Querido Señor Júpiter:

Aquí está el señor «Barbanegra». Vino a casa a la hora de comer. Se lo mando. Deseo que usted lo conserve, porque él es mi amigo y usted también es mi amigo. Además, temo que el hombre gordo intente robarlo. Ahora tenemos una casa linda y le damos mil gracias.

Carlos Sánchez

Cuando Bob acabó de leer la carta, el mina ahuecó sus plumas y saltó al borde de la caja. Miró los dedos de Pete como si pudieran comerse. Éste apartó la mano.

—¡Ah, no! —gritó—. Probaste mi oreja ayer. No vas a conseguir más sangre mía. Podrías transformarte en un pájaro mina vampiro.



De repente, oyeron un ruido detrás de ellos. Era Júpiter que acababa de llegar al puesto de mando. Con la mitad del cuerpo fuera de la trampilla, el primer investigador se quedó petrificado. Sus ojos se encontraron con los de «Barbanegra». Durante un largo momento ambos se miraron con extraña fijeza. Al fin «Barbanegra» aleteó un poco, y dijo:

—¡Soy «Barbanegra, el Pirata»! He enterrado mi tesoro donde los muertos lo guardan para siempre. Nunca doy a un bribón un desquite fácil, encerrado en un tubo de plomo.

Y se rió como un hombre que sabe un buen chiste que no cuenta.

Capítulo 9

Llamada a todos los Fantasmas

Pete, Bob y Júpiter se sentaron alrededor del escritorio en el puesto de mando, devorando los bocadillos que el jefe había traído. Sabían que en cuanto la comida acabase, la señora Jones los pondría de nuevo a trabajar. Sobre sus cabezas, «Barbanegra» moraba en una gran jaula que Júpiter había encontrado en el patio. Parecía escuchar atentamente la conversación de ellos.

—Sabemos que el señor Claudius tiene a «Billy» y a «
Bo-Peep
» —explicó Pete—. Pero también le oímos decir que ya tiene cuatro loros. Nuestra misión es recuperar a «Billy» y «
Bo-Peep
». Sugiero que vayamos directamente al señor Claudius y lo conminemos a devolverlos, so pena de acudir a la policía. Él no sabe que nosotros prometimos no hacerlo.

—¡Hum! —Júpiter se presionó el labio.

Bob intuyó que pensaba en el misterio que envolvía a los loros, y por qué el señor Claudius los deseaba con tanto interés. Indudablemente ansiaba resolver el caso.

—Hay una complicación —dijo Júpiter—. Es obvio que el extraño señor Silver tenía la intención de que el señor Claudius se hiciera cargo de los pájaros.

—Tal vez —intervino Bob—. Pero eso no da derecho al señor Claudius a robarlos. Estoy de acuerdo con Pete. Se impone hacerle una visita e invitarlo a que los restituya a sus dueños. Si nos acompañan Hans y Konrad, evitaremos que se muestre violento.

—Muy bien —accedió Júpiter—. Aquí está la tarjeta del señor Claudius.

De un bolsillo se sacó la tarjeta que Claudius le diera. Decía:

CLAUDE CLAUDIUS

Anticuario

Londres - París - Viena

Luego aparecía escrita la dirección de una gran casa de apartamentos en Hollywood y su número de teléfono.

—¡Llámale, Bob! —Invitó el primer investigador—. Nunca ha oído tu voz. Dile que tienes un loro de cabeza amarilla para vender, y que te gustaría saber si le interesa. Fue tu madre quien se lo compró a un buhonero mexicano. Luego fija una cita para entrevistaros y, naturalmente, iremos todos.

Bob marcó el número, temeroso de no saber cómo desarrollar la historia. Su temor se vio aliviado al responder la telefonista que el señor y la señora Claudius se habían mudado de apartamento hacía dos días.

Sus amigos oyeron la conversación a través del altavoz que Júpiter había reconstruido. Éste le susurró en un oído:

—Pregunta si se llevaron los loros.

Bob así lo hizo. La respuesta fue que el señor y la señora Claudius no tenían loros en su apartamento, pues no se permitían animales en el edificio. Y colgó.

—Se ha esfumado. No sabemos dónde encontrarlo.

—¡Fantástico! —dijo Pete—. Realizamos formidables progresos, como los cangrejos.

—Un tropiezo sin mayor importancia —observó Júpiter—. Ahora sabemos que tienen otra dirección, donde guardan los loros. Es lógico que no lleven loros robados a una casa de apartamentos. Serían demasiado visibles.

—Conforme —invitó Pete—. Puesto que mis ideas se han terminado, expón las tuyas.

—Quizá Bob tenga algo que decir —Júpiter miró al tercer investigador—. Tú eres un gran observador de detalles.

—También necesita menos palabras que tú —murmuró Pete—. Conforme, Bob, ¿cuál es tu opinión?

—Bien —repuso éste—. Antes de hacer planes, estudiemos los hechos conocidos, de modo que veamos con más claridad el caso.

Nuestros antecedentes empiezan con el robo del loro al señor Fentriss. Pero la historia comienza mucho antes.

—¡Jo-jo-jo, y una botella de ron! —chilló «Bocanegra».

—Sigue, Bob —invitó Júpiter—. Es alentador oír los hechos expuestos por alguien más.

—Opino —continuó Bob—, que la historia empieza en el inglés John Silver. Cuando llegó a casa del tío de Carlos hace muchos meses, admitió que estaba en este país ilegalmente, y que había huido para evitar un arresto en Inglaterra. También llevaba consigo una caja de metal plana en que decía guardar un valioso tesoro que no se atrevía a vender.

Bob miró a Júpiter, que parecía satisfecho de oírlo. Prosiguió:

—El señor Silver estaba enfermo. Antes de fallecer ocultó su caja de metal y el tesoro, si es que había tesoro. Pero dejó atrás siete loros, contando a «Barbanegra». Éste fue enseñado a pronunciar extrañas y desconcertantes palabras.

—Extrañas y desconcertantes —susurró Pete—. Eso es ponerlo muy suave.

—Pidió a Carlos y a su tío —continuó Bob, consultando sus notas—, que echaran al correo una carta. Les aseguró que un hombre grueso vendría pronto y les pagaría mil dólares por los pájaros. Pero el hombre grueso, el señor Claudius, no llegó a tiempo de impedir que el tío de Carlos vendiera las aves para satisfacer el importe del entierro del señor Silver. Cuando apareció el señor Claudius, se enfureció porque los loros habían desaparecido. No obstante, inició la búsqueda de ellos, sabiendo la parte de la ciudad donde fueron vendidos. Todo indica que intensificó sus pesquisas y que logró averiguar el paradero de cuatro. Nosotros sabemos que se apropió de dos, si bien ahora tenemos noticias de que son cuatro.

»El robo de "Billy Shakespeare" hizo que los Tres Investigadores interviniéramos en el caso. Ahora disponemos de "Barbanegra", un pájaro que el señor Claudius desea con especial interés. En cuanto a los dos loros que faltan, carecemos de información. También ignoramos por qué los pájaros son tan importantes para el señor Claudius. Éste se ha mudado de apartamento, y no sabemos dónde está. Y esto —Bob aspiró profundo— es cuanto conocemos del caso, por ahora.

—¡Busque debajo de las piedras más allá de los huesos! ¡Nunca

doy a un bribón un desquite fácil! —chilló «Barbanegra», aleteando.

—Expuesto con claridad —admitió Júpiter—. Sin embargo, puedo añadir algunas deducciones de mi cosecha. En primer término, el señor Silver debió de ser un caballero altamente instruido, relacionado con los libros. Pensad en el nombre que eligió para sí: John Silver. Creo que lo tomó de «Long John Silver», el pirata de *La Isla del Tesoro*.

—Bueno, eso tiene sentido —aceptó Pete.

—Pues bien, que se bautizara con el nombre de un pirata, sugiere que robó el misterioso tesoro que llevaba consigo. Eso hacía imposible su venta.

»Un hecho que confirma su relación con los libros —continuó Júpiter—, es los nombres que puso a los pájaros. "Billy Shakespeare", «Little Bo-Peep», «Barbanegra, el Pirata», «Sherlock Holmes», «Robin Hood» y «Capitán Kidd».

—Y «Cara Marcada» —recordó Pete.

—Probablemente sacado de alguna película de gángsters —asintió Júpiter—. En cualquier caso, estos nombres tienen relación con la literatura o la historia.

—¡Eh! —exclamó Bob—. ¿Y si el tesoro que guardaba en la caja de metal era un libro raro? Algunos libros valen miles de dólares.

Júpiter frunció el ceño.

—Eso es cierto —reconoció—. Pero recuerda que la descripción del señor Silver del tesoro era como un pedazo de arco iris sobre pedestal de oro. Eso no suena mucho a un libro.

—No —contestó Pete.

Bob intervino para preguntar:

—En tal caso, ¿dónde nos encontramos? Buscamos a «Billy», a «Bo-Peep» y al señor Claudius. Pero delante de nosotros sólo hay una pared blanca.

—No totalmente blanca —denegó Júpiter—. Ayer supimos por el mismo señor Claudius que aún faltan dos loros. Pues bien, hallemos a esos dos loros, y con «Barbanegra» tendremos tres pájaros y el señor Claudius cuatro. Más pronto o más tarde sabrá que están en nuestro poder, y entonces no tendremos necesidad de buscarlo. Será

él quien venga.

—No me seduce mucho la posibilidad de que él venga a nosotros —protestó Pete—. Y, ciertamente, no me gusta convertirme en ladrón de loros.

—No propongo robarlos —se defendió Júpiter—. Mi intención es comprarlos.

—¿Comprarlos? —preguntó Pete—. ¿Cómo vamos a cómpralos, cuando ni siquiera sabemos dónde están?

—¿Olvidaste la Transmisión de Fantasma a Fantasma? Por lo menos conozco a tres chicos que viven en esta zona de Hollywood —puso el dedo sobre el mapa donde Carlos había trazado una línea alrededor de cierta zona—. Telefonearé a esos chicos, que a su vez llamarán a otros, y pronto toda el área estará inundada de peticiones.

Bob y Pete se mostraron impresionados.

—¡Jupe, has dado en el clavo! —exclamó Bob—. Un loro siempre es noticia interesante. Me refiero a que si un vecino compra uno, y el loro resulta ser un buen parlanchín, la gente habla de él. Todos los vecinos se enteran muy pronto. No importa que ignoremos quién compró esos loros al tío de Carlos, alguien lo sabrá, y la Transmisión de Fantasma a Fantasma los localizará.

—Esta vez no podemos ofrecer recompensa —se lamentó Júpiter —, pero estoy seguro que el entusiasmo de ayudar en una investigación importante moverá a nuestros fantasmas.

—¿Y cómo vamos a comprobarlo si no tenemos dinero? —preguntó Pete.

—Procuraré ganarlo —prometió Júpiter—. Y si no puedo, trataremos de convencer a los propietarios que nos dejen registrar en magnetófono lo que dicen. Es evidente que antes de morir, el misterioso señor Silver enseñó a los loros frases extrañas e intrigantes con un fin determinado. Y ese fin es el que explica por qué el señor Claudius está ansioso de poner sus manos sobre todos ellos. Estoy seguro de que el motivo…

En aquel momento la voz de tía Mathilda resonó en el «Patio Salvaje».

—¡Júpiter! ¡Pete! ¡Bob! ¿Dónde os ocultáis, bribones? ¡Ya es hora de ponerse a trabajar! ¿Me oís? ¡De nuevo al trabajo!

No podían holgazanear; no cuando la señora Jones llamaba a

grito pelado. Pasaron por el túnel dos, como tres balas de una misma pistola. Detrás oyeron chillar a «Barbanegra»:

—¡De nuevo al trabajo! ¡De nuevo al trabajo!

Sus gritos tenían un timbre gozoso.

Capítulo 10

A una trampa

—Ésta parece ser nuestra primera dirección —comentó Pete, consultando una hoja de papel con dos nombres y direcciones escritos—. ¡Deténgase!

—Usted manda —respondió el chófer que conducía el «Rolls-Royce» aquella mañana.

Era un hombre bajo de ojos agudos e inquisitivos, llamado Fitch. Cuando Júpiter había telefoneado pidiendo que le enviaran a Worthington con el coche, la agencia de automóviles informó que el chófer inglés estaba ausente. Fue una decepción para los chicos, acostumbrados a él. No obstante, nada se podía hacer sino aceptar el nuevo chófer.

El coche se paró junto al bordillo y Fitch se volvió para sonreír a Bob y Pete. Júpiter no iba con ellos. La hermana de su tía se hallaba enferma, y sus tíos se habían ausentado. Se vio forzado a quedarse al cuidado del «Patio Salvaje». De ahí que Pete y Bob fueran solos.

—¿De investigación? —preguntó Fitch—. Worthington me contó algo de vuestro negocio. Si me necesitáis, contad conmigo. Trabajé antes de vigilante en un banco —se tocó la frente—. Lo que yo no sepa de truhanes, no merece la pena saberse.

Los chicos rehusaron la oferta del nuevo chófer. Pete se encargó de responder:

—Gracias, Fitch. Hoy sólo intentamos localizar varios loros que faltan.

—¡Loros que faltan! —exclamó Fitch, que enrojeció—. Conforme, entiendo la insinuación.

Cogió un periódico, pensando en que Pete bromeaba.

La noche anterior Júpiter había puesto en marcha su Transmisión de Fantasma a Fantasma, según planeara, concentrándose en aquel sector de Hollywood buscando información acerca de cualquiera que hubiese comprado recientemente loros de cabeza amarilla. Se habían recibido varias respuestas de muchachos. A través de los informes dados, supieron que un hombre grueso había ido de puerta en puerta días pasados, localizando un par de loros que respondían al nombre de «Capitán Kidd» uno y «Sherlock Holmes» otro. Consiguió comprarlos por el doble que sus dueños habían pagado por ellos.

Pero el hombre no había localizado a «Cara Marcada» y «Robin Hood». Los dos investigadores tenían las direcciones de las personas que los habían adquirido, y confiaban en poder comprarlos. Llevaban setenta y cinco dólares, que Júpiter había conseguido de su tía, previa promesa de que los tres trabajarían mucho en el patio durante un mínimo de dos semanas. Por si los setenta y cinco dólares no bastaban, Pete llevaba consigo su máquina de escribir portátil, para escribir las frases que los pájaros supieran.

Los dos muchachos caminaron por un paseo entre altos arbustos hacia una casa de vieja fachada. Estaban a unos diez metros de ella, cuando se abrió la puerta principal, apareciendo un muchacho alto y delgado de larga nariz. Éste les sonrió divertido.

—¡Skinny Norris! —exclamó Pete, mientras se detenían sorprendidos—. ¿Qué haces aquí?

E. Skinny Norris pasaba largas temporadas en Rocky Beach con sus familiares, residentes legales de otro Estado. En su lugar de origen concedían permisos de conducir a una edad más temprana que en California, y Skinny conducía su propio coche. Aprovechándose de esta ventaja y de una elevada cantidad de dinero que recibía para sus gastos, intentaba hacerse jefe de todos los chicos de la ciudad.

Su obsesión consistía en demostrar que era más listo que Júpiter Jones. Pero tantas veces como intentó la confrontación, resultó derrotado. Eso le llevó a pasarse la mayor parte del tiempo entrometiéndose en los asuntos de Jupe y sus amigos. Nunca tuvo éxito, pero en ocasiones resultó muy molesto.

Skinny se burló de ellos. Tenía las manos a la espalda, ocultando

algo.

—¿No os estaréis retrasando? —preguntó con aire triunfal—. Bueno, si es que vinisteis por esto.

De repente mostró una jaula con un loro de cabeza amarilla. Le faltaba el ojo derecho y tenía una cicatriz que le marcaba todo un lado de la cabeza.

—¿Un loro? —Pete intentó mostrarse sorprendido.

Bob se rió para ayudar a mantener el equívoco.

—¿Por qué había de interesarnos un loro, Skinny? —preguntó.

La treta no dio resultado. Esta vez Skinny llevaba las de ganar y los tres lo sabían.

—Anoche visité a un amigo —explicó gozoso Skinny—. Mi amigo recibió una llamada anunciándole que «Gordinflas Jones» deseaba localizar loros de cabeza amarilla. Me dijo que había uno en esta casa, y acabo de comprarlo por cuarenta dólares. Sé dónde venderlo por ciento cincuenta. Por lo tanto, no quiero perder mi valioso tiempo hablando con vosotros.

Pasó altanero por delante de ambos amigos llevando la jaula y el loro. Mientras pasaba, el pájaro se agarró a las barras de la jaula, ladeó la cabeza y chilló:

—¡Nunca doy a un bribón un desquite fácil!

—¡Cállate! —gritó furioso Skinny, que apresuró el paso.

Le vieron desaparecer dentro de su coche *sport* azul, que no habían advertido porque se hallaba oculto detrás de unos arbustos.

—¿A quién imaginas que Skinny piensa vender el loro? —preguntó Pete—. ¿Al señor Claudius?

Bob no tenía la más ligera idea. Rápidamente se puso a garabatear en su libro de notas.

—Escribo lo dicho por «Cara Marcada» —explicó—. «Nunca doy a un bribón un desquite fácil». No tenemos el pájaro, pero sí la frase que el señor Silver le enseñó. Quizá Jupe saque jugo a eso.

—No lo dudes, por algo es el mago —dijo Pete—. Todo esto parece una película de gángsters en la «tele». Bien, veamos de localizar a «Robin Hood».

Retrocedieron hasta el coche que les aguardaba, y Pete dio a Fitch otra dirección. Era una casa vieja, en muy mal estado de conservación y apartada. Mientras caminaban hacia ella, Pete se volvió a Bob.

—He estado pensando —dijo—, en esta Transmisión de Fantasma a Fantasma que inventó Jupe para poner en contacto a cientos de chicos para conseguir información.

—¿Qué pasa con ella? —preguntó Bob—. Es una idea formidable, casi tan buena como la difusión de noticias por radio.

—Eso es lo malo. Da resultados, pero también hace que muchas personas sepan lo que nos proponemos. Y a veces la persona no conveniente puede averiguar algo que uno preferiría ocultarle. Skinny supo que estábamos interesados en hallar loros, se nos adelantó y compró a «Cara Marcada».

—Pero no sabe dónde está «Robin Hood», o por lo menos eso dijo un amigo de Jupe. Espero que podamos comprarlo.

Esta vez la suerte, que antes les volviera la espalda, estuvo a su favor. El propietario, un hombre bajo de calva cabeza, había adquirido un loro a un buhonero mexicano tres semanas antes. El buhonero lo golpeó accidentalmente al entregarlo, y el loro chilló llamarse «Robin Hood», y una retahíla de palabras más, pero desde entonces no había dicho ninguna otra. La dueña de la casa, disgustada, prefería un canario.

El hombre celebró que se llevaran a «Robin Hood» por veinticinco dólares que había pagado por él, si bien tuvo el gesto honrado de advertirles:

—Sabe hablar, pero rehúsa hacerlo. Simplemente no le da la gana de hablar. Ignoro si conseguirás algo de él.

—Muchas gracias, señor —dijo Bob—. Intentaremos hacer que hable.

Entusiasmados, salieron a toda prisa. «Robin Hood» permaneció sentado lúgubremente sobre su palo, sin dar señales de estar dispuesto a decir algo. Sin embargo, los dos amigos estaban seguros de que Júpiter lo persuadiría de algún modo.

—Volveremos directamente al puesto de mando —dijo Pete—, y veremos si… ¡oye!, ¿dónde está el coche?

El «Rolls» que había quedado junto a la acera, no se veía por ninguna parte.

—¡Ese Fitch! —se quejó Bob—. ¡Mira que marcharse sin nosotros!

—Quizá sea un modo de interpretar el humor negro —aventuró Pete—. Bien, eso carece de importancia ahora. Lo importante es

regresar a Rocky Beach.

Un camión bastante viejo, de caja cerrada, se detuvo junto a ellos. Lo conducía una mujer, que asomó la cabeza y dijo:

—¿Buscáis acaso el viejo «Rolls-Royce»? Hace unos minutos que se fue.

—¡Tenía que espérarnos! —gritó Bob.

—¡Oh, qué vergüenza! —La mujer se mostró condolida—. Quizá pueda llevaros a alguna parte. Por lo menos donde podáis esperar el autobús.

—Muchísimas gracias —respondió Pete, ansioso—. Vamos, Bob, cogeremos el autobús en Wilshire.

Se introdujo en la cabina y se acomodó al lado de la mujer. Bob, con la jaula y el pájaro, hizo otro tanto. Pete creyó recordar haber oído antes la voz de la mujer. Claro que eso no parecía posible.

—Perdone, Wilshire Boulevard está detrás de nosotros —dijo Bob, cuando la desconocida puso el camión a sorprendente velocidad.

—¡No vamos a Wilshire Boulevard, mis lindos muchachos! —Sonó amenazante una voz de puro acento inglés en sus oídos—. Tenemos otro destino.

Alarmados, Pete y Bob volvieron sus cabezas hacia una ventanilla entre la cabina y la caja del camión. Vieron la cara del señor Claudius a escasos centímetros de ellos.

La redonda faz mostraba una feroz sonrisa y unos ojos brillantes detrás de gruesos cristales.

—Esta vez vendréis conmigo —dijo—. ¡Ya estoy harto de vuestras interferencias!

Los muchachos se hallaban demasiado asustados para hablar. Sólo miraban con ojos muy abiertos. El señor Claudius mostraba en una mano un largo puñal de hoja ondulada.

—Ahora, muchachos —dijo—, un solo movimiento y será el último. Este puñal fue hecho en Damasco mil años atrás. Según la historia, con él mataron a doce personas. Estoy seguro de que ninguno de los dos quiere convertirse en el trece. ¡El número trece es un número nefasto!

Capítulo 11

Siete pistas voladoras

El camión avanzó a mucha velocidad hacia las enhiestas colinas detrás de Hollywood. Ni Pete ni Bob podían articular palabra.

—Intenté advertiros, muchachos —dijo la mujer—. Pero no hicisteis caso de mi advertencia.

Bob recordó el sitio donde había oído la voz antes. Fue en el teléfono, cuando ella les aconsejó que se mantuvieran alejados del señor Claudius.

Finalmente, una vez traspuestas las colinas, Pete consiguió hablar:

—¿Puedo formular una pregunta, señor Claudius? ¿Cómo consiguió desembarazarse de Fitch y el coche?

—Muy fácil, chico —el hombre se rió—. Fui a la agencia de automóviles para alquilar un coche que no se reconociera tan fácilmente como mi «Ranger». Allí descubrí el sorprendente «Rolls-Royce» que vosotros utilizáis y supe que tenía teléfono.

Hoy os seguí, y mientras estabais en la casa, llamé por teléfono al chófer. Le dije que os quedabais a comer conmigo, que era el dueño de la casa, y que no lo necesitaríais en toda la tarde. Por eso se fue.

—Claude —intervino la mujer—. ¿No crees que…?

—¡No, no creo! —Saltó el hombre—. Vigila cómo conduces. ¿Observas la carretera por el espejo retrovisor?

—Sí, al principio nos seguía un coche muy pequeño, pero lo hemos perdido.

—¡Cuidado con esa curva!

El camión aminoró la marcha, hizo un giro rápido y se hallaron en un valle entre colinas. Allí se alzaba una casa con garaje para dos coches. La mujer condujo hasta ella y detuvo el camión.

—¡Bien, mis avispados muchachos, fuera! —gritó el señor Claudius—. Pero sin correr.

Bob y Pete caminaron despacio seguidos del hombre. En el garaje se hallaba el «Ranger» negro que el señor Claudius conducía la primera vez que Pete lo viera.

Los tres, cazador y prisioneros, entraron en la casa y se dirigieron a una sala parcamente amueblada. En un rincón de ésta había cuatro jaulas con otros tantos loros de cabeza amarilla.

Los pájaros se mostraron indiferentes y desanimados. Ninguno de ellos articuló sonido alguno, incluso cuando la señora Claudius dejó a «Robin Hood» en el grupo.

Los dos investigadores sentáronse en un gran diván y el señor Claudius frente a ellos, probando la punta del cuchillo en uno de sus dedos.



—Ahora, mis astutos y escurridizos tunantes —dijo—, quiero saber unas cuantas cosas. Tengo cinco de los siete loros que amaestró John Silver. Espero conseguir los otros. ¡Oh, desde luego que los conseguiré! Pero de momento quiero saber por qué Huganay os contrató y qué sabe él.

—¿Huganay? —Pete parpadeó sorprendido.

Bob, menos impresionable, preguntó sin alterarse:

—¿Quién es Huganay?

—¡No finjáis desconocerlo! —gritó impaciente el señor Claudius —. Huganay, el francés, uno de los ladrones de arte más peligrosos de Europa. Estoy seguro de que me sigue.

Bob sacudió negativamente la cabeza. Pete dijo:

—El señor Huganay, ¿es de mediana estatura, pelo negro, bigote y acento francés?

—¡El mismo! —exclamó el señor Claudius—. Luego, ¿lo conoces?

—En realidad, no.

Pete narró el encuentro que tuvieron con él, en el sendero del señor Fentriss, cuando estuvo a punto de chocar con el «Rolls-Royce», y cómo el hombre se había interesado por «Billy Shakespeare», mostrándose a la vez deseoso de evitar a la policía.

—Sí —contestó el señor Claudius—. No dudo que Huganay trate de evitar a la policía. Pero no comprendo vuestra parte en el negocio. Si no trabajáis para Huganay, ¿cuál es vuestro interés en haceros con los loros?

Pete explicó que los Tres Investigadores habían prometido al señor Fentriss ayudarle a recuperar a «Billy». Mientras escuchaba, el señor Claudius se fue calmando. Luego se quitó los lentes y los limpió. Era un hombre gordo muy aturdido el que habló en voz queda.

—¡Estaba seguro de que trabajabais para Huganay! —Sacudió la cabeza—. El otro día, de regreso a casa, vi a Huganay en la esquina, vigilándome. Tan pronto entré en nuestro apartamento, advertí que lo habían registrado.

El nombre miró a su esposa, que escuchaba la conversación, y al hablar de nuevo puso más énfasis en su voz.

—No fueron imaginaciones mías, como tú aseguraste. Huganay realmente está sobre mi pista. Sé sin lugar a dudas que entró en

nuestro apartamento y que leyó mis notas.

Ella, tras largo suspiro, respondió:

—Huganay nos sigue, no hay duda. Pero no conoce este lugar.

El señor Claudius se volvió a los chicos.

—Afortunadamente, ignora este escondite. Alquilamos esta casa antes de iniciar la búsqueda de los loros, a fin de esconderlos en sitio seguro. Tan pronto me supe vigilado por Huganay, dejé el «Ranger» aquí y alquilé un sedán. Así no podría seguirme con tanta facilidad. Sabe que adoro los «Rangers». Al día siguiente me enteré de que vosotros intentabais localizar el paradero de mi coche. Lo supe por el conserje. Su hijo le preguntó dónde estaba mi «Ranger».

La señora Claudius tomó el relevo en la conversación.

—Interrogué al chico, que me dijo vuestro número de teléfono y os llamé para advertiros. Mi marido se halla muy trastornado y temí que sucediera algo si volvía a encontraros.

El hombre asintió.

—Tengo un genio terrible cuando me altero. No sé controlarme. A veces, incluso amenazo sin necesidad a la gente. Saber que un hombre tan inteligente y peligroso como Huganay me pisaba los talones, me convirtió en un demente —se pasó la mano por la frente como si intentara alejar ideas funestas—. Por eso, cuando volví a encontrarte en casa del señor Sánchez, estuve seguro de que trabajabais para Huganay.

El señor Claudius pareció recordar que tenía en una mano fuertemente sujeto el puñal, lo miró un instante, aflojó la presión y dirigió su punta hacia el suelo.

—Bien, ahora sé que no necesito esta arma. Pero me habéis sumido en el desconcierto. ¡Y son tantos los problemas!

El hombre emitió un profundo suspiro.

Su esposa dijo:

—Claude, ha llegado el momento de actuar con sensatez. Estos chicos son listos y no quieren hacerte ningún mal. Te sugiero que te excuses con ellos. Quizá quieran ayudarte. Ellos han demostrado tener mucha inteligencia. Hallaron al señor Sánchez y el loro, cosa que tú no lograste.

El señor Claudius secóse el rostro, y respondió:

—Tienes razón —miró a los dos amigos—. Hombrecitos, ¿queréis aceptar mis humildes excusas? ¡Este carácter mío que

siempre me pone en situaciones infernales! —se quejó—. Me trastorno mucho cuando las cosas me van mal. ¡Y este asunto significa mucho para mí! Necesito mucha tranquilidad. Estoy enfermo del estómago y necesito mucha paz. Desgraciadamente… ¡No puedo! ¡No puedo!

Pete y Bob se miraron. Éste habló por los dos:

—Aceptamos sus disculpas, señor Claudius. Pero se olvida del señor Fentriss y de la señora Waggoner. Usted robó sus loros. Usted ató al señor Fentriss. Usted… bueno, usted ha infringido muchas leyes.

El hombre volvió a enjugarse el rostro.

—Intentaré compensar esas molestias —prometió—. Yo espero que ellos quieran también perdonarme. Ahora debo explicaros por qué hice estas cosas. ¡Robé los loros porque los necesito! ¡Tuve que hacerlo! Son pistas importantísimas para hallar el tesoro sin precio, que John Silver ocultó antes de morir.

Luces de comprensión destellaron en la mente de Bob. Júpiter había estado a punto de explicarles su teoría el día anterior. Ahora él sabía cuál era esa teoría. Preguntó al hombre:

—Señor Claudius: ¿cada uno de esos siete pájaros es una clave? ¿Las frases que ellos dicen son pistas separadas, a modo de rompecabezas, que unidas tienen un significado para hallar el tesoro?

—Sí —repuso el señor Claudius—. John Silver convirtió esto en el chiste más fantástico de su vida. Dejó siete pájaros parlantes con mensajes criptográficos para que yo intentara desentrañar el misterio y descubriese el tesoro oculto. A nadie más se le hubiera ocurrido una cosa así. En realidad, era parte de su idiosincrasia. Siempre trabajó su mente errática y brillante.

—Claude —interrumpió su mujer—. Los muchachos lo entenderán mucho mejor si empiezas por el principio. Mientras lo haces, prepararé unos bocadillos. Estoy segura de que todos tenemos hambre.

Bob y Pete descubrieron de repente que estaban muy hambrientos. Se hallaban muy excitados ante la idea de que al fin iban a saber lo que había detrás del misterio de los pájaros parlantes.

—¿Conoció al señor Silver en Inglaterra? —preguntó Bob.

—Hará cosa de dos años. Empleé al señor Silver en mi negocio de compra y venta de objetos raros de arte, que tengo en Londres. Silver era un hombre altamente educado, pero también un excéntrico. No permanecía mucho tiempo en un mismo trabajo, debido a su extraño sentido del humor.

Se ganaba la vida vendiendo chistes, acertijos y rompecabezas a los periódicos y revistas, cuando vino a mí en demanda de empleo. Era un gran conocedor del arte y la literatura. Lo contraté para que asistiera a las subastas y me comprase objetos valiosos.

Un día adquirió un cuadro. Era uno de esos cuadros vulgares con dos loros de cabezas amarillas sobre la rama de un árbol. Pagó una cantidad exagerada por él. Ya sabéis que soy muy excitable. Perdí los estribos y lo despedí.

John Silver —éste no es su nombre verdadero, sino el seudónimo con que firmaba sus jeroglíficos—, me aseguró que los loros estaban pintados encima de otra pintura antigua mucho más valiosa, y que él me lo probaría. Quizás hayáis oído hablar del hallazgo de cuadros con pinturas superpuestas, cuya finalidad fue ocultar la primitiva, por razones de seguridad.

Ambos amigos lo ignoraban.

—Pues bien —continuó el señor Claudius—, eso fue lo ocurrido con el cuadro de los loros. John Silver limpió la pintura y unos días después volvió a enseñarme un bello cuadrito; una joven pastora que acariciaba a un corderito.

Era evidente que pertenecía a uno de los grandes maestros de la pintura. Tan pronto lo vi, supe que su valor no sería inferior a cien mil dólares, pese a su reducido tamaño.

—¡Cascaras! —exclamó Pete—. Eso es mucho dinero para una pintura. Puedo adquirir cuadros en el almacén por un dólar noventa y ocho, incluido el marco.

—Por ese precio adquieres simples copias impresas —objetó Bob —. El Museo Metropolitano de Arte de Nueva York pagó más de dos millones de dólares por un cuadro del pintor holandés Rembrandt.

—¡Recanastos! —exclamó el otro—. ¿Dos millones de dólares por una pintura?

El señor Claudius dijo:

—Ahora llegamos a la parte desgraciada de la historia.

Pero en este momento apareció su esposa con una bandeja llena

de bocadillos, dos vasos de leche y dos tazas de café. Una vez que se hubieron servido, el señor Claudius reanudó su historia.

—John Silver sostuvo que, por haber sido despedido, el cuadro le pertenecía. Yo insistí en que lo había comprado con mi dinero estando a mi servicio, y que por tanto, era mío. Entonces me propuso compartirlo a partes iguales.

—Eso suena justo —intervino Pete—. Fue él quien lo descubrió.

—Fue justo —admitió la señora—. Pero Claude se pasa de rosca cuando alguien le lleva la contraria.

—Es verdad —reconoció el hombre—. Amenacé a John Silver con denunciarlo. Entonces se marchó, llevándose el bello cuadro. Yo acudí a la policía y logré una orden de arresto. Pero él consiguió huir. Más tarde supe que se había expatriado, sacando del país el cuadro. Así perdí la bella pastora.

—Sólo tú eres el culpable —recriminó la esposa.

Él no hizo caso del comentario, y continuó:

—En vista de ello, advertí a los traficantes de arte de todo el mundo que estuvieran a la expectativa. Por desgracia, ninguno obtuvo noticias del paradero de Silver y el cuadro. El hombre se había ocultado aquí, en California.

—Sí, señor —corroboró Bob—. Vivía con el señor Sánchez. Estaba enfermo. Tenía una caja de metal plana y aseguraba que guardaba en ella un pedazo de arco iris sobre un pedestal de oro, que no podía vender.

—Una descripción excelente —afirmó el señor Claudius—. El cuadro parece estar pintado con los colores del arco iris. Bien, no hace mucho recibí una carta de John. Me decía que al recibo de la carta estaría ya muerto, y que el cuadro lo había escondido en lugar seguro. Para hallarlo, me invitaba a resolver un acertijo. Era su último chiste, un chiste a mis expensas que le había proporcionado un gran placer.

En su carta explicaba que había adiestrado a seis loros de cabeza amarilla y un pájaro mina, de modo que cada uno repetía el mensaje. Me invitaba a venir a América y visitar a un tal Sánchez, que por mil dólares me entregaría los pájaros. Lo segundo consistía en hacerlos hablar y resolver el acertijo de sus mensajes para encontrar a mi pastora perdida. La idea se le ocurrió porque el cuadro original sobre el que discutiéramos había estado oculto por

dos loros de cabeza amarilla.

—Ésa debió ser su venganza por el trato de usted —comentó Pete.

—¡Exacto! Pero el daño hubiera sido mínimo, si, como sabéis, llego a venir inmediatamente. En tal caso habría impedido que el señor Sánchez vendiese los loros. No obstante, la culpa no se debió a desidia mía. Me hallaba de compras en el Japón y tardé varias semanas en regresar a Londres, donde me aguardaba la carta. Su lectura me excitó mucho, y me vine en seguida a California. Tal vez cometí alguna indiscreción en público, que debió llegar a oídos de Huganay, el ladrón de obras de arte. Y sin duda ésa es la razón de que me siguiera hasta aquí.

Miró a su esposa, que asintió.

—Huganay no desaprovecha una oportunidad —dijo su esposa —. Sabemos que nos persigue, y también que no se detendrá ante nada.

—Sin embargo, eso no es lo peor —continuó el hombre, mordiéndose el labio—. Al enterarme de que el señor Sánchez había vendido los loros, casi me volví loco de frustración. Por causa de su ignorancia, no recordaba a quién los había vendido. No obstante, me señaló en un plano la zona en donde se deshiciera de ellos, y fui de puerta en puerta, preguntando a todos si habían comprado un loro llamado «Sherlock Holmes» o «Capitán Kidd».

Sus nuevos dueños aceptaron vendérmelos, porque después que el buhonero mexicano se marchara, los loros se negaron a pronunciar una sola palabra.

Seguí buscando, siempre con el desesperado temor de que alguien hallara la bella pintura antes de que yo descubriese dónde la había escondido John Silver. Así, al visitar al señor Fentriss vi un loro de cabeza amarilla por la ventana. Nadie contestó a mi llegada. No sé por qué, temí que el propietario se negara a vender, y precipitada e impulsivamente, penetré en el interior y robé el loro.

Al no conseguir que hablara, concebí un plan. Regresé a casa del señor Fentriss y fingí ser de la policía. Él no sólo me dijo la frase aprendida por «Billy Shakespeare», sino que además me indicó dónde hallar a «

Bo-Peep

», y que el buhonero mexicano se había quedado con «Barbanegra».

Mi propia excitación me delató, y el señor Fentriss receló de mí. Entonces llegasteis vosotros. No me convenía ser descubierto allí. Por eso até al señor Fentriss y lo amordacé… flojo, de modo que pudiera escapar. Luego salí a vuestro encuentro y os eché fuera. Después, me marché yo.

Desde allí me dirigí en busca de «Bo-Peep» antes de que el señor Fentriss pudiera advertir a la señorita Waggoner. Hallé vacía la casa. De nuevo, no tuve opción, y robé a «Bo-Peep». Cuando me alejaba, vi a dos chicos que regresaban con la señorita Waggoner.

—Éramos Júpiter Jones y yo —dijo Peter belicoso—. ¡Luego, fue usted quien nos tiró aquel trozo de teja!

—Es verdad —el señor Claudius se pasó la mano por la frente—. Por favor, perdonadme. No quise haceros daño; sólo asustaros.

—Eso hizo que Júpiter se empeñara aún más en aclarar este misterio.

—Lo comprendo —respondió el hombre—. En fin, dejadme terminar. Volví a ver al señor Sánchez en cuanto pude. Pero entretanto me enteré de que Huganay me seguía y decidí esconder el «Ranger». Por eso alquilé el viejo sedán.

Yo no trataba de lastimar al señor Sánchez cuando vosotros entrasteis, aunque os lo parezca. Tosía mucho y quise incorporarlo en la cama. Vosotros me atacasteis y tuve que huir. Semejante actitud me convenció de que trabajabais para Huganay. ¿Qué otra cosa podía pensar? Sólo Huganay sabía o sospechaba algo en cuanto a la pintura.

Eso me decidió a mantenerme oculto. Alquilé el viejo camión para viajar sin ser visto, mientras mi esposa conducía. Redoblé mis esfuerzos en busca de los pájaros que aún faltaban. Esta mañana, mientras conducíamos por aquella parte de Hollywood, vimos vuestro «Rolls-Royce» y lo seguimos. Es un coche muy llamativo.

—Tiene usted razón —asintió Bob—. Todo el mundo advierte su presencia.

—Aparcamos en los alrededores y observamos —siguió el señor Claudius—. Así fuimos testigos de vuestro encuentro con aquel chico alto que, posiblemente, debió comprar a «Cara Marcada».

—Se trata de Skinny Norris —dijo Pete—. El muy bribón metió las narices donde no le importa, porque está celoso de Jupe y siempre intenta aventajarlo.

—Se alejó con «Cara Marcada» en un coche azul. ¡Imaginad mi desesperación! Lo hubiera seguido, pero estaba interesado en vosotros. De todos modos, me decidí por vosotros porque al pasar frente a nosotros el coche azul, el loro gritó su mensaje. ¿Qué dijo, querida? —preguntó a su mujer.

Ésta se sacó un papel de un bolsillo y leyó:

—«Nunca doy a un bribón un desquite fácil».

—Una rara frase y muy desconcertante pista —comentó el señor Claudius—. Aun así, me decidí por vosotros. Despedí el «Rolls» mediante una estratagema, y bien… aquí estamos. Sólo que hemos perdido el tiempo.

—¿Que hemos perdido el tiempo? —preguntó Bob.

—Tengo cinco de los siete pájaros. Pero sólo sé los mensajes que el señor Silver enseñó a «Billy Shakespeare» y a «Cara Marcada». Los otros no quisieron hablar. ¡No quieren!

Capítulo 12

Un plan de acción

Pete y Bob se volvieron a mirar los cinco loros en sus jaulas. Todos aparecían cabizbajos y alicaídos. Ciertamente, no mostraban intenciones de hablar.

El señor Claudius se puso en pie, y a grandes zancadas se acercó a ellos.

—¡Hablad! —rugió—. ¡Decidme los mensajes que John Silver os enseñó! ¿Me oís? ¡Hablad!

Los pájaros se encogieron aún más en sus envoltorios de plumas, y no dijeron ni pío.

La esposa del anticuario comentó:

—¡No hace otra cosa desde que recuperó el primer loro! ¡Grita! ¡Grita!

—Quizá por eso no hablan los pájaros, señor —apuntó Bob—. Son muy sensibles a los cambios y ruidos.

El señor Claudius volvió a sentarse.

—¡Estoy tan impaciente! —gimió—. ¿Qué otra cosa puedo hacer? Pasa el tiempo y Huganay, tan peligroso, está detrás de mí. ¡Temo que alguien halle mi pastora perdida en cualquier momento! ¡Oh, qué desesperación!

Pete trató de consolarlo.

—Sabemos los mensajes que el señor Silver enseñó a varios de los pájaros. Nosotros no los recordamos, pero quizá Júpiter se los diga, si le repite cuanto nos ha contado a nosotros.

Bob intervino:

—¿Por qué no escribimos los mensajes que ya sabemos? Quizás

eso nos dé una pista.

—Me parece una sugerencia muy sensata, Claude —intervino la mujer—. Ya te dije que estos muchachos te ayudarían si dejabas de tratarlos como enemigos.

—¿Cómo iba a imaginar yo todo eso, querida? —exclamó él, que se dirigió luego a los muchachos—: ¡Parecía tan firme la evidencia…! Bien, eso carece ya de importancia. En recompensa, si hallamos el cuadro, os daré mil dólares.

—¡Tomate! —exclamó Pete—. ¡Manos a la obra, Bob! ¿Llevas el libro de notas?

—Aquí está —Bob se sacó la libreta y un lápiz.

—Primero —dijo el señor Claudius— aportaré un dato más que puede sernos de gran utilidad. John Silver me dice en la carta que el mensaje se compone de siete partes diferentes, y también cómo han de ordenarse.

«
Bo-Peep
» se sabe la parte 1, «Billy Shakespeare», la 2; «Barbanegra», la 3; «Robin Hood», la 4; «Sherlock Holmes», la 5; «Capitán Kidd», la 6 y «Cara Marcada», la 7.

—¡Estupendo! Eso facilita el trabajo —convino Bob.

Su lápiz corrió veloz durante un momento. Luego enseñó lo escrito en la página que arrancó de la libreta:

MENSAJE DE
JOHN
SILVER
(Incompleto).

LITTLE
BO-PEEP
:
(Parte 1).
«Little
Bo-Peep
» ha perdido su oveja

y no sabe dónde hallarla.
¡Visite a Sherlock Holmes!

BILLY
SHAKESPEARE
:
(Parte 2).
Se-se-ser o no se-se-ser,
ésa es la cuestión.

BARBANEGRA:
(Parte 3).
Soy «Barbanegra, el Pirata»,
y he enterrado mi tesoro
donde los muertos lo guardan para siempre.
¡Jo-jo-jo, y una botella de ron!

ROBIN
HOOD
:
(Parte 4).
¿…?

SHERLOCK
HOLMES
:
(Parte 5).
¿…?

CAPITÁN
KIDD
:
(Parte 6).
¿…?

CARA
MARCADA
:
(Parte 7).
Nunca doy a un bribón

un desquite fácil,
encerrado en un tubo de plomo.

—Ya ven —dijo Bob, mientras los otros se reunían a su alrededor para estudiar lo escrito—, conocemos cuatro de los siete mensajes. Claro que… ¿Sabemos de verdad cuál es el mensaje de «Barbanegra»?

No era oportuno decir que los Tres Investigadores tenían el pájaro mina en el puesto de mando. Bob añadió:

—En cuanto a «Cara Marcada», todos oímos su mensaje cuando Skinny se lo llevó.

El rostro del señor Claudius se contrajo de frustración.

—¡No lo entiendo! —gritó—. ¡Esto no me aclara nada en absoluto!

—Ten calma, Claude —recomendó ella, que indudablemente sabía dominarse mucho mejor que su marido—. El primer mensaje dice que «
Bo-Peep
» perdió su oveja. Es evidente que se refiere al mismo cuadro. En realidad significa que el cuadro está perdido y debemos encontrarlo.

—Puede que sí —aceptó su marido—. Pero no comprendo su intención en cuanto a que visitemos a Sherlock Holmes.

—Ni yo —respondió la esposa—. La segunda parte, el mensaje de «Billy Shakespeare»… Chicos, ¿estáis seguros de que es correcto? Su dueño dijo así: «Ser o no ser, ésa es la cuestión».

—Quizá creía entonces que su esposo era un policía —explicó Pete—. Y no quiso descubrir que «Billy» tartamudeaba, por temor a que no le diera crédito.

—¡Tartamudeaba! ¡Un loro tartamudo que recita una clave! ¡Oh, no! Así es imposible que resolvamos el acertijo —se quejó el señor Claudius.

—¡Tampoco vamos a renunciar! —respondió firmemente ella—. Admito en principio que la segunda parte es indescifrable. Pasemos a la tercera, al mensaje de «Barbanegra». Sin duda alguna, indica el lugar donde ha sido ocultado el cuadro.

—«Donde los muertos lo guardan para siempre» —recitó el señor Claudius, enjugándose el rostro—. Suena a isla de piratas. Él siempre tuvo debilidad por los cuentos de piratas y tesoros

perdidos. Fue por esa razón que adoptó el nombre de John Silver.

—Puede que sea una isla de piratas —convino la señora Claudius—. Pero también admite otras interpretaciones. Pensémoslo sin precipitación.

—Escucha el mensaje de «Cara Marcada», que es la parte 7 —invitó su esposo—. «Nunca doy a un bribón un desquite fácil». Se trata de una popular frase americana con significado de que no hay propósito de hacer un trato noble con alguien. Y eso nos lleva a la conclusión de que John nunca pensó en ayudarnos en descifrar el mensaje.

—Si podemos conseguir las tres partes que faltan —comentó la mujer—, quizá tengamos resuelto el enigma. Sin ellas nunca sabremos dónde está el cuadro.

—Señor Claudius —intervino Bob—. Tengo una idea.

—¿Cuál, hijo?

—Si logramos que «Robin Hood», «Sherlock Holmes» y «Capitán Kidd» hablen, tendremos las siete partes del mensaje. Luego, quizá Júpiter Jones consiga descifrarlo.

—¡Los pájaros no quieren hablar! —exclamó el señor Claudius—. ¡Miradlos! ¡No tienen intención de hablar!

Era cierto. Acurrucados en sus palos, no mostraban deseos de hablar.

—El señor Sánchez ayudó al señor Silver a adiestrarlos —recordó Pete—. Están acostumbrados a él, hablaban cuando los vendió. Si el mexicano los acaricia tal vez hablen de nuevo. Así, una vez que tengamos las siete partes del mensaje, se las llevamos a Júpiter, y que nos dé su opinión.

—¡Pardiez! —El señor Claudius, iluminado el rostro, se rió por vez primera—. ¡Claro que el señor Sánchez conseguirá persuadirlos! Ahora sé que hallaremos el cuadro antes de que Huganay sospeche lo sucedido.

Capítulo 13

Una huida desesperada

Media hora después pusieron en marcha el camión. El señor Claudius iba al volante. Todos sentíanse muy alegres. Bob y Pete se acomodaron en la cabina. Los cinco loros y sus jaulas quedaron colgados de una varilla atravesada en el interior de la caja del camión, y la señora Claudius se quedó junto a ellos para cuidarlos.

Eran muchos kilómetros desde el escondite del señor Claudius en las montañas al otro lado de Hollywood hasta la cabaña de Carlos y su tío en las tierras bajas de la costa, pero llegarían a primera hora de la tarde.

Después de un corto recorrido, la señora Claudius gritó alarmada:

—¡Claude! ¡Nos sigue un coche!

—¡Oh, no! —El hombre miró por el espejo retrovisor—. ¡No veo ninguno, querida!

—Lo oculta la curva… ¡ahora sale! Está a un kilómetro detrás de nosotros.

—¡Ahora lo veo! —exclamó el marido—. Se trata de un gran sedán gris. ¿Estás segura de que nos persigue?

—Tanto como eso, no —reconoció ella—. Pero, ciertamente, eso parece.

—¿Un sedán gris? —preguntó Pete, excitado—. ¡Deje que mire!

No pudo ver nada a través del espejo retrovisor. En vista de ello, solucionó el problema abriendo la puerta de su lado para asomarse. Bob lo sujetó por la cintura.

—No veo… —empezó a decir, pero rectificó—. ¡Nos gana

terreno! Parece el coche que encontramos en la vereda del señor Fentriss.

—¡Huganay! —gimió el señor Claudius—. ¡Nos persigue! ¡Dios mío! ¿Qué hacemos?

—Mantenlo detrás, hasta que lleguemos a una ciudad —recomendó la esposa.

—La próxima ciudad está a diez kilómetros —se lamentó él—. ¡Estamos rodeados de montañas solitarias! Haré cuanto pueda.

Pisó el acelerador, y el viejo camión se deslizó raudo por la serpenteante carretera a través de las colinas.

Giró tan rápido en una curva que los muchachos quedaron aplastados en un ángulo de la cabina. Detrás oyeron chillidos de loros asustados. El señor Claudius inclinado sobre el volante, hacía chirriar los neumáticos en cada curva.

—¡Huganay está pegado a la trasera del camión! —gritó la señora Claudius—. ¡Intenta pasarnos!

—Lo veo por el espejo —murmuró su marido—. Procuraré evitarlo.

Desvió el camión al centro de la carretera. Detrás, una bocina escandalizó entre chirriar de frenos. El sedán gris, que había empezado a adelantarles, quedó atrás. El camión hacía eses de un lado a otro en la carretera de montaña, sin abandonar el centro de la calzada, para evitar que pasase el otro coche.

De pronto apareció un enorme camión diesel, que dio la sensación de venírsele encima.

—¡Cuidado! —gritó Pete.

El señor Claudius giró todo el volante y pasaron como una exhalación por el lado del vehículo, viendo un fugaz destello de sorpresa en los ojos del conductor.

El sedán gris tuvo que hacer una maniobra parecida, para esquivar al mastodonte de las rutas. Luego, lanzado a toda velocidad, rugió su triunfo al pasarlos. Los dos jóvenes, temerosos y conscientes del peligro que corrían sus vidas, vieron a tres hombres en el sedán… y un chico. Pete reconoció al individuo más cercano, que hacía una seña para que se parasen. Era Huganay. Pero ambos reconocieron el rostro blanco pegado a la ventana de la rueda de atrás. Era una cara de larga nariz que mezclaba el triunfo con el temor. Ciertamente, era el célebre Skinny Norris.

—¡Skinny Norris! —gritó Pete—. ¡Espera que lo coja! ¡Le ajustaré cuentas!

En aquel momento, sin embargo, pareció imposible que jamás tuviera oportunidad de hacerlo. Habían llegado a un trecho de carretera donde a un lado un precipicio de más de un centenar de metros acababa en un arroyuelo. Centímetro a centímetro, el sedán gris los empujaba hacia el borde.

—¡Tengo que parar, o ese bandido nos matará! —gritó el señor Claudius, echando mano a los frenos.

El camión se detuvo a escasos centímetros del borde, mientras el sedán lo hacía al otro lado, bloqueándoles la puerta. Así, quedaron entrampados. No podían salir por ninguna de las dos puertas. A un lado tenían el barranco y, al otro, el sedán gris.

Huganay, impecablemente vestido, les sonrió, aspirando de su cigarro.

—Hola, Claude —saludó con fingido buen humor—. Resulta extraordinario encontrarlo aquí. América no es tan grande, después de todo.

—¿Qué quiere, Huganay? —preguntó el anticuario, cuyo blanco rostro sudaba copiosamente—. ¡Ha estado a punto de matarnos!

—Tonterías —repuso el francés—. Sabía que se pararía. Según sé, llevan un cargamento de loros en el camión. Me gustan mucho esas aves. ¿Qué le parece si le alivio de la responsabilidad de su cuidado? —Sin mover la cabeza, ordenó—: ¡Adams, saca los loros del camión!

—Sí, señor.

El conductor se deslizó fuera y se encaminó a la parte de atrás, donde oyeron las acaloradas protestas de la señora Claudius.

—¡Dale los pájaros, Olivia! —gritó el marido—. Es inútil toda resistencia.

Nuestros amigos vieron cómo entregaba las cinco jaulas a Adams, que las ponía en la carretera. Veían también el rostro de Skinney, que pasado el peligro, parecía contento del triunfo. Éste bajó la ventanilla para hablarles.

—¡Hola, investigadores! —se burló—. ¡Si que sois chistosos! ¡Mira que ayudar a un bandido!

Bob y Pete desdeñaron responderle. Adams había trasladado las jaulas junto al sedán, y dirigiéndose a Huganay, exclamó:

—Jefe, estas jaulas necesitan espacio. El chico estorba.

—De acuerdo —respondió el francés, que ordenó a Skinny—: ¡Bájate!

—¿Que me baje? —preguntó el muchacho alarmado—. ¡Estoy ayudándoles!

—Has acabado de ayudarnos, ¡Lester, sácalo!

—Seguro, jefe —respondió el tercer hombre.

Éste, un matón grande y feo, compartía el asiento de atrás con Skinny. Sólo precisó de un manotazo para mandarlo fuera del sedán con tanto empuje, que casi se cayó al suelo.

Skinny recuperó el equilibrio, se volvió a Huganay. Su rostro mostraba un cómico desaliento.

—Me prometieron una recompensa de quinientos dólares —protestó—, si encontraba la pista de este criminal y les ayudaba a recuperar los loros.

—Mándale la factura, chico —se mofó Adams, que acomodó las jaulas en el interior del sedán—. ¡Eh, jefe, falta uno! El negro no está.

—¿No?

Huganay sacó medio cuerpo del coche, de modo que su rostro casi tocaba el pálido semblante del anticuario.

—¡Claude! —dijo en voz baja y peligrosa—. ¿Dónde está «Barbanegra»? Necesito los siete para tener completo el mensaje.

—Eso demuestra que entró en mi apartamento y leyó mis notas —el hombre pareció animarse—. ¡Por eso logró seguirme la pista!

—Claude —repitió el otro—. ¿Dónde está «Barbanegra»? Necesito los siete.



—No lo sé. Aún no lo he visto.

—Pero estos chicos, sí —el francés miró a Pete y Bob. Sus ojos grises destellaban peligrosidad—. Sois muy listos. Decidme, ¿dónde está «Barbanegra»?

—No lo tenemos —respondió Bob desafiante.

Y era cierto. Era Júpiter quien lo tenía en el puesto de mando.

Los ojos grises taladraron por un momento a Bob. Luego localizaron el pedazo de papel que el señor Claudius se había puesto en el bolsillo alto de la americana. Era el papel en que Bob había escrito los nombres de todos los loros y los mensajes que ya sabían.

Huganay estiró el brazo y cogió el papel.

—Usted suele ser muy meticuloso, Claude. Tal vez este papel sea importante —al leerlo, sus facciones se transfiguraron de gozo—. ¡Vaya si lo es! —gritó—. ¡Nada menos que cuatro de las siete partes del mensaje! Bien, ya no necesitamos a «Barbanegra». Tengo los otros tres loros y puedo descubrir el mensaje completo a mi antojo. Au revoir, Claude. Nos veremos en Londres.

El enorme sedán se puso en marcha, y un momento después lo perdieron de vista. El señor Claudius, cuyo rostro seguía palidísimo, se apoyó contra el volante y gimió.

—¿Qué te pasa, Claude? —preguntó su esposa—. ¿Estás enfermo?

—Mi estómago otra vez —jadeó el hombre—. El dolor ha vuelto.

—¡Temí que sucediera! Tenemos que ir a un hospital.

La mujer saltó de la caja del camión, se apresuró a subir a la cabina, sentándose al volante después de empujar a su marido lo más suavemente que pudo. Bob se acomodó sobre las rodillas de Pete para hacer sitio. El señor Claudius gimió, al mismo tiempo que se sujetaba el estómago.

—Lo tiene muy delicado —explicó ella a los chicos, cuando ponía en marcha el motor—. Si se excita, sufre un ataque de dolor. Tendrá que pasarse varios días en el hospital.

La mujer, pensativa, miró fijamente a los muchachos antes de continuar.

—Por favor, no mencionéis lo sucedido a nadie. Desgraciadamente, aunque Huganay no es querido en nuestro país por la policía, no podemos formular acusaciones contra él. La publicidad haría que la historia de este cuadro fuera conocida por

alguien capaz de hallarlo, mientras Claude está en el hospital. Naturalmente, si de algún modo podéis localizarlo, la oferta de recompensa sigue en pie. Pero no os enfrentéis a gente como Huganay. Puede resultar peligroso…, muy peligroso.

Se habían olvidado de Skinny. Éste, al ver que ponían en marcha el vehículo, se adelantó con un brazo en alto.

—¡Esperen! —gritó—. Me llevarán a la ciudad, ¿verdad?

La señora Claudius miró al muchacho de modo tal, que lo hizo estremecer.

—Sube —invitó severa—. Quiero que nos digas cómo pusiste al señor Huganay sobre nuestra pista. ¡Y hazlo de prisa!

—Bueno —narró Skinny, precipitadamente—. Coincidió que paseaba por Rocky Beach cuando se detuvo un coche y el señor Huganay me preguntó si conocía a unos muchachos que iban en un «Rolls-Royce» antiguo.

»Le dije que sí —intranquilo, miró a Pete y a Bob—. También le dije que se hacían llamar investigadores, pero que eran… eran…

Vio que los dos amigos lo miraban fijamente, y se calló. Pete le apremió:

—¡Vamos, Skinny; dilo!

—Dije que sólo erais unos chicos que jugabais a detectives y que habíais ganado el uso del coche por treinta días en un concurso —explicó apresuradamente—. El señor Huganay me preguntó si alguno de vosotros había adquirido recientemente un loro o más. Le prometí averiguarlo, y me dio un número de teléfono. Me contó que se habían robado unos cuantos loros de cabeza amarilla, y me ofreció ciento cincuenta dólares si los localizaba. Luego se marchó.

»La otra noche yo estaba en Hollywood, y accidentalmente supe que buscabais loros de cabeza amarilla, y conseguí la dirección de uno. Llegué antes que vosotros y lo compré. Desde allí mismo telefoneé al señor Huganay.

»Se mostró muy amable. Él estaba seguro de que vosotros ayudabais a robar loros, si bien creía que lo ignorabais. Entonces me pidió que os siguiera, y averiguara dónde ibais.

»Rondé por la vecindad hasta que localicé el “Rolls-Royce” y aparqué en la esquina. Me sorprendió mucho ver que se marchaba sin vosotros, pero luego os vi salir con un loro y entrar en el camión. Os seguí hasta saber a dónde os dirigíais. Busqué el

teléfono más cercano, y volví a llamar al señor Huganay. Me felicitó y me dijo que lo esperara en el teléfono, que me recogería, y que cuando detuviera al criminal me daría una recompensa de quinientos dólares.

»Llegó a tiempo para veros partir en el camión. Os seguimos… y… bien, no sabía que el criminal fuera él».

Skinny nunca se había mostrado tan desgraciado desde que Pete y Bob lo conocían.

—Bueno, ésa es toda la historia —acabó nervioso.

—Hay suficiente. Me he enterado de cuanto necesitaba saber. Ahora, ¡fuera! —gritó la señora Claudius—. Puedes caminar el resto del camino.

Skinny se bajó del camión temblando.

—Gracias, jovencito —añadió la mujer—. Ahora he de llevar a mi marido al hospital. Y, gracias a ti, un criminal peligroso hallará una obra maestra perdida —su voz era fría—. Piensa en todo eso mientras camines hasta tu lejana casa.

Capítulo 14

El mensaje misterioso

Júpiter Jones se hallaba sentado detrás del escritorio en el puesto de mando. Frente a él estaban Pete y Bob. El primer investigador aparecía inmerso en meditación. Ellos habían acabado de contarle las aventuras del día, y aguardaban a que él hablase. Los tres estaban rendidos. Júpiter, después de un día agotador en el «Patio Salvaje».

Los otros dos investigadores, pese a que ya habían comido en sus respectivas casas, se hallaban exhaustos debido a los excitantes acontecimientos sufridos.

Al fin Júpiter habló:

—El «Rolls» fue causa de que os descubrieran dos veces. No olvidemos semejante lección. Al realizar una investigación, no es inteligente llamar la atención con nuestro medio de transporte, apariencia o conducta.

—¿Es todo lo que sabes decir? —preguntó Pete—. Llegamos a reunir todos los loros y estábamos a punto de conseguir el mensaje completo en que John Silver describe el escondite del cuadro, y, ¡caracoles!, todo se fue al agua. Ahora Huganay tiene los loros, y todas las pistas. Quizás a estas horas sea dueño también de la pintura.

—Los loros estarán muy abatidos después de lo sucedido —observó Júpiter—. Dudo que el señor Huganay logre que hablen.

—¡Lo conseguirá! —dijo Bob, pesimista—. No es hombre que acepte un no, como respuesta.

—Aun así —persistió Júpiter—, dispondremos de tiempo.

—¿Para qué? —preguntó Pete—. Sabemos cuatro mensajes, pero necesitamos los siete. ¡Nunca más reuniremos todos los loros! No, mientras los tenga Huganay.

—De acuerdo —concedió Pete—. Tendremos que enfrentarnos a ellos, o no devolveremos el loro al señor Fentriss, ni la lorita a la señora Waggoner. Espero que ayudemos al señor Claudius a recuperar la pintura que John Silver ocultó, pese a nuestra baja forma. Por ahora nuestra actuación ha sido totalmente negativa.

—Ni siquiera pusimos un ojo morado a Skinny Norris —murmuró Pete—. Claro que avergonzado, se ha ido de la ciudad por unas semanas. Según su cocinero, se fue a visitar a unos familiares. Lo cierto es que tenemos las ruedas atascadas y no sabemos a dónde dirigirnos.

Se quedaron silenciosos unos minutos. Al fin Júpiter habló.

—No se me ocurre cómo hallar los loros o averiguar las tres partes que faltan del mensaje de John Silver. Como dices, estamos encallados. Nuestras investigaciones han resultado nulas.

Otro silencio, roto sólo por el ruidoso «Barbanegra» al comer sus semillas de girasol. Bob suspiró antes de lamentarse.

—Si hubiéramos conseguido a «Capitán Kidd», «Sherlock Holmes» y «Robin Hood», habrían hablado al estar todos juntos, y, al menos, ahora tendríamos el mensaje completo.

—«Robin Hood» —chilló «Barbanegra», que parecía escuchar a los muchachos.

El pájaro aleteó un momento, y luego dijo:

—Yo soy «Robin Hood». Disparé una flecha y cayó a cien pasos, dirección oeste.

Los tres rostros adolescentes se volvieron hacia la jaula.

—¿Oísteis lo que dijo? —preguntó Pete.

—¿Quieres decir que…? —inquirió Bob atónito.

—¡Cuidado! —exclamó Júpiter—. No lo excitéis. Quizá lo repita —miró al pájaro—: «Robin Hood». ¡Hola, «Robin Hood»!

—¡Yo soy «Robin Hood»! —repitió «Barbanegra»—. «Disparé una flecha y cayó a cien pasos, dirección oeste» —volvió a extender y agitar las alas.

Pete Crenshaw tragó saliva con dificultad. Incluso Júpiter estaba alelado. El primero comentó:

—Carlos dijo que solía estar en el hombro del señor Silver,

mientras enseñaba a los loros.

—¡Y ahora que recuerdo! —intervino Bob excitado—. Cuando lo cogimos por vez primera gritó el mensaje de «Cara Marcada»; si bien entonces no sabíamos que era el de «Cara Marcada». Los pájaros mina, a veces hablan mejor que los loros y éste parece muy listo. Imaginad que…

Júpiter lo interrumpió.

—Lo intentaremos.

Dio a «Barbanegra» una semilla de girasol.

—«Sherlock Holmes» —articuló Júpiter—. ¡Hola, «Sherlock Holmes»!

«Barbanegra» respondió el nombre con frases que había oído antes. Aleteó, y dijo con fuerte acento inglés:

—«Sabes mis métodos, Watson. Tres sietes llevan a trece».

—¡Escribe, Bob! —susurró Júpiter.

Su indicación fue innecesaria. Bob ya garabateaba lo dicho.

—«Capitán Kidd» —insistió Júpiter—. Hola, ¡«Capitán Kidd»!

Dio a «Barbanegra» otra semilla. El pájaro, después de comérsela, dijo:

—Yo soy el «Capitán Kidd». «Busque debajo de las piedras más allá de los huesos, la caja sin cerraduras».

—¡Repámpanos! —exclamó Pete admirado—. Este bicho parece un magnetófono con alas. ¡Se sabe los siete mensajes!

—Debí de imaginármelo —Júpiter sentíase defraudado consigo mismo—, cuando dijo el mensaje de «Cara Marcada», como Bob nos ha recordado.

«Barbanegra» parecía estar identificado con el caso ahora. En cuanto oyó el nombre de «Cara Marcada» batió sus alas.

»Nunca doy a un bribón un desquite fácil —chilló—, encerrado en un tubo de plomo. ¡Ja-ja-ja!

Se rió como si se tratase de un chiste muy gracioso. Los chicos apenas lo advirtieron. Bob escribía frenéticamente. Tan pronto acabó, dio la hoja de papel a Júpiter.

—¡Ea! —dijo—. ¡Aquí están las siete partes del mensaje!

Pete se inclinó hacia Júpiter, y ambos leyeron lo siguiente:

MENSAJE DE
JOHN

SILVER
(completo).

LITTLE
BO-PEEP
:
(Parte 1).
«Little
Bo-Peep
» ha perdido su oveja
y no sabe dónde hallarla.
Visite a Sherlock Holmes.

BILLY
SHAKESPEARE
:
(Parte 2).
Se-se-ser o no se-se-ser,
ésa es la cuestión.

BARBANEGRA:
(Parte 3).
Soy «Barbanegra, el Pirata»,
y he enterrado mi tesoro
donde los muertos lo guardan para siempre.
¡Jo-jo-jo, y una botella de ron!

ROBIN
HOOD
:
(Parte 4).
Disparé una flecha
y cayó a cien pasos dirección oeste.

SHERLOCK
HOLMES
:
(Parte 5).
Sabes mis métodos, Watson.

Tres sietes llevan a trece.

CAPITÁN
KIDD
:
(Parte 6).
Busque debajo de las piedras más allá de los huesos,
la caja sin cerraduras.

CARA
MARCADA
:
(Parte 7).
Nunca doy a un bribón
un desquite fácil,
encerrado en un tubo de plomo.

—Muy bien —comentó Pete—. Ahora tenemos el mensaje. Sólo nos queda una cosa, un detallito de la menor importancia.

—¿Qué es ello? —preguntó Bob.

—¡Descifrar lo que significa el mensaje!

Capítulo 15

¡Vaga y Ronda!

Durante el trabajo en la biblioteca, la mente de Bob estuvo a un millón de kilómetros lejos. Pese a que examinó un libro sobre claves y enigmas, no se enteró de nada. Se consoló pensando en que tal vez Pete o Júpiter habrían logrado alguna pista. Después de cenar, montó en su bicicleta y se dirigió esperanzado al «Patio Salvaje». Por el túnel dos entró en el puesto de mando, para hallar rostros inexpresivos.

Pete admitió sin rodeos su incompetencia a la hora de interpretar mensajes secretos. Júpiter, presionándose el labio, puso orden en la reunión de los Tres Investigadores.

—Ignoro el significado del mensaje del señor Silver —confesó—. Pero algunos puntos parecen tener sentido. Cuando dice que « Bo-Peep » ha perdido su oveja, estoy de acuerdo con la señora Claudius. Sin duda se refiere al cuadro perdido de la pastora.

Los otros dos asintieron.

—Pero ¿y visite a «Sherlock Holmes»?

—¡Me gustaría poderlo visitar! —exclamó Pete—. Seguramente que nos ayudaría.

—No lo entiendo —admitió Júpiter—. Sherlock Holmes, en la parte 5, dice «Sabes mis métodos, Watson», que es una frase célebre de sus novelas. Pero añade: «Tres sietes llevan a trece», y eso sí que no tiene significado.

«Barbanegra» ladeó la cabeza.

—«Tres severns conducen a trece» —chilló.

—Me ha sonado como si dijera severns[1] en vez de «siete» —indicó Pete.

—Será un defecto de pronunciación —dijo Bob—. Sigue, Jupe.

—En la parte 2 tenemos la famosa cita del tartamudo «Billy Shakespeare». Y esto también carece de sentido.

—En la parte 3 «Barbanegra» parece referirse a una isla pirata o escondite —explicó Bob—. El señor Claudius nos dijo que John Silver era muy aficionado a las historias de islas de piratas, y que de hallar una o algo que la recordase, la habría escogido como escondite.

—Aquí hay un mapa de la baja California —dijo—. Sabemos por Carlos que el señor Silver se ausentó durante tres días. Todo hace pensar que se dirigió a un lugar indeterminado y tras esconder el cuadro regresó a la cabaña de sus amigos. Pero tres días es tiempo suficiente para viajar a cualquier parte, incluida la Isla Catalina o Méjico. Incluso pudo ir a un punto tan lejano como el Valle de la Muerte.

—¡El Valle de la Muerte! —exclamó Pete—. Allí hay huesos para complacer al más exigente. Le otorgo mi voto. Pero ¿podéis imaginaros a nosotros tres, buscando una caja en el Valle de la Muerte? En dos días seríamos tres muertos más guardando el tesoro.

—Bueno, se trata de una posibilidad —aclaró Júpiter—. Sólo que prometedora.

—La parte cuarta del mensaje «Disparé una flecha y cayó a cien pasos dirección oeste». Eso parece una indicación —dijo Bob—. Sugiere que debemos caminar cien pasos hacia el oeste.

—Seguro. Pero ¿dónde? —preguntó Pete—. ¿En una esquina de Hollywood?

—Ya nos hemos referido a la parte quinta de Sherlock Holmes, y estamos de acuerdo de que no la entendemos —aclaró Júpiter—. Así pasemos a la sexta: «Busque debajo de las piedras más allá de los huesos de la caja sin cerraduras». Indudablemente, es una orientación concreta.

—¿Qué piedras? ¿Qué huesos? —Gruñó Pete—. ¿Qué hay de concreto en eso?

—Para mí suena a isla de piratas —intervino Bob.

—Nunca supe de piratas en la isla Catalina —refutó Pete—, y es la única isla que hay cerca de aquí.

—Olvidáis a los salteadores de caminos en los años de la fiebre del oro —recordó Júpiter—. También se les podría llamar piratas.

—Es una posibilidad —admitió Bob—. Y su final: «Nunca doy a un bribón un desquite fácil». Eso indica que el señor Silver engaña desde el primer momento. Y lo confirma la última mitad del mensaje, que significa algo positivamente cierto: «Aunque resuelvas mi mensaje, no hallarás el cuadro; eso es seguro».

Júpiter mostró un fruncimiento de enojo. Le gustaban los acertijos, pero no que fueran engaño.

—Bueno —dijo—. Espero que el señor Huganay, ese ladrón de obras de arte, encuentre tantas dificultades como nosotros. Hemos conseguido el mensaje completo gracias a «Barbanegra», pero él tiene todos los loros, y más pronto o más tarde los hará hablar. ¡Es preciso que encontremos esa obra maestra antes que él! ¡Nuestro orgullo de investigadores lo exige!

Se quedaron silenciosos. Luego el primer investigador se puso en pie.

—Os telefonearé si hago progresos. De nada serviría que nos reunamos antes. De todos modos, llamadme si se os ocurre alguna idea.

Al día siguiente, Júpiter se equivocó tres veces al calcular el precio de otras tantas ventas. Pete dedicó el día a limpiar el garaje de su casa y lavar y engrasar el coche de su madre, mientras esperaba noticias del jefe. Bob cometió tantos errores en la biblioteca, que al final lo mandaron a su casa, donde tomó asiento frente a la ventana de la salita para contemplar las nubes sobre las cercanas montañas de Santa Mónica, como si en ellas estuviera escrita la respuesta que anhelaba. Permanecía tan ensimismado, que su padre, al llegar inesperadamente, lo miró perplejo.

—¿Qué te pasa? —preguntó, sacando su pipa—. ¿Te preocupa algo, Bob?

—Es una especie de acertijo, papá.

Bob pensó en que tal vez otra persona sabría darle un enfoque distinto y hallar algún indicio. Y su padre era considerado un hombre brillante.

—¿Si quisieras ocultar un tesoro, de modo que pudieras dejar este mensaje: «He enterrado mi tesoro donde los muertos lo guardan para siempre», dónde lo pondrías?

—En la «Isla del Tesoro» —respondió su progenitor, encendiendo la pipa—. Robert Louis Stevenson escribió esa novela. También me serviría cualquier otra isla de piratas.

—Y si no tuvieras ninguna isla a tu alcance —insistió Bob—, ¿dónde lo pondrías?

El padre reflexionó un momento mientras soplaba la pipa para que ardiera.

—¡Hum! Bueno, hay otro sitio que encaja estupendamente.

—¿Sí? ¿Cuál?

—Un cementerio —su padre se rió.

—¡Tate! —exclamó el tercer investigador.

Bob pasó junto a su padre tan aprisa camino del teléfono, que casi le hizo caer la pipa. El señor Andrews sacudió la cabeza ante el atolondramiento de su vástago.

El muchacho llamó al puesto de mando, y tras corta espera oyó a Júpiter.

—¡Hola! ¿Quién llama?

—¡Jupe! —exclamó Bob—. ¿Te acuerdas del mensaje de «Barbanegra»?

—Por supuesto —su voz sonó expectante.

—Pues supón que se refiere a un cementerio. Los muertos podrían guardar el tesoro, ¿no te parece?

Se hizo un largo silencio en el otro extremo. Finalmente, la voz de Júpiter sonó estrangulada.

—¡Bob! No salgas. Te llamaré más tarde.

Durante la cena, Bob estuvo inquieto, esperando oír el teléfono. Terminaba los postres cuando sonó el timbre y se dio tanta prisa que descolgó antes de sonar de nuevo.

—¡Hola!

Júpiter le dio instrucciones.

—Puerta Roja de Rover. Vaga y ronda —y colgó.

Bob colgó también. ¡Cáspita! «¡Vaga y ronda!». Era la orden de llegar lo más rápidamente posible al «Patio Salvaje» y usar la entrada secreta de atrás, asegurándose de no ser visto.

—¡Mamá! ¡Papá! —gritó excitado—. Tengo que salir. Júpiter me necesita. Volveré a las diez. ¿Puedo? ¡Gracias!

Y se marchó antes de oír una respuesta.

—Bueno, y yo pregunto: ¿De qué se trata? —inquirió el padre.

—Los chicos intentan encontrar un loro perdido —la madre se sonrió—. Bob me habló de ello hace unos días. Imagino que Júpiter tendrá una pista.

—Un loro perdido —el padre se acabó el café—. Al menos parece un juego inofensivo —de repente se alarmó—. ¿Y qué tiene que ver eso con un cementerio?

Mientras, Bob pedaleaba con todas sus fuerzas por calles secundarias hacia la valla posterior de los Jones.

Capítulo 16

Bob se convierte en señuelo

Bob y Pete llegaron a la Puerta Roja de Rover casi al mismo tiempo. No malgastaron palabras inútiles. Los dos habían recibido el mismo mensaje. Abrieron la puerta y pasaron sus bicicletas. Luego se deslizaron por el túnel hasta el puesto de mando.

Jupe los aguardaba, con un montón de libros, mapas y papeles sobre el escritorio. Su aire de excitación apenas ocultado les dijo que tenían noticias.

—¡Hay que proceder de prisa! —instó Júpiter—. Ésa es la razón de que os llame.

—Jupe, ¿has resuelto el mensaje? —preguntó Bob.

—No del todo. Pero sí el principio. Me diste la pista al sugerirme un cementerio.

—En realidad fue idea de mi padre —confesó Bob.

—Con esa pista —dijo— pude hacer adelantos. Sabemos que el mensaje de John Silver consta de siete partes. Cada una de estas partes se la enseñó a un pájaro distinto. Bien, los loros ya no importan. Ahora nos referiremos a la parte primera, segunda y así sucesivamente.

—¡No hables tanto! —gimió Pete—. ¡Di algo!

—La tercera nos dice que el señor Silver ocultó la pintura en un cementerio. Y según mis conclusiones, las partes una y dos nos dirigen a este cementerio.

—Que yo sepa no lo hacen —opuso Bob.

Júpiter siguió:

—La parte 1 dice «“Little

Bo-Peep
” ha perdido su oveja y no sabe dónde hallarla. Visite a Sherlock Holmes». ¿No advertís aún el mensaje?

—Sherlock Holmes está muerto —dijo Pete.

—Sherlock Holmes es sólo un personaje de novela —concretó Bob—. No podemos visitarlo.

—¡Exacto! —afirmó Jupe—. El mensaje no invita a visitarlo, sino recurrir a él. ¿Dónde vivía?

—En Londres —respondió Pete.

—En la calle Baker de Londres —puntualizó Bob.

—Vivía en la calle Baker. Pero ver la parte 2 del mensaje. Es una cita de Shakespeare: «Ser o no ser, ésa es la cuestión». Una frase muy famosa. Ahora bien, al loro se la enseñaron como si tartamudeara. «Se-se-ser o no se-se-ser, ésa es la cuestión». Pero sabemos que ningún loro tartamudea a menos que lo enseñen. Luego es obligado que observemos detenidamente la expresión «se-se-ser».

—Ya lo hice —respondió Pete—. Y no saqué nada en claro.

Júpiter escribió algo en una hoja de papel.

—Mira el resultado de escribir «Calle Baker» seguido de «se-se-ser»[2].

Miraron asombrados.

¡Calle Baker 222 B!

—¡Castañas! —exclamó Pete—. ¡Una dirección!

—¿De un cementerio? —preguntó Bob.

Jupe buscó en un montón de libros hasta encontrar un atlas de California del Sur.

—Consulté todos los libros de nuestra biblioteca —dijo—. Hay cientos de ciudades en California del Sur, con una calle que se llame Baker. No obstante, en la ciudad de Merita Valley, al sur de Los Ángeles, hay un viejo cementerio en la esquina de las calles Baker y Valley. La dirección del encargado en el mismo cementerio, es ésta: Calle Baker 222 B.

—¡Recáspita! —tronó Pete—. ¿Cómo lo supiste?

—Consultando un montón de libros y el teléfono. Incluso encontré un folleto que habla del cementerio, editado para los turistas. Escuchad:

«El viejo cementerio de Merita Valley es uno de los más antiguos de California. Actualmente no se entierra dentro de su recinto y se halla en un lamentable abandono. Sin embargo está previsto su futuro arreglo como lugar de interés público».

Júpiter cerró el folleto.

—Merita Valley se halla aproximadamente a cincuenta kilómetros al sur de donde vivía John Silver con Carlos y su tío. Con semejante evidencia, estoy seguro de que hemos localizado el lugar que el señor Silver eligió para ocultar su pintura.

—¿Y el resto del mensaje? —preguntó Bob—. ¿Lo has resuelto?

—No. El resto del mensaje consiste en instrucciones para hallar el lugar exacto una vez en el camposanto. Esa parte hemos de resolverla allí.

—¿Mañana por la mañana? —sugirió Pete—. ¿Utilizamos el coche?

—El señor Huganay estará descifrándolo también en este mismísimo instante —recordó Júpiter—. No podemos ir todos. Ni tampoco usar el «Rolls».

—¿Por qué no? —Quiso saber Pete.

—Porque el señor Huganay puede tener a alguien vigilándonos —contestó Júpiter—. Y el «Rolls» es un coche muy fácil de localizar, por lo que sabemos. Así mi plan es…

Lo explicó velozmente. La protesta de Bob no sirvió de nada. Finalmente reconoció la fuerza del argumento de Júpiter, y cedió. Así, cuando el «Rolls-Royce» llegó al patio de los Jones unos minutos más tarde, los tres muchachos subieron lentamente al mismo, de modo que cualquier espía invisible pudiera verlos.

Era Fitch quien conducía. Éste les dedicó una sonrisa de dientes amarillentos.

—¿Habéis localizado los loros perdidos? —preguntó.

—Algunos —respondió Júpiter—. Uno de ellos interesa mucho a la policía. Ahora llévenos fuera y rodee el patio por la carretera de atrás. Cuando llegue allí, conduzca muy despacio, pero no pare.

Sonrojose Fitch, que sumió su atención en el trabajo. El coche se puso en marcha con los chicos bien visibles. Cuando llegó al punto donde tenía que aminorar la marcha, Pete y Júpiter saltaron.

—¡Espéranos en el puesto de mando! —gritó Júpiter, a Bob.

Pete y el jefe entraron por la Puerta Roja de Rover antes de que algún espía que pudiera seguirlos observara que habían abandonado el «Rolls-Royce».

—Bien, *Master* Andrews —exclamó sarcástico el conductor—. ¿Dónde le llevo? ¿Hay loros criminales que localizar?

—No —respondió Bob, procurando no mostrarse decepcionado —. Conduzca hacia la costa durante media hora, luego diríjase al este y regrese por las colinas. Es una tarde bella para pasear.

Pero no había viaje de placer para Bob, pese a sus palabras. Él se había convertido en cebo, mientras Pete y Júpiter gozarían de toda la aventura.

Capítulo 17

Las piedras más allá de los huesos

El camión más pequeño de «Patio Salvaje» salió a la sucia calle. Lo conducía Konrad. Pete y Júpiter, a su lado, observaban los alrededores, ocultos en la cabina.

Después de abandonar el «Rolls», los dos muchachos entraron en la chatarrería y se deslizaron en un camión. El señor Jones ya había prometido a Júpiter su cesión para aquel atardecer.

Konrad salió del patio como si hiciera un viaje normal. Los chicos se mantuvieron ocultos, aunque ojo avizor, hasta después de recorrer unos dieciséis kilómetros por la carretera de la costa, en que se acomodaron en el asiento.

—Nadie nos ha seguido, Jupe —comentó Konrad—. Creo que ya hemos encontrado la ciudad que deseabas; si bien a decir verdad, apenas es una ciudad, ¿no te parece?

Necesitaron más de una hora para llegar a Merita Valley. Como dijera Konrad apenas era una ciudad. El pequeño centro comercial había quedado tras ellos, y el camión daba saltos por la calle Baker, donde se veían muy pocos edificios. Un lado de la calle estaba limitado por un largo muro de piedra. Detrás de éste, se alzaban cientos de cruces de piedra y monumentos funerarios. Habían llegado al camposanto de Merita Valley.

Pete señaló una abertura y un viejo letrero de madera que decía: Calle Baker 222 B.

—¿No paras aquí? —preguntó.

Júpiter sacudió la cabeza.

—Gire a la derecha en la calle siguiente, Konrad, por favor —fue

su respuesta.

—Conforme, Jupe.

El cementerio era grande y muy viejo. Cuando llegaron a la esquina vieron las ruinas de una iglesia, construida de piedra y adobes. Parecía desierta y abandonada.

Konrad giró allí, pero no detuvo el camión. Finalmente, el cementerio quedó a espalda de ellos y alcanzaron un alto macizo de eucaliptos junto a la carretera, cuyas ramas bajas desprendían un olor penetrante y aceitoso.

—Aparque debajo de los árboles, por favor —indicó Júpiter.

Konrad obedeció, y los muchachos se apearon del camión.

—Puede que tardemos, Konrad —avisó Júpiter—. Espérenos.

—Conforme —puso en marcha una pequeña radio y sacó un periódico—. No tengo prisa.

—Y ahora, ¿qué, Jupe? —preguntó Pete mientras el primer investigador se encaminaba a campo traviesa hacia el muro de piedra que circundaba el cementerio.

—No queremos que nos vean entrar —respondió Júpiter—. Nuestras intenciones son perfectamente respetables, pero no deseamos la curiosidad de los cazadores que persiguen nuestra misma pieza.

Llegaron al muro y treparon por él.

—Creo que no me importaría algo de compañía —dijo Pete, mientras avanzaban por el desatendido sendero.

Muchos monumentos, pequeños y grandes, algunos malamente inclinados y en triste abandono, se agrupaban a ambos lados.

—Eres único para reflejar situaciones, Pete —comentó Júpiter—. Procura no olvidar la ruta que ha de llevarnos otra vez al camión, por si la búsqueda se prolonga hasta después de oscurecido. Desgraciadamente, con las prisas, me olvidé de coger la linterna.

—¿Hasta que anochezca? —Pete dio un respingo—. ¡Espero no estar aquí para entonces! —exclamó para tranquilizarse—. ¡Mira esto! ¡Se acerca la niebla procedente del océano!

Júpiter miró hacia el oeste, donde estaba el océano Pacífico. Lentamente, la niebla avanzaba hacia ellos. En California septentrional a menudo predomina la niebla que entra del mar y emblanquece las zonas próximas a la costa, a veces, reduciendo la visibilidad a casi cero.

—No pensé en la niebla —se lamentó Júpiter, alarmado—. ¡Es peor que la oscuridad! ¡Ojalá desvelemos rápidamente el misterio del señor Silver! De todos modos, hay una entrada en la calle Baker 222 B.

Júpiter apretó el paso. Pasaron entre dos grandes monumentos y salieron a un cruce Justo frente a la entrada. Varias calles se abrían en distintas direcciones.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Pete, nervioso, mientras Júpiter sacaba un papel del bolsillo.

—Hemos llegado a la calle Baker 222 B —dijo el primer investigador consultando el papel—. La parte cuarta del mensaje dice: «Disparé una flecha y cayó a cien pasos dirección oeste». Ahora bien, la entrada aquí da al norte. Por lo tanto…

—Por lo tanto, ¿qué? —exigió Pete.

Júpiter daba vueltas en el cruce de las calles.

—Cien pasos hacen aproximadamente cien metros. Luego el señor Silver dice que hay que caminar cien metros hacia el oeste. Y el lugar idóneo para empezar la cuenta es éste. Así que midamos a pasos cien metros. Hazlo tú, que tus piernas son más largas.

Pete empezó a caminar a zancadas hacia el oeste, y llegó a un camino paralelo a un muro del viejo cementerio, de unos doce metros de longitud.

Hizo los pasos tan largos como pudo. Después de contar cien, se detuvo.

—Bueno, ¿y ahora qué?

—Ahora llegamos a la parte 5 del mensaje, que dice: «Sabes mis métodos, Watson. Tres sietes llevan a trece».

—Hasta aquí ha sido fácil. Pero eso no tiene sentido —gruñó Pete.

Nada de cuanto veía llamó la atención de Júpiter, que, de repente, tuvo una inspiración.

—Pete, ¿estás seguro de que tus pasos miden un metro?

—Bueno, eso creo. Estiré cuanto pude.

—Aun así, comprobémoslo. Siempre es bueno asegurarse. Da dos pasos y marca el principio y el fin.

Pete lo hizo. Su compañero se sacó de un bolsillo un pequeño pedazo de plástico. Era un calendario en cuyo borde había marcado un decímetro. Inmediatamente, se puso a medir los pasos de Pete.

—Has recorrido ochenta y cinco metros —dijo—. Faltan quince. Camina dieciocho más hacia el oeste.

Pete caminó hacia el oeste dieciocho pasos más. Eso los llevó a la pared posterior del cementerio. Ahora bien, pese a que había muchas piedras conmemorativas alrededor de ellos, no vieron nada que les inspirase una idea brillante.

De repente, Júpiter lanzó un grito ahogado.

—¡Mira! —Y señaló tres viejas lápidas en un pequeño lugar frente a ellos.

Las lápidas decían que Josiah Severn, Patience Severn y Tommy Severn habían muerto de fiebre amarilla el mismo día en 1888 y que allí descansaban en paz.

—¡Severn! —gritó Pete, cuando la luz se hizo en su entendimiento—. Ya dije que el mensaje sonaba como «Tres Severn conducen a trece».

—Aquí están los tres Severn —admitió Júpiter—. Pero ¿cómo pueden conducir a trece?

—Sigamos la línea de lápidas —aconsejó Pete sin aliento— y veremos si conduce a algo. Y, ¡cáscaras!, mejor que nos apresuremos. La niebla se nos echa encima.

La niebla empezaba a rodearlos. La visibilidad disminuía veloz. Sin pérdida de tiempo, Pete se subió encima de una de las tres lápidas y miró en línea recta.

Sus ojos tropezaron con una alta piedra a unos quince metros de distancia.

—La línea termina en aquella piedra, Jupe. ¡Veamos qué dice!

El primer investigador ya corría hacia la piedra, cuidando de no pisar las viejas tumbas por respeto a los muertos. Pete se lanzó tras él. Llegaron juntos. La piedra carecía de inscripción por aquel lado. Pero al rodearla se pararon en seco. Allí sí que había una inscripción. Decía:

Aquí yacen
13 viajeros sin nombre
muertos
por los indios
17 junio de 1876

—¡Trece! —exclamó Pete—. ¡Tres Severn conducen a trece! ¡Rápido, Jupe! ¿Cuál es el resto del mensaje?

—La parte 6 dice: «Busque debajo de las piedras más allá de los huesos, la caja sin cerraduras».

—Pero ¿qué piedras? —preguntó Pete—. Este lugar está lleno de piedras.

—El mensaje dice: «más allá de los huesos» —replicó Júpiter—. Luego puede ser cualquier monumento. ¡Caramba, la niebla se espesa! Pero ¡mira allí!, recto detrás de ese monumento y contra la pared. Hay un montón de piedras desmoronadas. Ciertamente son piedras más allá de los huesos. Y aquí sólo hay estas piedras así. ¡Miremos debajo de ellas!

Pete no esperó a que terminase. Ya galopaba hacia el tramo de pared derruida. Allí, cientos de piedras, grandes y pequeñas, se hallaban apiladas en un rincón. Rápidamente se puso a removerlas, mirando debajo de ellas.

—¡Vamos, Jupe, ayúdame! —jadeó Pete—. No disponemos de mucho tiempo. La niebla nos va a fastidiar.

En mancomunado esfuerzo, empezaron a retirar piedras y a formar un nuevo montón alejado de la pared. Ya tenían bastante trabajo hecho, cuando oyeron una voz de acento francés detrás de ellos.

—Me gusta hallar chicos a quienes les entusiasma el trabajo.

Alzaron la vista, pues estaban agachados sobre el montón de piedras. De la circundante niebla surgió el señor Huganay, seguido de sus dos guardaespaldas, Adams y Lester.

—No obstante —añadió el ladrón, sonriéndoles—, creo que ya es hora de que os relevemos —y dirigiéndose a sus hombres, ordenó—: ¡Apresadles!

Pete y Júpiter adoptaron al unísono la misma decisión. Ambos saltaron de costado para zafarse de los tres hombres. Desgraciadamente, no tuvieron tiempo de coordinar sus movimientos. Eso les hizo chocar entre sí y rodar ambos por el suelo. Sin ningún esfuerzo, Adams cogió a cada uno por una muñeca que torció sobre las respectivas espaldas y los obligó a ponerse en pie.

—Bien —el francés se sonrió—. Sujétalos ahí Adams. Lester sigue con las piedras hasta que hallemos a la linda pastora. Entonces nuestra caza habrá finalizado y os habréis ganado lo que os prometí por ayudarme.

El hombre alto y feo comenzó el trabajo sacando rocas del montón como si fueran guijarros.

Imposibilitados y resoplando de furor y desaliento Pete y Júpiter sólo podían estar allí en pie como simples mirones.

Capítulo 18

Corre que te pillo, en la niebla

La niebla los envolvía con su frío y húmedo sudario, mientras Lester achicaba el montón de pedruscos. Trabajaba con la energía del perro que buscaba un hueso. Tiraba hacia atrás piedras, tejas rotas, un trozo de tubería, una rama de árbol y guijarros diversos, algunos de los cuales tocaron a Adams, quien protestó:

—¡Cuidado! ¡Ten cuidado!

—Un poco menos de energía, y un poco más de eficacia, Lester —recomendó Huganay.

Pete y Júpiter, sujetos por la tenaza de Adams, se vieron obligados a contemplar la escena, pensando en que habían llegado tan cerca del tesoro, para ser alcanzaros en última instancia por el inteligente ladrón europeo de piezas de arte.

—No sentiros humillados, muchachos —dijo Huganay, como si leyera en sus pensamientos—. Sabed que he burlado a los guardianes del Museo Británico en Londres y del Louvre en París. Ha faltado muy poco para que vosotros me ganarais la partida. La estratagema de poner el coche viejo como cebo mientras vosotros hacíais el viaje en camión, fue muy ingeniosa.

Se rió entre dientes. Luego prendió su cigarrillo, que se había apagado debido a la humedad. La niebla lo envolvía cual túnica, y la llama del encendedor prestó a su semblante una apariencia siniestra y satánica.

—Os tenía vigilados, naturalmente. Mi hombre telefoneó que el «Rolls» salía con los tres y que os seguía. Veinte minutos más tarde volvió a telefonear para informar que en el coche sólo viajaba uno

de vosotros. Comprendí que erais dignos adversarios de mí, y que debía actuar de prisa.

Lester seguía lanzando piedras sin mirar dónde iban a parar.

—Conseguí resolver la primera parte del ingenioso mensaje de John Silver —continuó Huganay—, pero no logré descubrir este viejo cementerio. Por fortuna se me ocurrió telefonear a la Oficina de Turismo, donde hay un archivo sobre lugares de interés turístico. Allí me dijeron que había un cementerio en la calle Baker 222 B. Vine raudo, pero vosotros ya estabais aquí.

Otra piedra tirada por Lester tocó a Adams, que barboto un juramento.

Huganay aconsejó al metódico e infatigable peón:

—Escarba en los extremos, Lester. Silver estaba enfermo, y no es probable que se molestase en hacer un hueco tan profundo, en un montón de piedras.

Lester obedeció, y un momento después dio un grito de triunfo. Halló algo debajo de una piedra, que entregó a Huganay.

—¡Conseguido! —gritó Lester—. Aquí está la caja, Huganay.

—¡Oh! —exclamó éste.

Cogió la caja plana de metal. La tapa estaba asegurada con un pequeño, pero fuerte candado.

—Su tamaño es el adecuado —comentó el jefe de los ladrones—. Buen trabajo, Lester.

—Ésta es la caja que el señor Silver solía guardar debajo del colchón —dijo Júpiter a Pete.

Huganay no se quedó ocioso. De un bolsillo se sacó unos fuertes alicates y con mano diestra cortó las pestañas agujereadas que trababan el candado. El francés se dispuso a abrir la caja.

—Sólo una mirada —dijo—. No es bueno que una linda y antigua pintura como ésta quede expuesta mucho rato a la humedad.

Abrió la tapa y emitió un grito de rabia. Lester se acercó a él para ver qué lo había enojado tanto. Incluso Adams intentó ver, empujando a los chicos delante de él.

—¡Sólo hay un papel! —bramó Huganay, que respiraba con dificultad—. Dice: «Lo siento, amigo, pero no ha estudiado bien las pistas».

—¡Ahora, Jupe! —susurró Pete al notar que la tenaza de Adams

se aflojaba.

Los dos tiraron a un tiempo. Pete, que estaba a la izquierda de Adams, se soltó. Júpiter no pudo.

Pete se cayó hacia atrás en el suelo y Adams se volvió hacia él, sacudiendo dolorosamente a Júpiter. Pete notó que su mano tocaba un objeto largo y duro, y lo agarró. Se puso en pie y balanceó el tubo que había cogido, golpeando el hombro de Adams, que dio un grito de dolor y soltó a Júpiter.

Aún con el arma en la mano, Pete cogió a su amigo por el brazo y tiró de él hacia donde la niebla aparecía más espesa. Allí había un grupo de altos eucaliptos. En un instante quedaron agazapados detrás de los árboles, envueltos en los velos grises de la niebla, mientras detrás de ellos los tres hombres gritaban sin entenderse.

—Llegarán aquí en segundos —susurró Pete—. El camión debe estar por ahí —señaló un punto no muy determinado.

Júpiter sacudió la cabeza. En la niebla, todas las direcciones le parecían inciertas.

—¿Cómo lo sabes?

—Simplemente, lo sé.

Le dio crédito. Indudablemente, a la hora de intuir el rastro de una pista, Pete era un experto.



Hasta de noche podía orientarse guiado de cierto sentido innato, donde Júpiter, incluso de día no era capaz de hallar una salida.

—Ahora escucha —invitó Pete—. Hay grupos de eucaliptos plantados a todo lo largo del camino por donde entramos. Corre agachado de un macizo a otro.

—¡Me perderé! —respondió lúgubremente Júpiter.

—Yo te guiaré —le tranquilizó Pete—. Primero despistaré a esos tres, haciendo que me sigan por una pista falsa. Tú corre de árbol en árbol, y cuando veas nuestra señal secreta con una flecha, síguela. Ésa será la dirección correcta. Ahora, vete hacia allí.

Empujó al primer investigador a la niebla, y él se fue en otra dirección, gritando en voz alta para que los hombres lo oyeran:

—¡Vamos, Jupe, sígueme! ¡Es por aquí!

Las voces de sus perseguidores cambiaron de dirección al dirigirse hacia donde hablaba Pete. Júpiter tropezó infinidad de veces en tumbas y piedras, golpeándose las espinillas. Al fin logró alcanzar otro macizo de árboles.

Se detuvo a escuchar.

Una claridad lechosa lo envolvía todo Resultaba imposible ver más allá de un metro. La niebla, densa y gris, avanzaba a oleadas. Júpiter miró hacia arriba, donde la visibilidad era ligeramente mayor. Así descubrió a unos quince metros una confusa negrura que supuso copas de árboles. Se lanzó en aquella dirección, dando tropezones.

Las voces de los hombres sonaban detrás suyo, una por aquí y otra por allá. Evidentemente, se había perdido. No tenía idea de dónde se encontraría Pete.

Al fin alcanzó los árboles que viera y los observó de cerca. En la lisa corteza de uno vio un interrogante pintado con yeso azul. Una flecha debajo señalaba hacia la izquierda.

El interrogante era el símbolo de los Tres Investigadores. Cada uno de ellos iba provisto de yeso de color distinto para así dejar un mensaje sin palabras, a los otros.

Satisfecho consigo mismo, por ser idea suya, Júpiter se movió cauteloso en la dirección indicada por la flecha. Alcanzó un nuevo grupo de árboles y descubrió un interrogante y otra flecha. Era buena señal. Pete se hallaba delante de él. En cambio, a sus espaldas oyó un grito de dolor. Era uno de los perseguidores que

debió caer sobre algo. Las voces, paulatinamente, iban quedando más rezagadas.

La niebla seguía espesando. De repente, como en un mal sueño, Júpiter tuvo la sensación de que algo cambiaba a su alrededor. Las ramas de los árboles se le transformaron en brazos que intentaban alcanzarlo. Los monumentos funerarios de tamaño normal cobraron vida para ser entonces seres que interceptaban su camino. Los más altos eran monstruos que se elevaban amenazadores sobre él.

El primer investigador respiraba con dificultad, cuando vio el bajo trazado de una pared. Pero esta vez sí que se le interpuso de verdad una sombra, que denotaba poseer vida. Júpiter retrocedió de un salto.

—¡Soy Pete! —susurró la figura—. ¡Vamos, agárrate a mi mano!

Humildemente —Júpiter Jones no era a menudo humilde—, dejó que el segundo investigador lo ayudara a saltar la pared y que lo condujera a través de la densa niebla hasta el camión, cuyos faros aparecían convertidos en conos de luz amarilla.

—¿Estáis bien, chicos? —preguntó Konrad, mientras trepaban al asiento delantero.

—¡Llévanos a casa, Konrad! —jadeó Júpiter—. ¡Conduzca tierra adentro, por una ruta sin niebla!

—Conforme.

Konrad puso en marcha el vehículo, y condujo muy precavidamente hasta que la niebla de la costa empezó a clarear. Luego giró al norte y se dirigió al «Patio Salvaje».

Capítulo 19

«Barbanegra» dice la última palabra

Durante largo rato, mientras iban en el camión, los muchachos estuvieron silenciosos. Finalmente, Júpiter dijo:

—Por lo menos la niebla evitará que el señor Huganay nos siga.

—¿Por qué había de seguirnos? —preguntó Pete—. No tenemos el cuadro.

—Puede creer que sí lo tenemos —Júpiter se presionaba el labio inferior—. Lo acaecido fue algo inesperado. Nunca me imaginé hallar la caja vacía, si prescindimos de la nota de John Silver.

—Si se atreven a seguirnos ahora —comentó Pete—, Konrad y Hans nos ayudarán a darles el trato que merecen —balanceó el trozo de tubo que había conservado—. Quizás así tenga otra oportunidad de usar esto. Seguro que Adams no olvidará el estacazo que le di.

—Actuaste según esperaba de ti —concedió Júpiter—, con bravura y movimientos perfectamente sincronizados.

Pete no contestó, si bien notó agradable hormigueo por dentro. En raras ocasiones Júpiter concedía una alabanza; quizá por eso tenían tanto mérito. Júpiter, no obstante, ya pensaba en otra cosa.

—Resolvimos el mensaje —dijo—. La presencia de la caja lo prueba. Pero el cuadro no estaba en la caja.

—Una parte del mensaje dice: «Nunca doy a un bribón un desquite fácil» —recordó Pete—. Eso prueba que el señor Silver quiso reírse antes de morir.

—Puede que sí —admitió Júpiter.

El resto del viaje lo hicieron sumidos en profundo silencio y

meditación.

Antes de llegar a Rocky Beach tuvieron que atravesar otro banco de niebla, si bien menos espesa que la anterior. Al fin llegaron al «Patio Salvaje» sin novedad.

—Vayamos al puesto de mando —sugirió Júpiter—. Hemos de informar a Bob.

Emplearon la entrada «Los Tres Tranquilos» para llegar al puesto de mando, ya que no había nadie observándoles. «Los Tres Tranquilos» era una enorme puerta de roble con su armazón, que parecía reposar contra un montón de chatarra. Cuando se abría con mohosa llave de hierro que guardaban en un pote viejo, daba paso a una enorme caldera que a su vez comunicaba con una pequeña puerta, la entrada al puesto de mando.

Bob Andrews, sentado, leía.

—¿Lo hallasteis? —preguntó.

No necesitó de una respuesta. El aturdimiento de ambos expedicionarios que regresaban con sólo un trozo de tubo, le dijo que algo iba mal.

—El señor Huganay nos sorprendió —explicó Júpiter, dejándose caer en una silla.

—Pero tampoco consiguió el cuadro —añadió Pete, que también se sentó—. Halló la caja, pero en ella sólo había una nota aclaratoria de que habíamos interpretado mal el mensaje.

—¡Atiza! —exclamó Bob—. ¡Vaya cosa! ¿Quiere decir que el señor Silver confeccionó un doble chiste? ¿Fingió ocultar el cuadro?

—Me gustaría saberlo —respondió pesaroso Júpiter—. Pero no lo creo. La nota en la caja decía: «Lo siento, amigo, pero no ha estudiado bien las pistas». Eso significa que hay algo en el mensaje que nos pasó por alto, lo mismo que al señor Huganay.

—Te dije… —empezó Bob.

Pero se interrumpió al sonar el teléfono.

No esperaban llamadas telefónicas. Quizá por eso lo miraron algo sobrecogidos.

—¿Y si es la señora Claudius? —aventuró Júpiter, después de sonar cinco veces—. Será mejor que conteste.

—Hola —dijo—. Aquí los Tres investigadores. Júpiter Jones al habla.

—Felicidades, joven Jones —la voz del hombre tenía algo de

irónica risita.

Los muchachos se miraron sorprendidos. Aquella voz denotaba un marcado acento francés. ¡El señor Huganay!

—¿Quién es? —preguntó Júpiter.

Sabía perfectamente quién era, pero necesitaba ganar tiempo para reaccionar y poder responder a cualquier amenaza que el ladrón de obras de arte les hiciera.

—Soy el caballero que hace poco estuvo contigo entre la niebla en un pintoresco lugar de Merita Valley. Sólo te llamo para decirte que John Silver logró engañarme. Reconozco también tu superior inteligencia al triunfar en donde yo me daba por derrotado. Bien, abandono la lucha. Sé cuando estoy vencido. Me hallo en el aeropuerto. Cogeré un avión hacia un país extranjero tan pronto cuelgue. Eso evitará que puedas cazarme. Antes de irme he deseado felicitarte cordialmente como un deportista a otro. Di a Claude que espero tenga suerte con la pastora.

—Gracias —respondió Júpiter.

—Me ganasteis en tácticas e imaginación —admitió Huganay—. Pocas personas han hecho eso. Si alguna vez venís a Europa, buscadme. Os mostraré el bajo mundo francés, donde quizá tengáis oportunidad de poner a prueba vuestro ingenio, resolviendo algún misterio. No os guardo resentimiento y espero lo mismo por vuestra parte. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —contestó Júpiter, guiñando un ojo a sus amigos —. De acuerdo.

—¡Ah! Una última cosa —dijo Huganay—. Los loros están en un garaje, en la calle Ocean 89.958, en Santa Mónica. Supongo que os interesa rescatarlos. Yo no podré cuidarme de ellos. Por lo tanto, quedan a tu disposición. «Au revoir», y de nuevo mis felicitaciones.

Colgó. Los Tres Investigadores se miraron.

—¿Apuntaste la dirección, Bob? —preguntó Júpiter al fin.

—Sí. Bien, al menos podemos recoger a «Billy» y a «
Bo-Peep
», y el resto. Pero ¡caramba! ¿Por qué dijo que lo habíamos superado en táctica e imaginación?

—Tal vez se refiere a que aticé a Adams, tiré de Jupe y huimos —respondió Pete—. Claro que en eso hay táctica e intuición superior a… —se interrumpió—. ¿Qué te pasa? —preguntó a

Júpiter—. ¿Por qué me miras así?

El primer investigador inquinó entrecortadamente:

—¿Cuál es la parte 6 del mensaje?

Contestó Bob:

—«Busque debajo de las piedras más allá de los huesos la caja sin cerraduras».

—Correcto —admitió Pete—. Y allí fue donde el matón de Lester halló la caja de metal del señor Silver.

—Sí; una caja provista de candado —explicó Júpiter—. El señor Huganay tuvo que forzarlo. Y el mensaje se refiere claramente a una caja sin cerraduras.

—¡Es verdad! —exclamó Pete—. Tiene que haber otra caja… No… No puede ser. La encontrada es grande, aunque plana. Además, si allí hubiera habido otra caja, es seguro que Lester la hubiera localizado.

—¿Y si en vez de grande fuera una caja pequeña? —preguntó Júpiter—. Algo así como una caja pequeña que no parezca una caja. ¿Cuál es la parte séptima del mensaje?

—«Nunca doy a un bribón un desquite fácil» —contestó Pete—. Se lo oímos decir a «Cara Marcada». ¿Verdad, Bob?

—Eso es cierto —corroboró éste—. Pero «Barbanegra» añadió: «Encerrado en un tubo de plomo». Lo tengo anotado. Es una expresión antigua con sentido de algo positivamente cierto.

—¿Estás seguro? —preguntó Júpiter—. ¿Y si la primera parte del mensaje sólo fuera una argucia para distraer la atención de quien investigue, mientras la última trata de desorientarlo con un fin muy significativo en caso de que se haya interpretado bien el mensaje?

Sus dos amigos abrieron la boca en un intento de decir algo. Pero no hallaron palabras. Júpiter preguntó:

—¿Qué es eso que hay encima del escritorio delante de ti, Pete?

Bob y Pete miraron a la plana superficie de la mesa. Hasta el feo «Barbanegra» asomó el pico a través de los alambres de la jaula y miró.

—Es un trozo de tubo —dijo Pete.

—¿Dónde lo conseguiste?

—En el cementerio, cuando ataqué a Adams.

—Pero fue Lester quien lo encontró debajo de las piedras y lo

tiró, ¿no es así?

Pete tragó saliva.

—Correcto. Y… ¡es un tubo de plomo!

—Un tubo de plomo no es cosa frecuente en nuestros días —explicó Júpiter—. ¡Míralo bien! Sus extremos se hallan taponados de modo que no entre nada en su interior, como humedad, por ejemplo.

—Y un trozo de tubo —dijo en voz baja Bob—, con tapones, bien podría definirse como una caja sin…

Pete le interrumpió:

—¡Una caja sin cerraduras!

—Una caja sin cerraduras —repitió Júpiter—, donde nada se enmohecería, al no permitir que entre la humedad, partículas o insectos. Una caja que puede aguantar cien años, de ser necesario. Me parece algo perfecto para ocultar un objeto valioso. ¡Y nos lo trajimos!

Pete ya intentaba quitar los tapones que obturaban los extremos del trozo de tubo, de unos treinta y seis centímetros de largo.

—Están demasiado apretados —se quejó—. Tendré que ir a buscar unas tenazas al taller.

Fue al pequeño taller del puesto de mando y regresó tan velozmente que pareció no haberse movido.

—Ábrelo —invitó Júpiter—. Tú lo hallaste.

Los muchachos apenas respiraron mientras Pete aplicaba las tenazas a los tapones de metal. Éstos eran de rosca y salieron después de unas vueltas. Pete introdujo un dedo en el tubo. Al sacarlo, algo cayó sobre el escritorio. Era un lienzo bien enrollado.

—¡La tela! —exclamó en voz ahogada Júpiter—. Su enrollamiento no la perjudica y hubiera podido conservarse así durante muchos años. ¡Deslíala, Pete!

Éste obedeció. Luego mantuvo la tela extendida sobre la mesa, mientras la admiraban. Mediría unos treinta y cinco centímetros de ancho por unos sesenta de largo. Era una pintura que, incluso ellos, poco entendidos en obras de arte, la hallaron raramente bella. Mostraba a una jovencita vestida de pastora curando a un corderillo que se había herido en una pata. Sus colores de gran luminosidad, brillaban llenos de vida.

Habían recuperado la obra maestra perdida.

—Un trozo de arco iris —recordó Júpiter—. Así es como John Silver describió la pintura. Ahora comprendo su significado.

Al oír el nombre de «John Silver» y «pintura», el adormilado pájaro mina se agitó. Estas palabras debieron de activar sus recuerdos, pues aleteó dos veces antes de hablar.

—John Silver. Buen trabajo. Buen trabajo.

El mina ocultó la cabeza debajo de un ala y volvió a dormirse. Con la pintura sobre el escritorio los muchachos tuvieron la impresión de que no fue el pájaro quien habló, sino un muerto. También creyeron percibir una risita fantasmal durante un largo momento, incluso después de haberse dormido «Barbanegra».

Capítulo 20

Se atan cabos sueltos

Cuando Bob, Pete y Júpiter pasaron a la oficina del señor Hitchcock dos días después, hallaron al famoso director sentado en su sillón giratorio, mirando por encima de diversos periódicos. El hombre les señaló unas sillas.

—Sentaos, muchachos —dijo—. Estaré en seguida con vosotros.

Los chicos aguardaron expectantes. Al cabo, el señor Hitchcock apartó los periódicos y miró calibrativamente a los Tres Investigadores.

—Bien, os mando en busca del loro perdido de un amigo mío, y encontráis una obra de arte. Además conseguís que publiquen vuestras fotografías en los periódicos.

—Sólo en nuestro periódico local, señor —aclaró Júpiter, respetuoso—. Los importantes periódicos de Los Ángeles sólo mencionan que unos chicos hallaron un cuadro debajo de unas piedras en el cementerio de Merita Valley.

—Ni siquiera aluden a los Tres Investigadores —se quejó Pete.

—Aun así —comentó el señor Hitchcock, levantando el «Rocky Beach News»—, estoy seguro de que esto os compensa. Una fotografía tuya, Júpiter Jones, y el coche que ganaste en el concurso. Una fotografía de los tres aguantando la pintura que encontrasteis. Y un titular que dice: «*Tres adolescentes locales hallan una obra maestra perdida*». Estoy seguro de que al fin habéis conseguido publicidad para los Tres Investigadores.

—Sí, señor —admitió Júpiter—. Nos han ofrecido varios trabajos debido a la publicación de esta historia. Los tenemos en cartera.

Bob Andrews sacó su libreta de notas.

—Veamos —dijo—. Un cachorro siamés perdido; una estatua del dios griego Pan, robada en un jardín de Hollywood; un viejo bote fantasmal que aparece en las noches brumosas frente a cierta casa en la playa de Malibú, y el misterio de una persona que cambió los números de tres casas de Rocky Beach. Hasta ahora, eso es todo.

El señor Hitchcock sacudió la cabeza.

—Mi imaginación se espanta —dijo— ante la sola idea de lo que serán esos misterios cuando vosotros empecéis a desvelarlos. Pero decidme los detalles que no salieron en la prensa. Por lo que yo sé. Empezasteis con el loro del señor Malcolm Fentriss. También advierto que no hablan del loro en los periódicos.

—Bueno, es que el señor Claudius no quiso que se mencionaran los loros —aclaró Júpiter—. Temió que resultara demasiado fantástico. Además… mejor será que empiece por el principio.

Pasó a contar cómo la investigación se extendió hasta incluir siete pájaros parlantes y una obra maestra perdidos. El señor Hitchcock escuchaba atento.

—Así —dijo—, al final conseguisteis los loros, solucionasteis el mensaje misterioso y hallasteis la pintura, que devolvisteis al señor Claudius.

—Sí, señor —respondió Júpiter, que admitió no de buen grado, aunque sí como expresión de un alto sentido de la honradez—: Tuvimos alguna suerte.

—¡Suerte! —exclamó el señor Hitchcock—. La suerte nos ayuda cuando sabemos merecerla. ¿Debo entender que habéis devuelto el loro «Billy Shakespeare» a mi amigo Malcolm Fentriss y «Little Bo-Peep» a la señorita Waggoner?

—Sí, señor —confirmó Júpiter—. Se mostraron encantados de recuperar sus pájaros favoritos. El señor Claudius les dio una explicación y también se excusó por su modo de comportarse. Le perdonaron.

—Bien, bien —dijo el director—. Habéis recuperado el loro de mi amigo, y cumplido la condición que os impuse… para que yo presentara el segundo caso. Admito que es suficientemente notable.

Además —los miró con severidad— habéis llegado muy lejos, y yo también iré lejos. Presentaré cualquier otro caso que resolváis,

pero ¡cuidado!, siempre han de ser plenamente interesantes.

—¡Gracias, señor! —gritó Júpiter.

Bob y Pete sumaron su gratitud a la del primer investigador, y se pusieron en pie de un salto.

—Vamos —dijo—. Tenemos trabajo.

Se marcharon como un torbellino.

—Hum —murmuró el señor Hitchcock—. Tal vez debí mencionar a los chicos el caso de mi amigo el profesor Yarborough, convencido de que su antigua momia egipcia le susurra palabras incoherentes siempre que está solo con ella en la habitación.

Lenta y pensativamente, reunió los periódicos y formó una pila con ellos.

Habla Alfred Hitchcock

Hay algunos detalles en «*El Misterio del Loro Tartamudo*» que os interesará conocer. Puesto que los Tres Investigadores están muy atareados, seré yo quien ate los cabos sueltos.

El señor Claudius regresó a Inglaterra con la obra maestra que los tres amigos recuperaron para él. Antes pagó la recompensa prometida de mil dólares. Júpiter insistió en que el dinero correspondía a Carlos y su tío Ramos, que dieron cobijo al extraño John Silver.

El tío de Carlos regresó a Méjico, donde recupera la salud en su pueblo de origen. Los chicos llevaron a Carlos ante Worthington, que impresionado de sus grandes conocimientos automovilísticos lo presentó en la agencia de alquiler de coches. El gerente lo empleó para lavar y dar brillo a los coches de la empresa. En los ratos libres aprende mecánica. Cuidar de los coches le hace tremendamente feliz. Vive con los Jones y se gana la pensión trabajando en el patio, un día a la semana.

El señor Huganay, el inteligente ladrón de obras de arte, aún ronda por Europa, donde la policía de varios países se esfuerza en apresarlo. Adams y Lester, los matones que alquiló, sufrieron un castigo bastante doloroso: Huganay partió sin pagarles nada. Eso les ha convencido de que el crimen no es rentable.

Después de revisar todo lo sucedido desde que me presentaron a Júpiter Jones y a sus amigos, me veo forzado a decir que tal vez fui algo severo con ellos al enjuiciarlos. Júpiter Jones es sin duda alguna un chico voluntarioso y sobradamente seguro de sí mismo. Tengo fe en que su inteligencia le permita hacer de ello grandes virtudes y no defectos. Ahora pienso muy en serio en dar a los Tres Investigadores otro caso.

ALFRED

Fin



ROBERT A>RTHUR. [1909 - 1969]. Nació el 10 de noviembre de 1909, en Fort Mills, la isla de Corregidor, Filipinas, donde estaba destinado su padre, Robert Arthur padre, entonces un teniente en el ejército de Estados Unidos. Su madre, Sarah Fee Arthur, exintegrante de Nueva Orleans. La infancia de Arthur fue de translado en traslado, ya que su padre fue trasladado de una a otra base militar. Arthur y su hermano menor, John Arthur, nacido en 1914, fueron educados en las escuelas públicas de Hull, Massachusetts, Ann Arbor, Michigan, de Leavenworth, Kansas, y Hampton, Virginia. Mientras que su padre estaba destinado en el Fuerte Monroe en Hampton Roads, Virginia, Arthur asistió Hampton High School, donde fue elegido Presidente de la categoría de mayores.

A pesar de que ganó la entrada de West Point, Arthur decidió no seguir a su padre en el ejército, y en su lugar se inscribió en William and Mary College en Williamsburg, Virginia en el otoño de 1926. Dos años más tarde, se trasladó a la Universidad de Michigan en Ann Arbor, donde Arthur había vivido durante algunos años en los que su padre había sido un profesor militar de ciencias y táctica en el programa ROTC. Arthur se graduó de la Universidad de Michigan en 1930 con una Licenciatura en Inglés con Distinción. Después de

trabajar como redactor en una de las publicaciones Munsey, regresó a la Universidad de Michigan, donde recibió su Maestría en Periodismo en 1932.

Más adelante se mudó a Nueva York, donde vivió en Greenwich Village, en un apartamento sin ascensor. Durante este tiempo, él comenzó a escribir cuentos para su publicación en revistas pulp. Entre su graduación de Michigan en 1930 y 1940, sus cuentos fueron publicados en Wonder Stories, Semanarios de novelas de detectives, Detective Fiction Weekly, Mystery, The Illustrated Detective Magazine, Street & Smith's Detective Story Magazine, Amazing Stories, The Shadow, Street & Smith Mystery Reader, Detective Tales, Thrilling Detective, Double Detective, Startling Stories, Collier's, The Phantom Detective, Argosy Weekly, Unknown Worlds y Black Mask.

Además, durante este tiempo, Arthur trabajó como escritor y editor de pulp western, fact detective, y screen magazines para Dell Publishing, y fue editor asociado de la Foto-Story, una revista de fotografía publicada por Fawcett Publications. Más significativamente, concibió y editó Pocket Detective Magazine para Street and Smith, la primera revista de bolsillo, todo ficción, en la que varios de sus relatos fueron publicados. En febrero de 1938, se casó por primera vez a Susan Smith de Cleveland, una actriz de «radio soap opera», de quien se divorció en 1940. Ese mismo año conoció a la mujer que se convertiría en su segunda esposa, Joan Vaczek, en una clase para el relato corto que tomó de Whit Burnet en la Universidad de Columbia.

Ese mismo año, Arthur también tomó una clase en la Universidad de Columbia para escritura en radio, en la que la clase se encontraría con su futuro compañero, David Kogan, con quien finalmente escribió y produjo su propio programa de radio, The Mysterious Traveler, que se emitió en la Mutual Broadcasting System desde 1944 hasta 1953, y que ganó el premio Edgar Allan Poe al Mejor Programa de Radio de Misterio del Año en 1952 por los Mystery Writers of America. The Mysterious Traveler también se emitió como el nuevo título de Adventure into Fear, y desde 1948 hasta 1951 juntos, Arthur y Kogan también produjeron Dark Destiny, una serie de televisión dramática. En diciembre de 1946,

Arthur y Vaczek se casaron, y se trasladó a Sharon, Connecticut y luego a Yorktown Heights, Nueva York, donde tuvieron dos hijos, Robert Andrew Arthur (1948) y Elizabeth Ann Arthur (1953). En 1953, a causa de la participación de Arthur, y la participación de su socio David Kogan, en el Gremio de Escritores de Radio, The Mysterious Traveler fue cancelada abruptamente. WOR y la Mutual Broadcasting System, durante la era McCarthy, que se cree que el GTR se llevaba los escritores, en las palabras de Kogan, «por el camino a Moscú». La carrera de Arthur como escritor para la radio llegó a su fin. Antes de que terminara, sin embargo, escribió y produjo más de 500 guiones de radio para sus dos *shows*, así como para otros programas como The Shadow and Nick Carter. Terminado 1952, Arthur trabajó como coproductor para un espacio de misterio en la radio. Continuó, además, la publicación de relatos de corte pulp.

En 1959, después de su divorcio de Joan Vaczek, Arthur se mudó a Hollywood, donde trabajó en la televisión. Escribió guiones para The Twilight Zone, y trabajó como editor de historias y guionista de programa de televisión para Alfred Hitchcock, en Alfred Hitchcock presenta. En 1962 se trasladó de nuevo de Hollywood a Cape May, Nueva Jersey, donde vivía con la tía de su padre, Arthur, Margaret Fisher hasta su muerte en 1969. Debido a su asociación con Hitchcock, Arthur tuvo, durante este período, una estrecha relación con Random House para editar una serie de antologías literarias que pudieran aprovechar la popularidad de Hitchcock. Arthur editó una serie de antologías dentro de Alfred Hitchcock Presents que incluyen AHP: Historias para el atardecer, (1961); AHP: Historias que mi madre nunca me contó, (1963); AHP: Prohibido a los nerviosos, (1965); AHP: Relatos que me asustaron, (1967); AHP: historias que no me dejarían hacer en TV, (1968). Al mismo tiempo, Arthur ha participado en la edición de una serie de antologías para jóvenes lectores, como Alfred
Hitchcock’s
Haunted Houseful, (1961); Alfred
Hitchcock’s
Ghostly Gallery, (1962); Alfred
Hitchcock’s
Monster Museum, (1965); Alfred

Hitchcock’s
Sinister Spies, (1966); y Alfred
Hitchcock’s
Spellbinders in Suspense, (1967). También editó, bajo su propio nombre, Davy Jones Haunted Locker, (1965); Spies and More Spies, (1967); and Thrillers and More Thrillers, (1968). Las colecciones de cuentos propios de Arthur fueron editados por Random House en Fantasmas y más fantasmas publicados en el 1965 y Misterio y más misterio, publicado en 1966.

En 1964, Arthur también publicó la primera de una serie de libros de misterio para jóvenes lectores, originalmente titulada Alfred Hitchcock y Los Tres Investigadores. Más tarde el nombre de Hitchcock fue eliminado. Antes de su muerte, Arthur escribió diez libros de Los Tres Investigadores: El Misterio en el Castillo del Terror, El Misterio del Loro Tartamudo, El Misterio de la Momia Susurrante, El Misterio del Fantasma Verde, El Misterio del Tesoro Desaparecido, El Misterio en la Isla del Esqueleto, El Misterio del Ojo de Fuego, El Misterio de la Araña de Plata, El Misterio del Reloj Chillón y El Misterio de la Calavera Parlante. Después de la muerte de Arthur, la serie de Los Tres Investigadores fue continuada por otros escritores, y antes de que la serie terminara en Estados Unidos en la década de 1990, se habían publicado un total de cuarenta y tres libros de la serie de Los Tres Investigadores, y once libros en una
Spin-Off
de la serie llamada Crimebusters. Arthur murió en Filadelfia, Pensilvania, el 2 de mayo de 1969, a la edad de cincuenta y nueve años.

Notas

[1] «Severns», similar a «sevens»: «sietes». (*N. del T.*). < <

[2] En inglés, al tartamudear se-se-ser suena como dos, dos, dos B. (*N. del T.*). < <